

# Gustavo Pereira

## CARABOBO, MÁS QUE UNA BATALLA

**(APROXIMACIÓN AL ITINERARIO DE UNA GESTA)**

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200 BATALLA DE CARABOBO

**Gustavo Pereira** Poeta, ensayista, docente universitario, es una de las figuras principales de la literatura venezolana. Nacido en Margarita en 1940, su obra y su trayectoria le han merecido varios reconocimientos, entre ellos, el Premio Fundarte de Poesía (1993) y el Premio Nacional de Literatura (2001). Autor del preámbulo de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, ha publicado más de 30 libros entre los que destacan: *Preparativos del viaje* (1964), *Libro de los Somaris* (1974), *Vivir contra morir* (1988), *Escrito de salvaje* (1993), *Costado indio* (2001) y *Hugo Chávez, labrador de cantos* (2017).

« *Venezuela recibiendo los símbolos del escudo nacional* (detalle). 1952-1954.
Pedro Centeno Vallenilla. Marouflage sobre tela.
Colección Palacio Federal Legislativo, Caracas.

200 BATALLA DE CARABOBO

7

# Carabobo, más que una batalla

## (APROXIMACIÓN AL ITINERARIO DE UNA GESTA)

Gustavo Pereira

## Colección Bicentenario Carabobo

### En homenaje al pueblo venezolano

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **Libertador Simón Bolívar**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e "independencia o nada". Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **Colección Bicentenario Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

**La Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

**Nicolás Maduro Moros**

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz**

**Freddy Ñáñez Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla Pérez**

# Carabobo, más que una batalla

## (APROXIMACIÓN AL ITINERARIO DE UNA GESTA)

Gustavo Pereira

200
BATALLA DE
CARABOBO

# Índice

I

# Un país en ruinas y desolaciones

**D**os meses antes de la decisiva contienda de la que estuvo ausente, el general Pablo Morillo, de nuevo en su país natal adonde regresara a comienzos de 1821, en informe rendido el 24 de abril al Secretario de la Gobernación de Ultramar de su gobierno, expresaba sus dudas sobre si la expedición a su cargo había sido el medio *más a propósito para asegurar y consolidar la tranquilidad de aquellos países.* Aquella tierra devastada, decía, empapada en la sangre derramada bajo el furor de los partidos, aquellos pueblos desiertos o reducidos a cenizas, con el comercio y la agricultura destruidos y las principales fortunas disipadas, *no podían ofrecer asilo alguno para mantener la fuerte expedición de mar y tierra que llegó conmigo a las costas de Venezuela*.

Con esas palabras parecía justificar no solo los motivos del fracaso no reconocido de los intentos por someter la creciente insurgencia en las colonias americanas, sino acentuar las causas de la acaso presentida e inminente derrota del poder colonialista español en sus antiguas "provincias de ultramar", como rezaba el eufemismo.

Ese mismo año publica un manifiesto (incluido más tarde en las *Memorias* que sobre su campaña en América publica en París y reeditará en Madrid en 1825) en el que respondiendo a un texto incriminatorio de Antonio Nariño, publicado bajo el pseudónimo de Enrique Somoyar, reitera la apreciación que habría corroborado al llegar a Venezuela y ser informado de la situación por el comandante canario Francisco Tomás Morales que al frente de su tropa lo esperaba en el litoral oriental:

> Llegamos felizmente á las costas orientales de Cumaná á principios del mes de Abril, y sobre ellas encontramos al ejército que acababa de destruir el cuerpo principal de los disidentes en Urica, en Maturín y en Güiria: aquel ejército que compuesto de muchos millares de pardos, zambos y negros, y muy pocos centenares de blancos, había sido en toda la campaña el terror de los enemigos. Nuestra llegada fue la de la amistad, la de individuos de una misma nación, súbditos de un mismo Rey y animados de unos propios sentimientos (…) Yo supe lleno de horror que el genio de la discordia había desolado a Venezuela: que el odio, las venganzas y los resentimientos de los partidos habían hecho en su reacción correr torrentes de sangre; y que se continuaba con el último encarnizamiento la funesta guerra a muerte, esta bárbara guerra proclamada escandalosa y solemnemente por los disidentes[1].

Esto último aludía a la proclama de guerra a muerte de Francisco Nicolás Briceño que transcribe (que el propio Bolívar al conocerla objetó con severidad por su encarnizamiento) pero también al célebre decreto de éste en Trujillo. En todos esos textos el general español, obligado a escribirlos al sentir su orgullo herido por los señalamientos que extraoficialmente se le hacían, ofrece explicaciones sobre su conducta y la de su gobierno, alegando razones de exculpación que atribuyen la responsabilidad de la feroz guerra y sus secuelas a los líderes del movimiento independentista, sin sospechar que sus imputaciones demostraban lo

[1]_ Pablo Morillo, *Manifiesto que hace a la nación española el Teniente General Pablo Morillo, Conde de Cartagena, Marqués de La Puerta y General en Jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme, con motivo de las calumnias* é *imputaciones atroces y falsas publicadas contra su persona en 21 y 28 del mes de Abril último en la gaceta de la Isla de León, bajo el nombre de Enrique Somoyar.* Madrid, Imprenta de la Calle de la Greda, 1821. Para esa y otras referencias sobre Morillo en este trabajo ver también: *Memorias de Pablo Morillo,* (traducidas de la edición francesa por Arturo Gómez Jaramilo), Bogotá, Fundación para la Investigación y la Cultura, (FICA), 2010.

contrario de lo que acaso, en el fondo, intuía y no podía decir: el avance incontenible de la causa que había ido a sujetar. Al cabo de cinco años de permanencia en Venezuela y Nueva Granada, en los informes recogidos en sus memorias describía lo que sus ojos habían visto al llegar y él mismo y su ejército constatado en los desconocidos territorios. Su misión había sido reconducir a los sublevados a la potestad monárquica empleando de preferencia, con nuevos modos y modales, la intimidación y las recompensas. Y de entrada, desde su llegada a la insumisa Margarita, según escribe, el trato aplicado benignamente a los jefes insurrectos, con medidas humanitarias o lenitivas de persuasión y amnistía, se atenía al instructivo que se le había entregado antes de partir. Y le pareció haber obtenido ante estos el éxito esperado.

No sería sino después, dice, al enterarse de que las aparentemente pacificadas "ovejas descarriadas" no volvieron al redil sino que retomaban la lucha traicionando sus aparentes contriciones, cuando cambia radicalmente de actitud y en Cartagena y Bogotá emprende la brutal represión que ciega la vida también a ilustres neogranadinos.

Estaba lejos de entender que entonces combatía, más que contra la resistencia armada de "las ovejas descarriadas", contra un ideal similar en su esencia, aunque no en sus conformaciones, al del pueblo español ante la invasión francesa. Y este ideal se hallaba indeclinablemente acendrado en amplios sectores del pueblo venezolano y americano. De allí que omitiera en sus textos la razón primordial del fracaso, inadvertencia natural, por lo demás, tratándose de justificativos destinados a acreditar su conducta en medio de las adversidades que condujeron al descalabro.

Habíase encontrado Morillo ciertamente con una realidad social presa de cruentos enfrentamientos y escisiones y en medio de un país devastado, imagen en cenizas de lo que alguna vez se decía fue. Tierra

desconocida e intrincada para él, arrasada ciertamente por una guerra sin cuartel pero a diferencia de lo que afirma, esta guerra no era nueva. Se remontaba a mucho antes, tres siglos atrás, desde la propia llegada de sus paisanos conquistadores y colonizadores, con la tenaz resistencia de los pueblos indígenas contra sus implacables cruzadas. Y a partir de 1810 esa guerra había sido declarada no por, sino contra los partidarios de la libertad y la independencia, considerados rufianes por la monarquía y en consecuencia sujetos a las más severas penas consagradas en sus leyes, incluida la pena capital.

Que la sangrienta represión sin cuartel iniciada por Monteverde y sus subordinados hubiese sido respondida o no en los mismos términos por los llamados rebeldes o facinerosos es cuestión suficientemente documentada. Pero aquello era apenas el comienzo. Las colonias de ultramar, estremecidas en lo hondo por el ahora desbocado tropel de la vindicta contra las inveteradas injusticias y humillaciones acumuladas durante trescientos años, entraban sin saberlo en otra lucha no menos radical. Para las llamadas clases inferiores, levantiscas, rebeldes y reacias ante toda pretensión de reatar viejas coyundas, con sus esclavizados y libertos, sus pardos y blancos de orilla, sus indios y mestizos, y sus héroes y rufianes, casi todos pasiva o activamente incorporados a los bandos en pugna, la guerra se había convertido en un monstruo bifronte. Para una parte significaba fidelidad, no a sus amos directos, los mantuanos esclavistas y explotadores, sino a quienes los combatían, partidarios del rey que ofrecían, además, ascenso social o recompensas. Para la otra parte la palabra "patriota" habíase convertido, en uno y otro sentido, en causa prima, puesto que había adquirido una imagen, si bien muchas veces confusa, radicalmente contundente en las esperanzas de redención de quienes se la adjudicaban.

En 1815, al arribo de la flota expedicionaria, los llamados patriotas aún no conformaban la mayoría de la población. Esta no lograba

deslindar las razones profundas de la lucha, o lo había hecho erróneamente. Las razones y sentimientos de pertenencia a una patria y de obtener soberanía permanecían veladas por el humo del incienso o la metralla. Unas y otras se irán conformando lentamente gracias a la voluntad y la acción de sus vanguardias progresistas, no para dar paso al torrente asolador como en esos primeros años, sino para convertir razones y sentimientos en patria libre. Por lo pronto unos y otros, decididos a tomar venganza contra aquellos que consideran causantes de sus males, militan en dos bandos falsamente antagónicos, desconociendo muchas veces qué defendían. Más allá de que hallaran conductores o jefes de su misma extracción social, realistas o patriotas, a quienes seguían, la idea de patria continuaba siendo para muchos capcioso subterfugio, patraña o utopía.

Para ese año la guerra a muerte, expresión desorbitada de la guerra civil, había alcanzado ya su clímax y una idea de la desolación y males que seguía causando seis años más tarde, nos la da el propio Libertador en agosto de 1821, dos meses después del triunfo en Carabobo, al responder la petición de auxilios médicos del comandante patriota de El Tocuyo:

> Nuestro hospital de esta ciudad carece absolutamente de todo y este país se halla en la imposibilidad de prestarle ningún auxilio por el estado de horrorosa miseria de todo género de víveres en que se hallan sus habitantes[2].

**[2]**_ Oficio al comandante de El Tocuyo, 18 de agosto de 1821, archivodellibertador.gob.ve/escritos/. En lo adelante todas las citas de Bolívar pueden consultarse en este sitio.

II
# Las contradicciones encubiertas

La guerra lo envolvía todo. Y si en gran parte era, amén de fratricida, atípica, lo era no tanto por la índole de su encarnizamiento como por sus extrañas antinomias. Y una de ellas la pertenencia de clase de los participantes, criollos o españoles indistintamente, en uno u otro bando, no pocas veces en contradicción con los anhelos, intereses y realidades históricas que decían defender.

A un Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios y Blanco, por ejemplo, de la más rancia oligarquía caraqueña, dueño de tierras y esclavos, heredero de antepasados conquistadores y encomenderos españoles pero nutrido en ideales liberales republicanos, correspondía un Juan de los Reyes Vargas del otro lado del espectro. Este, denominado El Indio aunque era mestizo –hijo de canario e india jirahara– y conocido por su ensañamiento contra los patriotas, había logrado desempeñar tan importante rol en la derrota y caída de la Primera República al frente de su tropa de indígenas y mestizos, que fue retribuido por los gobernantes monárquicos con el grado de coronel y caballero de la Orden de Carlos III. En las Instrucciones Reales para Morillo la Corona española lo trataba en estos términos: "Los habitantes de Coro y Santa Marta se han distinguido en favor del Rey en esta lucha, por su lealtad y valor, cualidades que han fijado la atención de S. M., y es su real voluntad que se les conceda ventajas en todo lo que no cause perjuicio a las demás provincias, distinguiendo mucho al cacique don Juan de los Reyes Vargas y a los que él señale"[3].

---

[3]_ cf. Jorge Mercado, *Campaña de invasión del Tte Gral Don Pablo Morillo 1815-1816,* Bogotá, Librería del Ejército, vol. 14., 1963.

Reyes Vargas se pasará a las filas patriotas en 1820, al comienzo del llamado Trienio Liberal en España que abría una nueva, esperanzadora y más tarde clausurada puerta a otra realidad. Lo mismo ocurrirá con otros muchos, entre ellos no pocos esclavizados a los que Bolívar se refería en una carta del 27 de junio de 1816 dirigida al general haitiano Ignacio Marion, gobernador de Los Cayos, después de haber desembarcado en Carúpano y decretar el 2 de junio su libertad:

> He proclamado la libertad absoluta de los esclavos. ¡La tiranía de los españoles les ha puesto en tal estado de estupidez e imprimido en sus almas tan grande sentimiento de terror, que han perdido hasta el deseo de ser libres! Muchos de ellos han seguido a los españoles o se han embarcado en los buques ingleses, que los han vendido en las colonias vecinas. Se ha presentado apenas un centenar de ellos (….)

Un año atrás, en su destierro de Kingston y en la llamada *Carta de Jamaica*, al analizar las causales de esta realidad, escribía:

> Nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: conservadores y reformadores, Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos aunque más vehementes e ilustrados.

¿Cómo explicarse, pues, tales contradicciones encubiertas en el fragor de aquella contienda a su vez enmarañada y discordante?

Por entonces, al decir de Miguel Acosta Saignes, representaba Bolívar a una clase social a quien las modalidades de la producción económica, de la circulación de la riqueza y de la correlación social, habían colocado en el trance inevitable de la lucha por la independencia, al

mismo tiempo que coincidía con los sectores oprimidos que si bien se le oponían estaban también deseosos de conquistar sus libertades[4].

Pero esas élites, entre las cuales la oligarquía territorial representaba su sector más poderoso ¿no estaba también, por su parte, dividida al igual que lo estaban las llamadas por ellos "clases bajas? Si los intereses de algunos oligarcas criollos colidían con los ideales republicanos y por tanto combatían a los partidarios de la independencia, entre las llamadas castas inferiores unos tenían consciencia de las justas razones de la lucha emancipadora y otros se hallaban persuadidos de que sus sojuzgadores directos no eran los españoles sino los mantuanos criollos, hasta hacía poco fieles súbditos del monarca español. Como en las leyes universales de la dialéctica ¿no eran también atribuibles las a veces disparatadas contradicciones e incoherencias de la vida a todos los procesos transformadores de la realidad social?

Cambiar las formas pero no las esencias había sido la pretensión inicial del estamento dominante, aun entre los partidarios de la independencia, y nada indicaba que atendería a otros propósitos en lo sucesivo. Se trataba en el fondo, como lo demostrarán los hechos, de otorgar concesiones insustanciales para preservar el contenido esclavista del sistema económico, sustento principal de sus riquezas y del régimen de castas inherente al mismo. El anhelo de las mayorías populares era, por el contrario, acceder a una nueva vida y ascender en la escala social en una realidad sin exclusiones y en libertad. Bolívar y otros conductores de su condición, tuvieron que demostrar entre ellas, en los hechos y con su ejemplo, la pureza de sus intenciones.

---

**[4]**_ Miguel Acosta Saignes, *Acción y utopía del hombre de las dificultades,* La Habana, Casa de las Américas, 1977.

III

# El imperio contraataca

**A**ntes de zarpar de Cádiz en la madrugada del 2 de febrero de 1815, la reputación militar de Morillo no podía ser mayor. Héroe de la guerra de liberación española contra las fuerzas invasoras francesas, destacado en innumerables combates y protagonista en otros decisivos, entre ellos las victorias obtenidas en Bailén y Vitoria, de simple y humilde soldado de origen labriego había llegado a la cúspide de su carrera con los más altos grados militares gracias a sus probados valor, talento y aptitudes, al punto de que al embarcarse ese día de febrero, el ahora flamante Gobernador y Capitán General de Venezuela y General en Jefe del Ejército Expedicionario no podía estar más orgulloso. Para su nombramiento el propio rey y su junta de asesores habían oído las recomendaciones del general Francisco Castaños, su superior en aquellas contiendas y desde entonces su mentor una vez restituido en el trono Fernando VII en mayo de 1814.

No era honor pequeño, aunque discutible, el que se le confería. El ejército expedicionario de quince mil hombres, de los cuales casi once mil eran combatientes experimentados y muchos de ellos soldados de su propia División, representaba la mayor fuerza enviada jamás por España al otro lado del Atlántico. De los sesenta y cinco barcos que conformaban la flota, el buque insignia *San Pedro Alcántara* relucía con sus 59 metros de eslora y 64 cañones. Navío de línea de la Real Armada Española, viajaban en él, además del general en jefe, dos oficiales, entre otros, cuya participación en los hechos futuros será protagónica: un

militar de la Marina de extracción noble, capaz, severo y de probado valor, el Mariscal de Campo y jefe de la fuerza naval y el Estado Mayor y segundo al mando, Pascual de Enrile, de ingrata recordación, él también, en la historia neogranadina, y el por entonces coronel Miguel de la Torre y Pando, militar de origen vasco, veterano también de la guerra de liberación.

El derrotero de la flota había sido un secreto bien guardado durante semanas. Estaba en principio destinada a conjurar la sedición en las provincias del Río de la Plata, por lo cual debía dirigirse a Montevideo, ciudad sitiada y luego tomada por los patriotas. Al llegar las noticias del triunfo de los sitiadores, junto con la de la derrota de la Armada realista en el Río de la Plata, y sopesarla con la situación vivida también en la llamada Costa Firme de Venezuela y Nueva Granada, tanto el destino como los objetivos de la flota se enmiendan. Y cuando finalmente se da a la mar aquella madrugada de febrero, se dirige a la Tierra de Gracia, así llamada por Colón tres siglos antes en aguas del golfo de Paria, frente al verdor de los manglares y el amotinado y perenne desaguar del Orinoco.

Debía tocar en Cumaná para encontrarse con el ejército realista y una vez enterados de la situación, hacer rumbo a la Margarita insurrecta y libre que servía de refugio y base de operaciones para la acción de los revolucionarios. El pliego de Instrucciones recibido por el General en Jefe no podía ser más explícito. En su disposición tercera ordenaba como primera operación *la sorpresa de la Isla de Margarita, la que queda al arbitrio del general en jefe el arreglar en combinación con el general de marina*. Dominada la isla debía, si hiciera falta, trasladarse a Cumaná y de allí a Caracas. El objetivo final era sitiar Cartagena en manos de los independentistas y logrado esto enviar destacamentos adonde fuese necesario. La décimo-segunda instrucción resultaba reveladora por su

inocente vaticinio: concluida la operación de Cartagena, Morillo debía seguir al frente de las tropas en el Nuevo Reino de Granada, a menos que su persona fuera necesaria en la Capitanía General de Caracas.

Y así fue.

IV

# Interrogantes

**A** veces, cuando se analizan los hechos históricos, no siempre se tratan estos como corolarios de razones, acontecimientos y sensibilidades entrecruzadas, con antecedentes, causas y consecuencias imprescindibles a la hora de situarlos en punto a trascendencia. Práctica en verdad poco reprobable si solo se tratara de informaciones para almanaques, efemérides, crónicas o anecdotarios ciertos o imaginarios. Tales distracciones sin embargo, a veces sustituidas por tergiversaciones, desfiguran a tal punto los hechos que estos quedan despojados en parte o en mucho de su veracidad, aunque el tiempo y las investigaciones se encarguen a la postre, lenta pero progresivamente, de colocar (casi) todo en su lugar, menos, desde luego, lo que el misterio del discernimiento humano ha hecho suyo para siempre.

Además de todo ello y tanto como los acontecimientos deformados, los protagonistas suelen ser tratados con la irreflexiva ligereza de quien anda al acecho de patrones establecidos en lo anecdótico, para dejarnos el engañoso prisma de la hagiografía o la satanización, independientemente de que la trascendencia verdadera de un personaje histórico se revele en sus virtudes, tanto como en sus acciones, cuando ambas superan por mucho sus defectos y debilidades. Casos en los cuales la opinión general pocas veces yerra.

En función de tal concepción de la Historia, tampoco resulta extraño que al juzgar las incidencias de una proeza bélica, a la gran masa ejecutora, verdadera protagonista de la hazaña, se le considere simple rebaño porque se la supone movida por instintos primarios.

De la campaña de Carabobo es mucho, pues, lo que podría decirse, no solo porque la misma deja en sus meandros interrogantes derivadas de un mínimo razonamiento o intento de inmersión en los itinerarios y condicionamientos de la gesta, sino porque sus antecedentes, motivaciones, luchas, sacrificios, desencuentros, conflictos, correlatos, azares, empeños, desarrollo, desenlace y consecuencias simbolizan un único y elocuente escenario de ineludibles significaciones. De esas interrogantes, unas son de principios, otras de circunstancias internas y exógenas y otras de carácter factual en la propia contienda. A algunas hemos intentado dar respuestas en las páginas precedentes, otras, muchas, quedan aún sin ellas porque tal vez, desde el implacable rigor histórico incapaz de abarcarlo todo, carezcan de asideros inconmovibles o de interés trascendental.

No está a nuestro alcance ni pretendemos pormenorizar la descripción de la batalla en sus aspectos militares, ya estudiados en rigurosas investigaciones especializadas, algunas de las cuales mencionamos en la bibliografía. Nuestro propósito apunta a empeños mucho más modestos: trazar un compendiado cuadro histórico sobre ciertos antecedentes nodales y formularnos inquietudes no esclarecidas en punto a la contienda y sus protagonistas, unos justamente mencionados y otros injustamente omitidos, lo mismo que a las tergiversaciones de acontecimientos sacralizados y sus probables causas, repercusiones y simbologías. A nuestro juicio, la historia de las sensibilidades marcha a la par que la de los acontecimientos, las más de las veces conjugadas, y desdeñar la primera, o considerarla factor no vinculante a esta, puede conducir a equívocos cuando se intenta juzgar o comprender las conductas humanas.

Pasa que los hechos relevantes no fluyen, al igual que la vida misma, en línea recta, ni su orden secuencial responde siempre a previstas simetrías. Senderos, desviaciones, empeños, conductas, razones y sinrazones con sus presencias, azares, impulsos y pasiones no resultan extraños a su

jurisdicción, puesto que suelen ser no solo parteras sino obstetras de sus criaturas, desde el engendramiento hasta el parto, para bien o para mal.

¿Qué explica, por ejemplo, como hemos esbozado e intentado explicar antes, que los ejércitos realistas en la guerra de independencia, incluyendo el comandado en la segunda batalla de Carabobo por el recién ascendido mariscal de campo Miguel de la Torre, estuviesen integrados mayoritariamente por venezolanos de las llamadas castas inferiores? ¿Cómo explicar lo ocurrido en el seno de la sociedad colonial venezolana –y el ejemplo parece repetirse con sus variables en las otras colonias españolas de América– cuando no pocos de los ahora conductores de la emancipación, apenas seis años antes, formaban parte de los perseguidores de Miranda, cuya cabeza había sido puesta a precio por la élite mantuana de donde provenían algunos de aquellos, y que siempre se mostró tan fiel a la monarquía? ¿Cómo habían repercutido en el seno de las diferentes castas en que se conformaba la sociedad venezolana, los sucesos de otras latitudes y tanto como esos sucesos, sus ideales? ¿Por qué conceder, por ejemplo, suma y definitiva importancia a los influjos europeos y norteamericanos, sin duda relevantes, y no a los haitianos, por ejemplo, o a los que ya bullían en trance de conformarse en el seno de los sectores oprimidos y hasta en las altas castas de la colonia, que también lo fueron? ¿Qué había pasado entre los jóvenes patricios que en forma destacada iniciaron, desde finales del siglo XVIII, facciones levantiscas contra la dominación colonial? ¿De dónde provenían aquellas determinaciones en las que comprometieron hasta sus propias vidas, como lo indica el número de víctimas entre sus filas en los primeros años de la guerra?

En cuanto a los eventos foráneos y endógenos que incidieron en la campaña previa a Carabobo ¿qué pasaba en Europa y en particular en España en esos años y los precedentes? ¿Qué significación tuvieron las

noticias llegadas desde España a partir de la invasión francesa en 1808? ¿Cuál fue el papel de Carlos IV y su hijo Fernando VII? ¿En qué incidieron esos acontecimientos en las colonias? Y en otros aspectos ¿cuál fue el papel de Inglaterra y los Estados Unidos? ¿qué representaron los voluntarios británicos y de otras nacionalidades? Y más tarde, ¿cuánta repercusión tuvo el triunfo de Bolívar en Boyacá, el armisticio de paz, la partida de Morillo, la asunción del mando por La Torre, la lucha y retoma de Cartagena, la incorporación de Maracaibo o las maniobras estratégicas de distracción planeadas por el Libertador y su Estado Mayor? Y en cuanto a estas ¿cuánta significación tuvieron en el desenlace las dirigidas por Cruz Carrillo en el centro, por Urdaneta desde el occidente y por Bermúdez desde el oriente? ¿lograron su propósito, repercutieron en algo y en la misma proporción en los resultados de la batalla?

En cuanto a las conductas y acciones atribuidas a quienes protagonizaron la campaña y la batalla, algunas al parecer irrefutables por estar arraigadas como verdades absolutas en los manuales de historia, sucede otro tanto, por lo cual podríamos preguntarnos también ¿son todas tal y como se relatan?

Desde los gobiernos de Páez la historia de nuestras luchas independentistas sufrió los embates de las consagraciones ditirámbicas y las condenas inexorables, cuando no de omisiones, infundios y distorsiones impulsadas por intereses, simpatías o antipatías. Ajena en estos casos a todo rigor metodológico o francamente víctima de la dssinformación, los prejuicios o la mala fe, solía adjudicar a escogidos personajes o a los nativos de determinadas regiones el empíreo del valor y la gloria mientras se otorgaba a otros el averno del deshonor o el castigo de la invisibilización. Se transformaron verdades en dicotomías que paradójicamente contribuyeron a crear, una vez arraigadas, la percepción mutilada de hechos mucho más complejos, y tales falencias, aunque en menor

grado, han continuado hasta nuestros días. De este modo a Bolívar, más allá de su indiscutible grandeza, se le colocó en pedestal de superhéroe para desvincularlo no solo del ejemplo de su pensamiento y de su vida sino también del ser de carne y hueso no exento de defectos, dislates y debilidades, pero que aprendió, al mezclarse con su pueblo y vivir las vicisitudes de la lucha en sus entrañas, a fortalecer una voluntad a prueba de fracasos y nutrida en virtudes, talento e ilustración. A Brion o a José Laurencio Silva, por mencionar solo dos casos de infravaloración, se les condenó casi al ostracismo. Páez fue consagrado como el invicto Centauro, padre fundador de la república, pero a Mariño se le tachó de embozado ambicioso y segregacionista, celoso y resentido ante la gloria del Libertador. Otras veces se distorsionó la verdad mediante injustas o desprevenidas generalizaciones, como cuando se empleó la palabra "español" y no la palabra "realista" para nombrar al ejército enemigo sin especificar que los enemigos no eran los españoles sino el imperio colonial español y sus sayones, ni que esas tropas las integraban, en su mayoría, criollos del llamado bajo pueblo. Bajo tales criterios, mucho menos se aclaraba que la realidad de la guerra independentista fue así desde sus comienzos y no dejó de serlo luego con Monteverde, Yáñez o Boves, cuyos llaneros integraron la arrojada vanguardia que contribuyó a dar al traste con los dos primeros proyectos republicanos.

En suma, como si las fuerzas que mueven los acontecimientos históricos marcharan por el carril forzoso e inmutable de los arbitrios personales o las verdades canonizadas, el riesgo de campear dicotómicamente entre sacralizaciones y condenas siempre puede estar presente, sobre todo cuando aquellos se someten al análisis sin atender al cauce oculto o túrbido de donde muchas veces emergen otras evidencias y certezas.

Volviendo a la batalla de Carabobo y bajo el discutible supuesto consagrado de que la heroicidad debe ser entendida como realización

de hazañas bélicas ¿cómo explicarse que en los manuales que la exaltan –casi todos ellos fundamentados en partes de guerra y lacónicos informes oficiales– se erijan como héroes consagrados algunos de los participantes y no otros que también lo fueron antes, durante y después del triunfo?

Sabemos lo cargante, y hasta lo improcedente, que representa en los estudios históricos individualizar a participantes destacados en los acontecimientos en una interminable sucesión de nombres que abarcaría páginas solo útiles como información no valorativa. Pero a veces hacer justicia no elude la responsabilidad de hacerlo para otorgar a cada quien el reconocimiento que las evidencias prueban que merece. Por otra parte ¿no resultaría inapropiado omitir el de quienes, en forma significativa, contribuyeron a la victoria de una manera u otra en el combate, y ante todo por haber sostenido también una conducta indeclinable desde el comienzo de la guerra o desde antes? ¿Fueron o no héroes en Carabobo, a la par de otros, Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, protagonistas civiles incorporados al Ejército Libertador como sempiternos e ilustrados secretarios de confianza de Bolívar, pero también como oficiales que actuaron con él en esa y tantas otras campañas militares y combates? ¿Lo fueron o no los médicos británicos Richard Murphy, William Porter Smith o Robert Fry y los venezolanos Francisco Valbuena y Narciso Morales que junto a otros atendieron, en plena batalla, a los heridos con nunca desmentida abnegación? ¿Lo fueron o no oficiales y soldados de destacada actuación, y no únicamente en Carabobo, como Antonio Rangel, José Laurencio Silva, Francisco Torres, Miguel Antonio Vásquez, Ignacio Meleán, Manuel Arraiz, Juan Jose Rondón, Juan Gómez, Judas Tadeo Piñango, José Cornelio Muñoz, Francisco Farfán, Manuel Manrique, Fernando Figueredo, Juan José Conde, Juan Mellado, o algunos no

nacidos en Venezuela como el cubano José Rafael Las Heras, el español Felipe Macero, los neogranadinos Gregorio Urreta y Francisco Vélez, el brasileño José Ignacio Abreu e Lima, el irlandés Arthur Sandes, el canadiense Carlos Demarquet, el prusiano-polaco Ludwig Flegel o el italiano Carlo Castelli, por solo nombrar unos pocos? Junto a las bajas que sufrió el Batallón de *Cazadores Británicos* destaca su comandante, coronel Thomas Farrier, fallecido un mes después de Carabobo como consecuencia de las graves heridas sufridas en el combate, pero otros oficiales muertos allí como el Teniente Coronel William Davey, el Mayor Edward Brand o el Capitán James Scott, por solo nombrar tres ¿no merecen la gloria del reconocimiento público como los otros, cuando Carabobo representó en sus vidas, de ser el caso, apenas una meta entre las metas de la dignidad? Aunque sus empeños heroicos para resistir la carga del enemigo y salvar al *Bravos de Apure*, figuran en sitio de honor en el informe de Bolívar, quien les honró con la más alta distinción ¿por qué omitirlos entre los héroes principales en los sucesivos estudios y referencias de la gesta?[5]

¿No sería lo apropiado, más allá de cualquier copioso inventario de nombres, indagar las causas de tantas exclusiones o exaltaciones antes de dejar sentados criterios valorativos? ¿Qué explicaría, por ejemplo, en cuanto a esto, que al general Santiago Mariño, a quien la historiografía suele aún demonizar con infundios *ad perpetuam*, no se le mencione en la narración de la campaña ni en la batalla? ¿Fue acaso Mariño una evanescente aparición en el campo de Carabobo siendo el jefe del Estado Mayor del Ejército Libertador, cabe decir, el segundo en jerarquía militar después de Bolívar?

---

[5]_ En su obra *Los héroes de Carabobo* (*Caracas*, *Ediciones de la Presidencia de la República*, *2004*) el general Héctor Bencomo Barrios suministra breves semblanzas de algunos de ellos.

Y algo más injusto aún, aunque no extraño a otro tipo de absolutismo letrado:

¿Cuántas mujeres aparecen reseñadas como heroínas o participantes en la campaña y la contienda, aunque no hubiesen combatido?

Se ha referido que Josefa Camejo y otras damas actuaron en Carabobo, ataviadas de soldados ante la prohibición de participar en ella las mujeres. Y como esposa que fuera de Juan Neponucemo Briceño Méndez, hermano del secretario de Bolívar, quien participó en el combate como Comandante del Regimiento de Caballería *La venganza de Mantecal,* no sería descabellado pensar que ella hubiese estado involucrada de algún modo. Y aunque no haya sido así, o aunqe no existan pruebas que confirmen la activa participación de mujeres en la gesta, cabría preguntarse ¿quiénes dispensaron el auxilio o cauterio a los soldados enfermos o convalecientes, cuánta arriesgada misión o diligencia, cuánta provisión o remedio, cuánta atención o consuelo a los heridos estuvo a cargo de mujeres, camaradas de causa, esposas, compañeras, amigas, amantes o simplemente abnegadas patriotas?

Acaso no lo sepamos jamás, porque en la historia de las sociedades patriarcales la mujer no suele ocupar más espacio que el de la bíblica domesticidad.

¿Mordacidades de la propia condición humana? ¿Injusticia enclavada como otra estaca impalpable de la dominación?[6]

En su informe al Congreso, al día siguiente de la batalla, Bolívar eleva la participación del general José Antonio Páez a magna y definitiva razón del triunfo y probablemente esté en lo cierto. Pero sabiendo que

---

**[6]**_ Sobre la participación de la mujer en el proceso ver, por ejemplo, los estudios de Carmen Clemente Travieso, *Mujeres de la independencia, seis biografías de mujeres venezolanas,* México, Talleres Gráficos de México, 1964, o *Las luchas de las mujeres venezolanas,* Caracas, Agrupación Cultural Venezolana, 1962.

solía exaltar las virtudes y hazañas de algunos de sus oficiales, hiperbolizándolas más allá de la verdad por razones políticas, como él mismo confiesa en Bucaramanga a Perú de Lacroix siete años más tarde ¿sería insensato preguntarse qué ocurrió verdaderamente con el general Páez, cuya fortaleza física, valentía, intrepidez y determinación eran conocidas, al caer presa de uno de sus ataques epilépticos en el campo de batalla cuando esta se hallaba en plena efervescencia?

De no ser por lo último, la interrogante no tendría asideros. Pero el ataque epiléptico existió sin ninguna duda, como él mismo asienta en su *Autobiografía* de 1867, cuarenta y seis años después del incidente. Allí explica que estos ataques le sobrevenían al enfrentarse a situaciones críticas y había caído víctima de ellos otras veces. ¿Es cierto, pues, en consecuencia, lo que en esas páginas narra sobre el oficial realista que lo auxilió al caer víctima del mal, montándolo en su cabalgadura, en cuya grupa hizo subir a un soldado patriota para evitar que se desplomara y salvarle así la vida pasándolo a las filas republicanas? Intentaremos abundar sobre este asunto más adelante, pues lo mismo podríamos preguntarnos sobre el comportamiento de otros héroes que habrían sido ignorados a no ser por determinado incidente cierto o inventado. Es el caso del llamado Negro Primero, cuyo nombre verdadero –Pedro Camejo– es recordado por la incierta anécdota narrada por Eduardo Blanco según la cual, en trance de morir en plena batalla por las heridas recibidas y galopando hacia las filas patriotas hacia donde está Páez, pronuncia las palabras de despedida que se le atribuyen cuando éste le increpa por cobarde. ¿Por qué no menciona Páez en su autobiografía tal conmovedora despedida, siendo tan prolijo para contar el episodio en su detallado recuento autobiográfico, y tanto más cuando dedica al héroe páginas enteras?

Puede entenderse y suele ocurrir (como pasó en circunstancias distintas con las supuestas y absurdas palabras atribuidas por Manuel Uribe

Ángel –quien dice haberlas oído de Simón Rodríguez– al joven Bolívar durante el juramento del Monte Sacro) que en este caso la muerte heroica del Negro Primero ameritara el digno aditamento imaginativo que Blanco le adjudica en su *Venezuela heroica*.

Por otra parte, y a propósito del libro autobiográfico de Páez ¿cuáles fueron las verdaderas incidencias que generaron las muertes del general Sedeño y sobre todo la del coronel Plaza cuando este, a quien acompañaba Ibarra, cae abatido a su lado y no junto al jefe llanero como este afirma en su obra?

Y en cuanto al bando adversario ¿cómo explicar el comportamiento y repliegue sospechoso de los destacamentos de la división de caballería al mando de Morales y su subordinado comandante Renovales, al ignorar paladinamente las órdenes de su general en jefe? Ciertamente Morales se había reintegrado al comando de su división después de contener a Bermúdez en Aragua, no sin sufrir pérdidas entre sus filas ¿pero qué ocurrió después para que su conducta ante La Torre fuera, al parecer, de franca desobediencia? ¿El repliegue de sus soldados fue por indisciplina, por iniciativa de los mismos ante la arremetida sufrida o por espontáneo desafío a un jefe que no respetaba? ¿De qué especie, de haber existido, fueron las disensiones entre ambos? ¿Existieron realmente estas? Lo extraño, de haberlas, es que La Torre no las mencionara en su informe, ni por parte de Morales hubo, que se sepa, explicación alguna.

De turbia y despiadada participación en los sucesos de la guerra a muerte, el general Francisco Tomás Morales, español canario de los llamados blancos de orilla, había emigrado en 1801, a los veinte años de edad, a Venezuela, en donde se dice tenía familiares cercanos en el oriente del país, De extracción humilde, ex-salinero y ex-vendedor de carbón en su isla natal, en marzo de 1804, radicado ya en la costa de Píritu como bodeguero, decide incorporarse al ejército español como

soldado en las milicias de Barcelona y pocos años después ya ostentaba el grado de sargento. En su condición de comerciante bien relacionado en toda la costa oriental, desde 1810 se incorpora activamente a las filas realistas en las cuales, a partir del año 11, interviene en algunas escaramuzas. Para 1813 ya milita en las tropas de Boves donde su comportamiento radical le valió rápido ascenso hasta llegar a ser su segundo. El primer encuentro entre él y La Torre ha debido tener lugar apenas arribado el ejército expedicionario a las costas de Cumaná, pero si consideramos lo dispuesto en las Instrucciones Reales entregadas a Morillo, este y su Estado Mayor debían tratar a los oficiales que militaron con Boves con pinzas de cirujano. Así lo disponía la octava instrucción en lenguaje casi taxativo:

> En un país donde desgraciadamente están el asesinato y el pillaje organizados, conviene sacar las tropas y jefes que hayan hecho allí la guerra, y aquellos que, como algunas de nuestras partidas, han aprovechado los nombres del Rey y Patria para sus fines particulares, cometiendo horrores. Debe sí separárselos con marcas muy lisonjeras, destinándolos al Nuevo Reino de Granada y bloqueo de Cartagena, de los que por desgracia haya en la capitanía general de Caracas.

La historia nos depara, en medio de la lógica de los sucesos, otros que parecerían extraños si no mediaran mecanismos en veces desestimados a la hora de considerar las conductas humanas.

V

# Las realidades hilvanadas

La campaña militar y política que culmina en el campo de Carabobo simboliza un punto de inflexión en la conformación de la sociedad venezolana de las dos últimas centurias, pero no puede accederse al análisis perspectivo de la misma, al igual que de todo el proceso liberador hispanoamericano, si se prescinde de las iniciativas precursoras que junto a realidades propiciatorias definieron en su entraña la causa cardinal de ambos: los intereses económicos, sociales, culturales y religiosos que estaban en juego en medio de la compleja lucha de clases y los anhelos independentistas.

En efecto, nuevas y transgresoras corrientes de pensamiento que en el llamado Siglo de las Luces reflejaban, como en espejos recurrentes, los nuevos y emergentes modos y relaciones de producción y conformaciones sociales y promovían o estimulaban en Europa y otras partes del planeta nuevas formas de vida en justicia y libertad, serían, por decirlo así, si no en lo particular determinantes, sí relevantes en los triunfos y fracasos de los procesos revolucionarios. A ellos debe añadirse, aunque no suele hacerse, el carácter, la formación intelectual y las virtudes de quienes dirigían esas luchas, sin olvidar que en ocasiones hechos tenidos por casuísticos, derivados del azar o considerados como nimios, cumplieron a veces un rol providencial. El aletear de una mariposa, dice el antiguo proverbio chino atribuido a Chuang Tzu, puede causar una tormenta al otro lado del mundo, paradigma cuántico al que no escapa el destino de los conglomerados humanos.

Y puesto que la historia de la humanidad, como el universo mismo, no se detiene en su persistente transformación aunque padezca de eventuales inmovilizaciones o convulsiones retrógradas, nuestra independencia, más allá de su inevitabilidad, no hubiese ocurrido en el tiempo y las condiciones en que se libraron sus luchas de no tenerse en cuenta lo ocurrido fuera de nuestras fronteras. Los idearios avanzados y justicieros del siglo XVIII europeo, alimentados a su vez por otros que los precedieron, habían, en efecto, abonado con sus influjos las mentalidades que harían posible la conquista de esa otra realidad, en un tiempo de absolutismos religiosos y omnímodos poderes autocráticos cuya erradicación iba más allá de las visiones localistas.

En el fondo, y todo esto lo entendió con lucidez Simón Bolívar, se trataba también de una contienda cultural. Y tal convicción lo diferenciaba ideológicamente de otros protagonistas de la gesta libertadora, militares o civiles, limitados antes y después a la pequeña perspectiva caudillista y comarcal.

Bolívar, si bien asimiló en los libros de la Ilustración y sus predecesores el espíritu de los avances universales del conocimiento y la emergencia de nuevas realidades sociales, supo conjugarlos con las especificidades de su tiempo y de su patria americana. En gran parte su ideario se nutre de tales lecturas, pero no se limitan solo a ellas. En una conocida carta de 1825 a Santander menciona algunas claves de sus afanes espirituales al responder indirectamente a cierto viajero y cronista francés que lo aludía en una crónica:

> (…) Puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire. Rollin, Bertot y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses. Todo esto lo digo muy confidencialmente a Vd. para que no crea que su pobre presidente ha recibido tan mala educación como dice.

Y entre los libros que regala a su amigo Tomás Cipriano Mosquera en 1828 se encontraban no solo algunos de esos autores, sino también clásicos griegos y romanos como Homero, Virgilio o Plutarco, o de poetas posteriores como Camoens, Boileau, Racine Tasso, u obras de sus contemporáneos Humboldt, La Fontaine, Bonaparte, Hobbes, Sismondi, Jovellanos y otros. Sus lecturas eran tan consuetudinarias como diversas y en la biblioteca del marqués de Ustáriz, en España, las había iniciado primero por curiosidad, después con interés apasionado. Aun en plena campaña y en cualquier escenario, un baúl con libros le acompañaba y solía encargar obras recién publicadas, a sus amigos y relacionados. O'Leary menciona en sus *Memorias* que una de sus lecturas favoritas en cierto momento fue cierta obra aparecida en la Francia convulsionada de 1799, la cual causara entonces cierto escándalo entre los sectores conservadores y religiosos por su carácter satírico, pagano y anticlerical, al punto de volverse a editar poco después. Se trataba de *La guerre des dieux (La guerra de los dioses*) del vizconde Évariste de Parny (1753-1814), parodia erótica en versos del célebre poema épico de Milton *El paraíso perdido*. Además, sabemos por su correspondencia y otros escritos, entre ellos la llamada *Carta de Jamaica*, que fue lector de Bartolomé de las Casas, cuyas obras *Historia de la destrucción de las Indias e Historia de las Indias*, así como las del Inca Garcilaso de la Vega y otros autores españoles o americanos de siglos anteriores, alimentaron sus informaciones sobre el genocidio de los pueblos indígenas y sus culturas. Por otra parte, del mismo modo que en la liberada Haití tomó conciencia de los sufrimientos y luchas de los pueblos esclavizados por su libertad, en la acción junto a sus tropas adquirió la verdadera magnitud y singularidades de los anhelos del pueblo humillado y sediento de justicia, cuyo estado de postración material y mental reflejaba la verdadera realidad que era preciso transformar.

El poeta y político ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, uno de los forjadores de la nacionalidad de la hermana nación, llegó a escribir que de no haberse dedicado en cuerpo y alma a sus lides libertadoras, Bolívar hubiera sido uno de los grandes poetas de su tiempo, tal era la precisa majestad de su escritura. Por dos de sus cartas, en respuesta al envío del *Canto a Junín* que este le enviara para obtener su parecer, podemos conjeturar que había leído además la *Carta a los Pisones* de Horacio, pues conocía tanto sobre las cualidades y formas de la poesía como cualquiera de sus oficiantes o estudiosos contemporáneos. O'Leary revela que en ocasiones la escribía en secreto, pero salvo el *Delirio sobre el Chimborazo* y unas estrofas escritas para un distinguido merideño durante la llamada Campaña Admirable para manifestarle su pesar por la muerte de su hijo en combate, no se conocen otros poemas suyos. Junto al osado e ilustrado hombre de acción, en veces riguroso e inflexible, se hallaba el ser sensible y melancólico sobrepuesto a las más arduas dificultades.

En una de sus estancias europeas Bolívar leyó a Thomas Hobbes, el autor del *Leviatán,* y a John Locke, uno de los padres del empirismo y el liberalismo inglés que precedieron a los filósofos de la Ilustración y cuyas tesis, en aquel tiempo, resaltaban por su audacia. Entre ellas que la soberanía emana del pueblo, que la religión constituye un asunto privado, no del Estado, y en consecuencia toda República libre debe ser laica; o que el conocimiento científico y la tradición metafísica sobre el universo son realidades antagónicas, En las obras de Rousseau, Condillac, D'Alembert, Mably (uno de los precursores del socialismo utópico), Sismondi, Helvetius (cuyo libro *Sobre el espíritu* fue quemado públicamente en París) y sobre todo en Voltaire (su autor favorito aunque no podía proclamarlo dada la índole diabólica atribuida a sus obras, e impuesta por el absolutismo religioso que pesaba como inmenso lastre ideológico en el seno de las sociedades coloniales) aprendió a reflexionar

no solo sobre las luchas políticas que comportaban los flujos y reflujos de las realidades sociales sino sobre las corrientes espirituales que movían el comportamiento humano. En Montesquieu y Filangieri (cuya obra fue prohibida por la Iglesia por atacar los privilegios del clero), pero también en otros autores apoyará gran parte de sus concepciones sobre la estructura del Estado republicano. Lograda la independencia, su proyecto abarcaría una gran república confederada (no federalista) que a la usanza de las instituciones avanzadas (avanzadas para su tiempo) de Inglaterra, se caracterizara por un poder central fuerte que sometido al poder contralor de los representantes elegidos por el pueblo, concitara, como dijera en su Discurso en Angostura, *la mayor suma de felicidad posible*, *la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política.*

No fue Bolívar el único, entre los actores criollos de la empresa libertadora, que supo encarnar lo mejor del pensamiento avanzado de la humanidad y de su tiempo para meditar y hacer posible la victoria independentista y forjar una nueva realidad en la América española. Pero sí el único que por su personalidad y sus acciones logró aglutinar las voluntades que lo intentarían, aunque al final de su vida, descorazonado, expresara que la independencia era el único bien logrado a costa de todos los demás. Más adelante intentaremos una respuesta a los por qué de esto último.

***

Los idearios que tanto influyeron en el joven Bolívar en la Europa convulsionada de comienzos del siglo XIX, venían anunciando a un importante sector de las élites criollas, sobre todo a los jóvenes –como lo habían percibido y comentado visitantes como Humboldt o Dupont en sus estancias caraqueñas– el nacimiento de nuevas realidades sociales y políticas. Los levantamientos populares en Francia poco después de

la independencia de los Estados Unidos, precedidos por los de Inglaterra más de un siglo atrás, sirvieron de consolidación a la emergente clase burguesa para arrasar con los vestigios feudales. En París llevaron a la toma del poder a sectores radicales que iniciaron una profunda transformación de las estructuras del Estado monárquico. Este proceso transformador fue abortado en la España del denominado Despotismo Ilustrado de Carlos III por la herrumbrosa y entronizada armadura político-económica-religiosa y cultural de la Contrarreforma, la cual sujetaba las estructuras sociales a los porfiados grilletes y mordazas del absolutismo monárquico-religioso. Sus conformaciones y secuelas apenas irradiaban en las lejanas colonias en contrabandeados libros y secretas informaciones suministradas por viajeros y corresponsales. Segregados política y culturalmente para las altas dignidades en el régimen colonialista y afectados sus intereses por las monopólicas redes comerciales de los agentes del mismo, paso a paso los sectores disconformes de esas élites organizan las primeras tentativas de organización del descontento, prolegómenos de una disconformidad mayor, a sabiendas de que el sistema de dominación también hacía aguas en la llamada madre patria.

Un toque de clarín entre el sosegado transcurrir de misas, inciensos y negocios en la entonces llamada Capitanía General de Venezuela, lo había dado entre otros el hacendado canario Juan Francisco de León y su hijo criollo Nicolás a partir de 1749 cuando encabezan un movimiento contra la Compañía Guipuzcoana, regidora de los intereses comerciales de la Corona desde 1728. Esta rebelión no era sino una más entre las tantas que registra la historia venezolana, algunas por las mismas razones, como la encabezada por Juan Andrés López del Rosario, conocido como Andresote, que derivó en verdadera lucha antiesclavista. Cimarrón y contrabandista que entre 1730 y 1732, al frente de una tropa de afrodescendientes negros esclavizados o de libertos como él,

con el apoyo de traficantes holandeses de Curazao y hacendados criollos, Androsote logró poner en jaque al monopolio de la Compañía y los emolumentos percibidos por la realeza al punto de ser llamado *azote del rey.* Otras rebeliones fueron de origen, motivaciones y repercusiones mayores, como la que en diciembre de 1796, a la cabeza de negros esclavizados y mulatos dirigiera, siguiendo el ejemplo haitiano y la popularmente denominada "ley de los franceses, José Leonardo Chirino, hijo libre de esclavo negro e india, junto a José Caridad González en las serranías de Coro. Y la más importante, por su carácter independentista y revolucionario y porque en su composición social figuraban casi todos los estamentos no oligárquicos de la sociedad colonial: la que en 1797 dirigieran Manuel Gual y José María España, de amplísimas repercusiones porque aspiraba derrocar el poder español y crear una república soberana, democrática e igualitaria que llevara después la lucha liberadora al resto de la América española. Los conspiradores se llamaban entre sí "hermanos", crearon como enseña una escarapela de cuatro colores que representaba la unión entre blancos, indios, negros y pardos; tradujeron, comentados, los *Derechos del hombre y del ciudadano* y elaboraron unas *Ordenanzas* que en cuarenta y cuatro artículos fijaban los objetivos del nuevo gobierno, entre ellos la igualdad, la anulación de los títulos de nobleza, los privilegios de casta y la abolición de la esclavitud.

Tres años atrás. en 1794, el entonces joven maestro Simón Rodríguez presentaba al Cabildo de Caracas un informe revelador de las injusticias sociales existentes hasta en las escuelas de Caracas, no solo señalando la precaria situación que mostraba la instrucción pública, sino defendiendo el derecho de "pardos y morenos" a recibir enseñanza en las mismas condiciones que los blancos y trazaba en rasgos generales una panorámica desoladora sobre los métodos, carencias y tribulaciones del sistema, al mismo tiempo que proponía soluciones que no le fueron

aceptadas por la Real Audiencia, destino final del memorial. El texto ponía al descubierto la cerrada trabazón racial, característica del régimen colonial y sus clases dominantes: "¿Qué progreso han de hacer estos hombres –se pregnntaba– qué emulación han de tener para adelantarse, si advierten el total olvido en que se tiene su instrucción? Yo no creo que sean menos acreedores a ella que los niños blancos (...)"[7].

No eran sino señales de que en la Capitanía General de Venezuela se agitaban, sobre tales injusticias, incandescentes respuestas. Y a tales atrevimientos y determinaciones seguirían otras. Los intentos expedicionarios de Miranda en 1806 fracasarían, pero serían la resonante clarinada en aquel concierto a muchas y discordantes voces. El ilustre caraqueño, cuya cabeza había sido puesta a precio, antes por la monarquía y ahora, hasta 1810, por la misma oligarquía criolla que pocos años después se ve obligada, bien que a regañadientes, a recurrir a sus servicios militares, tomará parte activa en la radicalización del movimiento desde que a instancias de Bolívar regresa a Venezuela a fines de ese mismo año.

El carácter y desarticulación de los intentos independentistas en toda la América española no habían logrado, sin embargo, resquebrajar seriamente en sus cimientos las estructuras de poder, aunque parecía evidente que entre las pequeñas grietas se resentían. El sistema autárquico en Europa entraría en pánico tras el derrocamiento y decapitación de Luis XVI en la Francia revolucionaria, a lo cual siguió la toma del poder por los jacobinos y las posteriores campañas de Bonaparte. Ello se correspondía con los primeros ajustes del triunfo de la clase revolucionaria emergente, la burguesía, que a partir de entonces fue consolidando el régimen económico, político y cultural capitalista iniciado en Inglate-

[7]_ Simón Rodríguez, *Escritos de Simón Rodríguez* (compilación de Pedro Grases), Vol. I., Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1954-1958.

rra. Y mientras en 1776 en el norte de la América se independizaban las trece colonias inglesas y la clase esclavista dominante fundaba una república federal con el nombre de Estados Unidos de América, cuyo dativo ("de América" y no de "Norte-América") parecía indicar al resto de las naciones del continente las pretensiones de sus fundadores, en el Saint Domingue francés de La Española los esclavizados negros de las plantaciones iniciaban, contra la Francia revolucionaria todavía esclavista, una larga lucha que culminaría en 1804 con la victoria y proclamación de una república libre que reivindicaba también el antiguo nombre indígena de la isla. Desde entonces el nombre de Haití representó fulgente insignia de dos caras: una, de convincente e intimidante señal para los oligarcas y hacendados esclavistas, la otra de ejemplo inmortal para los humillados del planeta, ahora con la fundada esperanza de que podían derrotar cualquier hegemonía por poderosa que fuera.

Al comenzar el siglo XIX la población venezolana, cercana al millón de habitantes, presentaba, como siempre, un cuadro etnográfico elocuentemente desigual y paralelo al del inicuo sistema de explotación colonialista. Solo el veinte por ciento estaba integrado por blancos, muchos más criollos que peninsulares (estos últimos el uno y medio por ciento), mientras los segregados pardos constituían casi la mitad, un cuarenta y cinco por ciento, y los absolutamente excluidos, indios, negros esclavizados y negros manumisos, integraban el resto de la población cual recurrentes seres invisibles de la historia.

VI

# Los hilos de las madejas

La coronación de Napoleón en 1807 envía un explícito mensaje a las monarquías en toda Europa, y a la española en primer lugar por su alianza con Inglaterra. Por su parte las élites hispanoamericanas y en especial la descontenta nobleza territorial venezolana que aguardaba el momento propicio para obtener el resto de poder que le faltaba (sin tener aún claros sus propósitos autonómicos) son sacudidas al año siguiente por un hecho inesperado.

En efecto, a comienzos de marzo de 1808, a la cabeza del ejército francés y con el cargo de gobernador de Madrid, entra en España el mariscal Joachim Murat y el 2 de mayo reprime a sangre y fuego una rebelión popular en la capital (algunas de cuyas escenas refleja Goya en celebrada obra, hoy en el museo de El Prado). A Bayona, en donde se encontraba Bonaparte, acudirán al llamado de este el rey Carlos IV y su hijo Fernando VII, el primero para recuperar ante Napoleón el trono al que había sido obligado a abdicar por Fernando, y este para afianzarse en el poder creyendo que con sus impúdicas zalamerías contaría con el apoyo de aquel. Los dos se engañaban. Uno y otro serán obligados, el primero a confirmar su abdicación y el otro a renunciar a su derecho al trono en favor del emperador francés. En la *Gazeta de Madrid* del 20 de mayo aparecerán las razones que dos semanas atrás enviara Fernando:

> (…) Por un tratado firmado y ratificado, he cedido a mi aliado y caro amigo el Emperador de los franceses todos mis derechos sobre España e Indias; habiendo pactado que la Corona de las

> Españas e Indias ha de ser siempre independiente e íntegra, cual ha sido y estado bajo mi soberanía, y también que nuestra sagrada religión ha de ser no solamente la dominante en España, sino también la única que ha de observarse en todos los dominios de esta monarquía (…) y de que conmováis y concurran a que se lleven a debido efecto las disposiciones de mi caro amigo el emperador Napoleón, dirigidas a conservar la paz, amistad y unión entre Francia y España, evitando desórdenes y movimientos populares, cuyos efectos son siempre el estrago, la desolación de las familias y la ruina de todos.

La sorprendente declaración, probablemente escrita bajo constreñimiento y en medio de las rebeliones populares que condujeron a los sangrientos episodios que vivía su patria, no era más que exhibición lastimosa de la sumisa desvergüenza del heredero y ha debido ser conocida, aunque tarde y con las reservas del caso, no solo por los jóvenes contestatarios de las colonias sino por sus mayores.

Al nombrar a su hermano José Bonaparte como rey de España, Napoleón provoca la expansión de la resistencia armada contra sus fuerzas invasoras que por lo demás contaban, como las españolas en Venezuela, con numerosos partidarios, allá nombrados *afrancesados*.

Al propagarse en América la noticia de la coronación de José Bonaparte, adicionada con la deshonrosa conducta de los reyes borbones, las otrora manifestaciones hostiles anti francesas pronto darán en Venezuela un giro y se convertirán en estímulo de las futuras acciones. Sería aventurado suponer que ante aquella situación la oligarquía mantuana descontenta aguardara solo la oportunidad para tomar las riendas del poder, pero ya existía una vanguardia organizada en Caracas integrada por jóvenes mantuanos y de las llamadas castas medias, entre los que estaban los hermanos Bolívar, junto a los Toro, los Ribas, los Montilla, los Salias y hasta los Tovar, hijos del anciano Conde

de Tovar, en tanto que en oriente, en los Andes y en Barinas ocurría otro tanto. El curso de los incidentes en la Capitanía General en esos primeros años del siglo XIX es bien conocido y el golpe de Estado del 19 de abril de 1810 significará, con su renuncia al cargo, la salida del Capitán General Vicente Emparan.

La triste comedia protagonizada por los reyes españoles ante Bonaparte se correspondía con la crisis moral y política del régimen de los Borbones, envuelto en degradaciones que hacían insostenible el estado de cosas. Y si bien la inconformidad ante las actuaciones de la monarquía, encabezada por sectores liberales que en buena parte militaban en logias clandestinas de la francmasonería, rondaba hasta en el propio palacio real desde hacía bastante tiempo, la nueva situación, generada por la invasión napoleónica, le servía a aquella, en cierta forma, de muro de contención de las protestas y factor aglutinante para cohesionar a las mayorías en torno a Fernando VII y la defensa de la nación. Es así como cunden en España juntas locales de resistencia "conservadoras de los derechos de Fernando VII" y en 1808 una Junta Central que en 1810, con la toma de Sevilla por los franceses, se disuelve para dar paso después a un Consejo de Regencia que en 1811 convoca en Cádiz una Constituyente. Al cabo de ardorosas deliberaciones al año siguiente las Cortes promulgan una Constitución liberal, adoptando en cierta forma, en el espíritu de sus normas fundamentales, la que Napoleón impondría al llegar.

Al conocerse las noticias en las colonias de la América española, como si un resorte común las hubiera impelido, juntas similares aparecen bajo diversas modalidades, algunas bajo la apariencia, más verdadera que simulada, de defender los derechos de Fernando VII.

¿Qué había ocurrido para que casi al unísono, con intervalos de meses entre uno y otro, los movimientos independentistas promovidos o

apoyados por élites que hacía poco los habían combatido a muerte, aparecieran por doquier?

Paralelos a los de Caracas (en donde se gestaría también en 1808 y sin consecuencias la llamada Conspiración de los Mantuanos) otros sacuden la América española ahora de manera orgánica tan pronto despunta el siglo XIX. En Chuquisaca y en La Paz (en el llamado Alto Perú) a fines de mayo de 1809 un grupo de patriotas dirigidos por Pedro Domingo Murillo lograron apresar al presidente de la Audiencia, mas el movimiento fue sofocado y Murillo ahorcado. En agosto, en Quito, entre ardorosas manifestaciones, los conspiradores encabezados por el marqués de Selva Alegre conforman una Junta autonomista que es ferozmente reprimida. En Buenos Aires estalla una sublevación encabezada por Martín de Alzaga, también dominada aunque al año siguiente, en mayo, siguiendo el ejemplo de Caracas, se constituye una junta provisional que proclama la independencia. En julio del mismo año se reúne en Bogotá un cabildo abierto que depone al virrey y da paso a un Congreso General de las Provincias de Nueva Granada. En septiembre estalla en México la rebelión del cura Hidalgo a quien se une otro sacerdote, Morelos, en un movimiento popular que habiendo depuesto al virrey elimina los tributos a indios y mestizos y confisca las tierras en manos europeas. También en septiembre de 1810 se proclama en Santiago de Chile una junta de gobierno que convoca a elecciones para un congreso. En Ecuador son masacrados los patriotas antes de que una junta declare la emancipación. Y así.

A sabiendas de lo ocurrido en sus colonias y para mitigar en medio de la guerra sus consecuencias, en España la Junta Central residenciada en Sevilla había promulgado en enero de 1809 un decreto, ratificado por la Regencia después de la disolución de aquella, en el que declaraba que los dominios españoles de América eran partes integrantes y esenciales

de la Monarquía, por lo cual los cuatro Virreinatos y las ocho Capitanías Generales debían tener representación en las Cortes y enviar los diputados elegidos a la Península. El decreto, si bien recogía lo que Bonaparte había consagrado en su Constitución a fin de obtener la simpatía de las elites criollas de las colonias españolas, no intentaba más que evitar que estas desconocieran el poder de la metrópoli, por lo cual uno y otro no eran más que simple saludo a la bandera como después se demostró. El llamado, en efecto, había sido atendido, pero la representación americana, por lo ínfima que era en relación con la española, estaba lejos de constituir un acto de justicia y se convertiría, por la desproporción numérica y su inoperancia, en efímero propósito propagandista desenmascarado casi inmediatamente. El único representante o diputado de Venezuela ante las Cortes, por ejemplo, nombrado en 1810, fue un discutido Oidor de la Real Audiencia, el abogado neogranadino Joaquín de Mosquera, hermano de un respetado hacendado de Popayán (amigo de Bolívar años después, José María de Mosquera, padre de los célebres Joaquín y Tomas Cipriano que ocuparán la presidencia de la gran Colombia) pero perseguidor de Nariño en Bogotá y enfrentado en Caracas a los mantuanos. Elegido bajo supuesta conjura fraudulenta urdida por realistas criollos venezolanos que veían disputado su poder, Joaquin dr Mosquera haría carrera en España, al punto de llegar a ser nombrado Presidente del Consejo de Regencia que se ve obligado a promulgar la Constitución, Secretario del Consejo de Indias y por su lealtad a la monarquía, investido en 1817 Caballero de la Orden de Isabel la Católica por el mismo Fernando VII.

La historia del proceso independentista, en sus contradicciones, no puede pues, tampoco, desvincularse de las súbitas adhesiones de quienes, aunque nacidos en América, se sentían, por herencia y cultura, españoles y realistas. No era esto, empero, lo esencial. Lo esencial no

consistía en la pertenencia étnica o territorial, sino en la espiritual, a la cual estas pueden o no ser inherentes. Y así existieron, y el ejemplo no es exclusivo de una nacionalidad en particular, españoles anti-realistas incorporados a la causa emancipadora y americanos que adoptaron como suya la España realista, como el célebre José Domingo Díaz en Caracas y otros en todas partes hasta el sol de hoy, con variación de diapasones y circunstancias históricas.

Entre los jóvenes mantuanos y de las capas medias de las colonias que apostaron a la independencia parecía haberse gestado otra visión del mundo y lo manifestaban abiertamente sin temor. Así lo percibió desde finales del siglo XVIII un miembro del Consejo de Regencia, el político sevillano Francisco de Saavedra, quien había ejercido entre otros importantes cargos el de Intendente de Caracas en 1783, Ministro de Estado en 1798 y con la invasión francesa el de Presidente de la Junta de Sevilla en 1808. Y premonitoriamente lo anunciaba en un informe presentado al gobierno de Carlos IV. En él advertía a las autoridades reales que la rebelión de los angloamericanos en las colonias de Norteamérica y el aseguramiento de su independencia (al que la propia España contribuiría) representaban un peligroso ejemplo que podría incidir en la conducta de los criollos hispanoamericanos, por lo cual recomendaba atraer a los hijos de estos *con empleos y distinciones que gocen en España*, así como enviar a América hombres de probidad, desinterés, prudencia y talento:

> Por todos estos medios se borrará el desprecio con que los europeos miran a los americanos y la antipatía y rencor con que éstos, como es natural, les corresponden (...) Los criollos se hallan en el día en muy diferente estado del que estaban algunos años ha. Se han ilustrado mucho en poco tiempo. La nueva filosofía va haciendo allí muchos más rápidos progresos que en España (el celo de la Religión, que era el freno más poderoso

> para contenerlos, se entibia por momentos). El trato de los angloamericanos y extranjeros les ha infundido nuevas ideas sobre los derechos de los hombres y los soberanos; y la introducción de los libros franceses, de que allí hay inmensa copia, va haciendo una especie de revolución en su modo de pensar y los leen con una especie de entusiasmo.[8]

Otros también lo habían advertido, antes o poco después. En líneas anteriores mencionábamos a François Depons, agente del gobierno francés que residiera en Venezuela desde 1801 a 1804, que así lo ratificaba en sus memorias:

> Actualmente se produce en las opiniones una feliz revolución, y todo anuncia que la generación que ha de reemplazar a ésta que ya está declinando, mostrará ante el mundo asombrado el espectáculo de un mejoramiento moral, hijo de la alianza de la prudencia nacional con la parte útil de los principios de otros pueblos. Es el caso que toda la juventud criolla, penetrada de la insuficiencia de su educación, trata de completarla, bebiendo con avidez en libros extranjeros aquello que falta en su instrucción. Pocos son los jóvenes que, con el solo recurso del diccionario, no aprendan a traducir francés e inglés y no pongan empeño en hablar esas dos lenguas, principalmente la primera. No piensan como sus padres que la geografía es una ciencia superflua, y que la historia de los hombres, atrayendo al pasado la mirada, no arroja alguna luz sobre el porvenir[9].

Para tener una idea del curioso desarrollo de los futuros acontecimientos y las peculiares contradicciones y situaciones en las que Bolívar

---

**[8]**_ Francisco Morales Padrón, *México y la independencia de Hispanoamérica en 1781 según un comisionado regio: Francisco de Saavedra,* Revista de Indias, 115-118. Madrid, enero-diciembre 1969, pp. 335-358.

**[9]**_ François Depons. *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional*, Caracas, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1987.

junto a otros jóvenes rebeldes comenzaban su activa participación política, veamos el siguiente ejemplo.

Para protestar contra la invasión francesa a la "madre patria" y rechazar el derrocamiento de su rey, una muchedumbre calculada por las autoridades reales en unas doce mil personas –inmensa cantidad en relación a la población de la Caracas de entonces– se presenta a las puertas del ayuntamiento dando vivas a Fernando VII y mueras a Napoleón. Y un tío de Bolívar, Feliciano Palacios –homónimo de su abuelo materno– es quien poco después, en su carácter de Alférez Real de la ciudad, preside el pomposo desfile de apoyo al rey Borbón portando pendón que orgullosamente blandía al grito de *¡Castilla y Caracas*, *por el señor Don Fernando VII y toda la descendencia de la Casa de Borbón!* Hecho ante el cual comentará en tono irónico Augusto Mijares en su biografía del Libertador:

> No indicaba poca decisión jurar así obediencia a unos reyes que por su parte habían abandonado tan cobardemente a sus súbditos, y bien puede decirse que los pueblos de América repetían así, sin conocerlo todavía, el ejemplo quijotesco del Alcalde de Móstoles, que al frente de su exigua aldea, por su propia cuenta declaró la guerra a Napoleón[10].

***

Entre el 17 y el 18 de abril de 1810 llegan a Caracas tres comisionados enviados por el Consejo de Regencia, dos de ellos naturales de Quito, Antonio de Villavicencio y Carlos Montúfar y el otro un funcionario español, José Cos de Iriberriz Traen las más recientes noticias de España, entre ellas la disolución de la Junta Central de Sevilla y la creación del Consejo de Regencia. Éste, en la convocatoria que hace a los

**[10]**_ Augusto Mijares, *El Libertador*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, Ediciones de la Presidencia de la República, 1987.

americanos para que enviaran sus representantes a las Cortes de Cádiz, consignaba entre otras cosas una sorprendente y alentadora declaración:

> Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres: no sois ya los mismos que antes, encovados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estáis del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia (…) Al pronunciar o escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el congreso nacional, vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores: están en vuestras manos.

No sabemos si la misma fue conocida en su integridad por sus destinatarios criollos, pero parecía indudable que pretendía, por su tono exultante, detener con eufemismos los movimientos autonomistas ya iniciados. Y si fue conocida lo logró de alguna manera, sobre todo entre los mantuanos y funcionarios vacilantes, que intentaron por todos los medios, puesto que no podían detenerlo, amortiguar el golpe de Estado organizado y llevado a cabo el 19 con la estructuración de una Junta de gobierno que adoptó el nombre de Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII, a imitación de las españolas. La denominación era pues en parte sincera, en parte conveniente y en parte encubridora, dependiendo de quién la considerara. El hecho, las proclamas y su verdadera significación no podían pasar desapercibidos para el Consejo de Regencia que al enterarse reacciona con severas condenas, reproches y medidas. La respuesta escrita aprobada por la Junta Suprema y firmada por los dos copresidentes, el alcalde primero, el español José de las Llamosas y el alcalde criollo de segunda elección Martín Tovar y Ponte, hijo homónimo del primer Conde de Tovar, parecía más de lo segundo –conveniente– que de lo otro –sincera o encubridora– puesto que Tovar había participado activamente en el movimiento insurgente

y una autonomía tutelada por un desconocido Consejo de Regencia no gozaba de mayor apoyo, pese a que el propio nombre de la Junta no hacía sino imitar lo que ocurría en la propia España. En cualquier caso, en su conjunto, las intenciones y manifestaciones puestas de manifiesto en los sucesos posteriores se presentarían como un fenómeno contradictorio que al decir de Indalecio Liévano Aguirre resultaba al menos curioso: querían la revolución contra España para obtener autonomía, pero conservando el orden tradicional heredado de la misma España[11].

Cuando el 5 de julio de 1811 el Congreso decreta la independencia, impelido por los grupos representados por Miranda y los miembros de la Sociedad Patriótica, y poco después promulga una Constitución que afectaba los intereses establecidos de la monarquía y sus partidarios (aunque dejaba incólumes una de sus esencias, la esclavitud) la reacción de las autoridades monárquicas no se hace esperar y los hostigamientos y asonadas de sus partidarios cunden por todas partes.

Bolívar, a las órdenes de sus parientes políticos el Marqués del Toro y su hermano Fernando, iniciará desde entonces su audaz y denodado periplo militar en los combates contra los amotinados de Valencia (julio-agosto 1811) y estos hechos de armas le valdrán el grado de coronel efectivo.

Pero aquella victoria solo generará provisoria ilusión. La avanzada de las fuerzas realistas de Coro sobre Caracas, comandadas por Domingo Monteverde y asistidas por numerosos partidarios, es cada vez más creciente y a la postre, con la capitulación de Miranda un año después, la Primera República, tal castillo de arena, se desmorona sin haber cumplido una sola de sus aspiraciones.

Con el colapso la feroz represión a los republicanos comienza, a tal punto que el gobernador español de Coro, el brigadier José Ceballos,

**[11]**_ Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, Ediciones de la presidencia de la República, 2008.

critica ante la Regencia *el terrible saqueo de los pueblos*, *tan antipolítico en aquellas circunstancias y que había dejado infinitas familias reducidas a la mendicidad, dando ocasión a la América para que preconice semejante tiranía, irritando los ánimos contra las tropas del Rey*[12].

**[12]**_ *Epistolario de la Primera República* (estudio preliminar de Manuel Pérez Vila) Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2 vol., 1960.

VII

# El nuevo sonido de la tempestad

**A**sí transcurren diez años de luchas encarnizadas. Y a costa de amargas marchas y contramarchas e innumerables vidas y destrucción llega por fin la planificada oportunidad de librar una contienda definitoria. Los ejércitos patriotas no son ya los mismos y un creciente apoyo popular los ha engrosado y permitido la posesión de importantes plazas y territorios.

Desde 1815, perdidas la dos primeras repúblicas tras las inhumanas confrontaciones que afectaban a todo el estamento social, en la medida en que se sucedían los acontecimientos fuera y dentro de Venezuela, el Libertador pensaba en lo imperativo de cambiar, si no la indeclinable voluntad de proseguir sin tregua la resistencia armada, sí las formas de ver y ponderar los nuevos escenarios y participantes. Su autodestierro en Jamaica para evitar la fragmentación y la guerra entre patriotas, sus entrevistas con Petion en Haití y el apoyo de este para las dos expediciones a Venezuela, habían fortalecido aquella convicción. No dudó en ponerla en práctica tan pronto llegan a él noticias desde el otro lado del Atlántico. La respuesta que da el 20 de mayo de 1818, desde San Fernando de Apure, a la carta oficial que el 13 de diciembre de 1817 le envía el teniente-general Mariano Renovales, héroe de la guerra de los seis años contra los franceses que le expresaba su voluntad de servir a la causa independentista, es apenas una muestra de ello:

> El nombre de V.E ha sido conocido con gloria en la justa guerra que la España sostuvo contra sus invasores (…) Yo no puedo recordar a V.E sin un profundo sentimiento, la horri-

> ble situación a que ha reducido ese ingrato rey Fernando a la patria de V.E, no menos que a la mía. Pero yo siento una inmensa complacencia en mi corazón cuando contemplo que no todos los españoles son nuestros enemigos, y que la España se honra de haber producido en su seno almas generosas y espíritus sublimes (…).

Y lo ratifica poco después a Luis López Méndez: “Mucho contribuiría altamente el principio que debe ser la base de nuestra política: Paz a la nación española y guerra de exterminio a su gobierno actual”.

De ahí que al henchirse incontenibles las nuevas velas entre la tempestad, el curso de la guerra libertadora da un giro relevante no en sus objetivos, sino en su estrategia. Los días de la contienda fratricida y el radicalismo de los enfrentamientos, recogidos como respuesta inexorable en el decreto de Trujillo, debían contenerse y pasar. Atribuido por algunos a siniestra vindicta de Bolívar o al menos a cruel e innecesario ejercicio de un horror que ciertamente no iniciaron los dirigentes patriotas, irá quedando atrás como extrema resolución que en cierta forma demostraba que la hegemonía y agresiones del poderoso, amparadas en justificaciones políticas, morales o religiosas jamás reconocidas en sus víctimas, siempre fueron causantes y causahabientes de la violencia ejercida contra él por el agredido en legítima respuesta. No sin razón comenta O’Leary en sus Memorias que bien pudo el futuro Libertador haber imitado la conducta de las autoridades españolas publicando edictos de tolerancia para luego violarlos. “No nos atrevemos a decidir –dice el edecán de Bolívar– si el beneficio alcanzado con la independencia merecía la sangre con que se ha adquirido, pero sí hay motivos para creer que nunca se habría alcanzado en Venezuela sin la terrible medida a que Bolívar tuvo que recurrir”[13].

---

**[13]**_ Daniel Florencio O’Leary, *Memorias del general Daniel Florencio O’Leary* (narración), Caracas, Imprenta Nacional, 1952.

Tampoco es que los jefes patriotas, Bolívar incluido, contaran con opciones menos lacerantes. Declarados traidores por las autoridades españolas desde los mismos días de la declaratoria de independencia, los republicanos no podían esperar de estas, puesto que legalmente la pena de muerte acompañaba a la traición, sino feroces represalias (aunque es de justicia reconocer que hubo funcionarios y militares realistas con voluntades y acciones lenitivas). Para la época resultaba inconcebible pensar (y ni Morillo ni otros generales monárquicos sensibles como La Torre o Correa lo hicieron) que los anhelos de emancipación de los rebeldes serían tolerados, como algunos candorosamente creyeron, por quienes durante tres siglos sometieron del modo en que lo hicieron a los pueblos aborígenes. Bolívar nunca se engañó respecto a ello, y los intentos de asesinarlo, de los que a veces providencialmente se salvó, lo demostraron. Tampoco se equivocaban al pensarlo la inmensa mayoría de los jefes patriotas, algunos de los cuales, como Camilo Torres o el sabio Caldas, que no eran militares, pagaron con sus vidas su ideal de patria. El propio San Martín en Perú bien pronto se desengañará en par de ocasiones cuando lo intentó en 1820 y 1821 en sendos convenios de paz con los virreyes Pezuela, monárquico absolutista, y La Serna, monárquico liberal. Con este último acordó incluso la posibilidad de que un príncipe de la familia real Borbón reinara en el Perú, convenio rechazado por los generales españoles[14].

A la muerte de Boves en diciembre de 1814 otros como él, entre ellos Francisco Tomás Morales, habían tomado su lugar. De allí su presencia, cuatro meses después, al frente de las tropas del sañudo asturiano en la costa cumanesa al arribo de la flota española, en donde Morillo fue informado de la favorable situación de la guerra. Durante

**[14]**_ cf. José Luis Busaniche, *Bolívar visto por sus contemporáneos,* México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

ese año casi toda Venezuela estaba en manos de las fuerzas de la monarquía, aunque algunos jefes patriotas comandaban guerrillas que hostigaban en varias regiones.

En efecto así era.

En Margarita, en la otrora Nueva Andalucía, en el centro y en el sur del país la resistencia persistía y se expresaba con múltiples escaramuzas, combates y urticantes acciones. La capitaneaban en oriente oficiales como Arismendi, Monagas, Sedeño o Zaraza, o en Apure Páez, que empezaba a ganarse a fuer de coraje y don de mando la jefatura de los llaneros desertores de las huestes de Yáñez y de Boves. En ausencia del Libertador, de Mariño y otros líderes, la lucha proseguía en todas partes, solo que desarticulada y sin organicidad. En el oriente, como sostiene con razón Parra Pérez en su *Historia de la Primera República*, la clave de muchos sucesos, sobre todo aquellos que dificultaron en los primeros años la obra unitaria de la independencia, tenía su explicación en una sempiterna verdad: el hecho de que los pobladores de las provincias orientales tenían tradiciones, intereses y prejuicios distintos a los de Caracas y sospechaban que la hegemonía de esta ponía en entredicho su secular autonomía. La gobernación de Cumaná, que en la primera década del siglo XIX comprendía las jurisdicciones de Nueva Andalucía, Nueva Barcelona y Guayana, se había administrado hasta entonces sin sujeción alguna al gobierno de Caracas. Civilmente el gobernador dependía del virrey de Nueva Granada y recibía las Cédulas Reales por medio del Consejo de Indias; judicialmente las dos primeras estaban subordinadas a la Audiencia de Santo Domingo y Guayana a Bogotá; y hasta en asuntos religiosos dependían del exterior puesto que obedecían al obispado de Puerto Rico. Con el gobierno de Caracas la vinculaba solo la hacienda, que rendía cuentas a su Tesorería.

Esta importante realidad, en veces desconocida o subestimada a la hora de estudiar importantes desavenencias entre los conductores de la lucha, olvida también que el poder colonizador español intentó siempre dividir e incluso aislar a sus colonias para evitar –como hacían con los esclavizados– las confabulaciones alrededor de un núcleo común que pudiera librar con mayor fuerza los intentos de insubordinación.

Desde su destierro en Jamaica Bolívar había intentado a todo trance, junto con procurar el apoyo de una Inglaterra a quien convenía en aquel tiempo hacerlo por intereses y razones geo-políticas, obtener el consenso de los jefes y oficiales patriotas exiliados en torno a un centro político y militar. La unidad de mando se le revelaba ahora más que nunca necesidad impostergable y tanto más al conocer, por una parte, los infaustos sucesos de Cartagena y la Nueva Granada en donde Morillo, tras enterarse del fracaso de su plan pacificador en Margarita que achacaba al "traidor Arismendi", tomaba crueles e implacables medidas (atribuidas por algunos historiadores a su segundo Pascual de Enrile) que incluyeron las ejecuciones sumarias de valerosos oficiales e ilustres neogranadinos; y por la otra, porque habíase persuadido total y rotundamente de que la sola liberación de Venezuela no bastaba para la total independencia. Las dos expediciones desde Haití serían determinantes, no solo porque contaron con un puerto de destino en la Margarita liberada, sino por haber sido en la isla, en reunión sostenida en Santa Ana del Norte, donde la unidad de los jefes patriotas lo ratifica en el mando y nombra a Mariño su segundo.

Tras el fracaso de la primera, el éxito de la segunda expedición tampoco se presentaba bajo mejores augurios, pero el 1 de enero de 1817, tan pronto pisa la costa de Barcelona, un exultante Libertador le escribe a Pedro Briceño Méndez: *Ustedes volarán conmigo hasta el rico Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano* (…) *La vida no tiene precio sino en tanto que es gloriosa*.

Con el triunfo de Piar en San Félix contra La Torre y el sitio victorioso a la Angostura ocupada por los realistas se logra una base de operaciones inmejorable, al abrigo del Orinoco, para comunicarse con los llanos y proveerse de armas y pertrechos en las islas cercanas. Angostura se convierte así, como nueva sede del gobierno patriota, en punto de partida de otra etapa, etapa de cruciales victorias fortalecida por otro hecho cuasi providencial acontecido en Europa: el 18 de junio de 1815 Napoleón Bonaparte es derrotado en Waterloo por el reforzado ejército inglés comandado por el Duque de Wellington y tras su derrota un numeroso contingente de militares de diversas nacionalidades europeas en ambos bandos pasa a engrosar las filas de los desempleados. Esto explica la progresiva llegada de oficiales voluntarios británicos alistados en Londres por López Méndez entre 1817 y 1818 y la presencia de otros militares europeos deseosos de participar en la causa libertadora dirigida por quien gozaba ya de fama y de prestigio. En paralelo arribaba también la imprenta encargada a Fernando Peñalver en Trinidad y ambos significarán, por una parte, un importante apoyo para la formación disciplinada de las tropas, y por la otra la fundación del *Correo del Orinoco,* artillería del pensamiento, como lo llama el Libertador.

Imprescindible tribuna para divulgar hechos e ideales de la gesta y contrarrestar falacias e infamias, el *Correo* será el antípoda de la realista *Gaceta de Caracas*, centón insípido, al decir de Baralt, de mentiras e injurias en manos de un furibundo partidario criollo de la monarquía, José Domingo Díaz, quien mutila, desfigura e inventa noticias, según su propia confesión, *para dañar la Revolución*, táctica ductora, como se ve, nada extraña desde entonces en Venezuela, solo que perfeccionada con impúdica contumacia en otras partes y en mayor proporción por los *mass media* de este tiempo.

En Angostura, durante el lapso que va de finales de 1817 a comienzos del 19, podrá por fin el Libertador, tal como se colige de la abundancia de su correspondencia de esos días, alcanzar un relativo sosiego para ordenar los asuntos de Estado, convocar a una Constituyente y planear la nueva campaña. Y hasta tiempo tiene para sostener un revelador intercambio epistolar con un enviado especial de los Estados Unidos, Bautista Irvine, comisionado por su gobierno para protestar y exigir compensación y devolución de dos fragatas dizque neutrales de ese país, capturadas por la escuadra de Luis Brion en aguas del Orinoco, cuando llevaban armas y pertrechos para las fuerzas realistas sitiadas en Angostura. Una de sus últimas respuestas al reclamante no podía ser más enfática:

> En cuanto al daño de los neutrales que V S. menciona en su respuesta, yo no concibo que puedan alegarse en favor de los dueños del Tigre y la Libertad los derechos que el derecho de gentes concede a los verdaderos neutrales. No son neutrales los que prestan armas y municiones de boca y guerra a unas plazas sitiadas y legalmente bloqueadas. Si yo me equivoco en esta aserción tendré grande satisfacción de reconocer mi error.

Y en otra, concluyente:

> Quisiera terminar esta nota desentendiéndome del penúltimo párrafo de la de V.S. porque siendo en extremo chocante e injurioso al gobierno de Venezuela, sería preciso para contestarlo usar del mismo lenguaje de V.S. tan contrario a la modestia y decoro con que por mi parte he conducido la cuestión. El pertinaz empeño y acaloramiento de V.S. en sostener lo que no es defendible sino atacando nuestros derechos, me hace extender la vista más allá del objeto a que la ceñía nuestra conferencia. Parece que el intento de V.S. es forzarme a que reciproque los insultos: no lo haré; pero sí protesto a V.S. que no permitiré que se ultraje ni desprecie al Gobierno y los derechos de Venezuela.

> Defendiéndolos contra la España ha desaparecido una gran parte de nuestra populación y el resto que queda ansia por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende.

La instalación del Congreso Constituyente en febrero de 1819 consagra la nueva Carta Fundamental y el nombramiento de autoridades provisionales, lo que otorga legitimidad institucional al nuevo gobierno Seis meses después, habiendo evacuado Morillo la Nueva Granada con gran parte de su ejército para someter definitivamente la insurrección en Venezuela, la estratagema insigne de Bolívar al atravesar con el suyo las elevadas cumbres de Los Andes en sacrificada odisea, para atacar al enemigo por sorpresa, despierta la incredulidad y admiración hasta de los propios enemigos. Triunfa en Pantano de Vargas y Boyacá, con la consecuente liberación de Nueva Granada, y con las victorias propina un golpe mortal a la causa realista.

De vuelta en Angostura cubierto de gloria, al proclamar el 17 de diciembre la República de Colombia con la unión de ambas naciones, será elegido Presidente con el neogranadino Francisco Antonio Zea de vicepresidente. De seguidas convoca el nuevo Congreso Constituyente a reunirse el año siguiente en Cúcuta.

VIII
# La encubierta razón del absurdo

Pero aún a estas alturas, con el lento pero creciente apoyo popular ¿a qué se debía la nutrida presencia de las llamadas castas inferiores en las filas realistas, al punto de que en Carabobo la mitad del ejército de La Torre estuviera integrado por venezolanos?

Si en el terrible año de 1814, y también bajo la conducción de Bolívar y Mariño, la primera batalla librada victoriosamente en ese escenario había sido un enfrentamiento fratricida ¿por qué siete años después, aunque en menor proporción, detentaba casi el mismo carácter?

La explicación menos perceptible, no vislumbrada por Bolívar, no podía ser otra –amén de disímiles causas derivadas de las condiciones objetivas y la misma condición humana– que el abierto o soterrado antagonismo entre opresores y oprimidos, ceñido a la estructura de castas trasplantada con variaciones en el estamento colonial. Desestimado ante los imperativos del anhelo independentista, no era fácil en su tiempo, aunque lo intentara, desentrañar este antagonismo en sus especificidades y menos en medio de la enmarañada característica y peculiaridades de la sociedad venezolana.

Envueltas en la doble o triple contradicción entre una mayoría de miserables y excluidos, la oligarquía a la que él pertenecía y el dominio foráneo, tales disonancias se expresaban, por añadidura, en escenarios de entremezcladas y no siempre estables realidades. La omnímoda presencia cultural y religiosa del poder invasor español había reproducido en América, a semejanza de las suyas, instituciones y estratificaciones sociales a

contrapelo de la presencia física y espiritual de los pueblos indígenas y de la heterogénea conformación étnica y cultural de la nación. Paulatinamente, sin embargo, se había visto obligada a distender el rigor de la sujeción ante situaciones puntuales que amenazaban sus intereses y que no siempre, para las clases desposeídas, se manifestaba explícitamente. No eran españoles sino criollos los funcionarios que ocupaban los cargos menores o los cabildos, ambos vinculados directamente con la vida cotidiana, ni tampoco lo eran los grandes propietarios de la tierra y los negocios, los llamados mantuanos, que bajo el trabajo esclavo y la sumisión a la monarquía habían amasado sus fortunas. No eran españoles sino criollos mantuanos los mandamases y segregacionistas, de tantas ínfulas y poderes como aquellos y hasta hacía poco defensores del poder monárquico del que se decían, como descendientes de conquistadores y encomenderos, connacionales y fieles vasallos. Tampoco fue nimio el papel de la Iglesia de la Contrarreforma, con sus retrógradas y absurdas oclusiones, prohibiciones y castigos, mancomunada con el poder colonizador desde el comienzo de la conquista, aunque existieran, como en nuestro tiempo, clérigos solidarizados con las penalidades de la mayoría desposeída.

Otra razón, además de las nombradas, explicaba la presencia desbordante de las clases populares en la causa que supuestamente debían condenar y Bolívar la menciona en la *Carta de Jamaica.* Tres siglos de coloniaje y de injusticias, decía en ella, habían modelado en los desposeídos, e incluso en los blancos llamados “de orilla” en razón de su “bajo linaje” o su pobreza, no ideales republicanos sino la noción teísta y divina de la desigualdad natural; no el amor a la libertad sino resignación y una predisposición a la anarquía que con el estallido de la guerra habíase convertido en ciego y peligroso instrumento.

Parecía todavía temprano para que prendieran en el pueblo preterido razones de auto-determinación justiciera. Estas tendrían que crearse y

conformarse en el fragor de sus propias luchas para alcanzar las luces y valores morales que formarían conciencias libres que permitirían, entre otras cosas, dilucidar causas y causantes de su postración. La frase bolivariana en Angostura, *moral y luces son nuestras primeras necesidades*, no significaba más que eso. Y aún lo significa.

## IX
# La rueda de la historia

**M**ientras en casi todo el territorio la guerra de liberación avanza con más ímpetu y cohesión en la medida en que las deserciones crecen en el ejército realista, en la propia España importantes acontecimientos habían emergido lenta pero paulatinamente a partir de las victorias en las batallas de Arapiles y Vitoria contra los franceses, victorias que significaron la expulsión de las tropas invasoras en 1814 y la reposición de Fernando VII en el trono. Una de sus primeras resoluciones fue derogar, para sorpresa de quienes tanto hicieron por lograrla o la apoyaron, la Constitución promulgada dos años antes por las Cortes en Cádiz. Ante la arbitraria medida el descontento comenzaba a manifestarse en densos sectores de la población y paulatinamente, con los ahora influyentes liberales a la cabeza, las protestas de rechazo campearon velada o abiertamente.

El omnímodo poder del que volvían a hacer uso el monarca y sus funcionarios se mostraba de nuevo tal cual era. El "rey felón", como se le llamaba, se burlaba paladinamente del apoyo popular que a costa de innumerables víctimas y durante los seis años de la guerra de liberación, le había otorgado la mayoría. En vez de invertir los recursos para aliviar las secuelas de la cruenta conflagración en quienes las padecían, los empleaba en beneficio propio, de sus allegados y de la cúpula eclesiástica. Hartas de expolios y sacrificios, en las clases humildes el descontento se manifestaba también en sus soldados, cuyos padres, hermanos, parientes y ellos mismos habían logrado vencer a las tropas invasoras en defensa de su país y de su rey, en medio de abnegados servicios y constantes

privaciones y sufrimientos. Y ahora un nuevo contingente de soldados debía zarpar hacia el otro lado del océano a combatir, tal como cinco años antes lo hicieran miles como ellos sin que volvieran.

El conflicto estalla el 1 de enero de 1820 en la población de Las Cabezas de San Juan, en las marismas del bajo Guadalquivir y próxima a Sevilla. En el seno de la expedición militar preparada para embarcarse hacia la América española insurreccionada cundía el desconcierto y la indignación. Provenientes de los sectores menos favorecidos de los pueblos, conscriptos o reclutas del servicio militar obligatorio (los llamados *quintos*) y otros de los que en castigo fueron condenados por los tribunales y justicias del reino a incorporarse al ejército, estos soldados no eran, en su mayor parte, como los anteriores, veteranos curtidos en la guerra anti napoleónica, sino jóvenes hijos del pueblo miserable, cansado de los devastadores rigores de la guerra.

Ese día, a poco de partir, los coroneles Rafael del Riego y Antonio Quiroga, ambos vinculados a la masonería y de gran ascendencia entre sus tropas, alegando respetar la voluntad de estas se niegan a viajar. *Vosotros estabais destinados a la muerte* –conmina Quiroga a sus soldados en una proclama del 5 de enero– *no para realizar la conquista ya imposible de la América, sino para libertar al gobierno del terror que de vuestro valor ha concebido.*

Se inician así en varias ciudades manifestaciones en cadena que obligan a Fernando VII, aterrado ante la magnitud cada vez mayor de las mismas, a jurar y restablecer la Carta Magna que había derogado, alegando someterse a la voluntad del pueblo en farisaica expresión tristemente memorable: *Marchemos francamente*, *y yo el primero*, *por la senda constitucional*.

Se iniciaba así en España el Trienio Liberal que tan amplias repercusiones habría de tener, pese a su brevedad, menos en el reino que en sus

sublevadas colonias. Las normas constitucionales, siguiendo el espíritu de decretos aprobados en plena invasión francesa desde 1810, junto con limitar los poderes del rey y sus allegados ampliaban las atribuciones de los organismos colectivos y establecían controles que normaban los cuantiosos ingresos que iban a parar a las arcas reales. De estos ingresos, ahora más que nunca necesarios para aliviar la grave crisis de postguerra, los provenientes de las colonias americanas se habían vuelto, desde mucho antes, imprescindibles para la insaciable avidez de aquella burocracia que engullía y despilfarraba en bambollas y ritos una riqueza que en otras naciones europeas habían significado un progresivo e ingente desarrollo del sistema capitalista. Reponer los cuantiosos ingresos que aportaban las colonias, ahora mermados por las sublevaciones, representaba, pues, urgente tarea que debía cumplirse bajo los nuevos señuelos constitucionales. Esto tal vez explique la verdadera razón de las instrucciones dadas al general Morillo antes de zarpar en 1815: emplear en primer lugar métodos pacíficos para atraer a los insurgentes criollos a su antigua condición, por lo cual expresamente una de las directrices disponía que *al comercio y hacendados se les protegerá y auxiliará, pues la exportación de frutos al propio tiempo que proporciona mayores comodidades a los vasallos de S. M., aumenta considerablemente las rentas del Rey, tan minoradas en este momento, y para cuyo aumento es preciso trabajar*.

***

Desde que conoció la noticia de lo sucedido en España, Bolívar percibió al instante la magnitud del hecho. Por sus inmediatas repercusiones en el propio reino y entre las fuerzas realistas americanas, el mismo parecía marcar, por las razones que se expondrán a continuación, la etapa final de la guerra en Venezuela. Lleno de júbilo y optimismo escribe el primero de mayo, desde San Cristóbal, a su amigo Guillermo White, comerciante inglés residenciado en Trinidad:

> De los negocios de España estoy muy contento, porque nuestra causa se ha decidido en el tribunal de Quiroga. Nos mandaban 10.000 enemigos, y ellos, por una filantropía muy natural, no quisieron hacer la guerra a muerte, sino *la guerra a vida* (…) ¡Qué dicha, no venir y quedarse 10.000 hombres que eran enemigos y son ya los mejores amigos! (…) La América del Norte, siguiendo su conducta aritmética de negocios, aprovechará la ocasión de hacerse de las Floridas, de nuestra amistad y de un gran dominio del comercio.

Y el siete a Santander:

> Convencida la España de no poder mandar refuerzos contra nosotros, se convencerá igualmente de no poder triunfar, y entonces tratará de hacer la paz con nosotros para no sufrir inútilmente. Todo esto me parece incontestable, sea cual sea el éxito de la Revolución de España, que también es susceptible de grandes esperanzas (…)".

El veinte, acantonado con su ejército en la Villa del Rosario de Cúcuta, promulga un decreto que obliga a devolver a los indígenas de Cundinamarca las tierras usurpadas, garantiza sus derechos de personas libres, el establecimiento de escuelas en sus comunidades y el cese de la explotación gratuita de su trabajo, así como de los diezmos religiosos cobrados por los sacerdotes.

Reflexivo, perspicaz e informado, Bolívar no erraba en sus nuevas percepciones y resoluciones. No era cierto en verdad que después de la caída de Napoleón se hubiesen agostado las irradiaciones e impulsos de la revolución burguesa ni las ideas liberales en Europa. Y aunque la restauración de los Borbones en el trono francés y la formación de la Santa Alianza parecían indicar que las monarquías, y en especial la española, podían resistir y sostenerse como estaban, esto no sucedería, y de suceder sería por poco tiempo y no en las mismas condiciones. Para

decirlo en palabras de Waldo Frank, en Europa habíase conformado una nueva oleada de liberalismo cuyo punto más alto se alcanzará en las revoluciones de 1830 y de 1848[15].

Durante todo este tiempo, si antes del triunfo en Boyacá el empecinado accionar del Hombre de las Dificultades no cesó en los más disímiles escenarios, después de aquél su objetivo inmediato fue disciplinar y congregar el ejército en unidades compactas y articuladas, además de organizar la logística para que la tropa no careciera de las manutención y movilizaciones oportunas en cualquier circunstancia. Y si lo acontecido en España con las razones y acciones de Riego y de Quiroga trastornó el poder monárquico hasta hacerlo retroceder, también en Venezuela la situación debía adquirir el impulso definitivo que esperaba.

A mediados de mayo recibe Morillo de su gobierno instrucciones de jurar y promulgar el texto constitucional reivindicado y abrir negociaciones con los jefes patriotas. Como lo había previsto (y así lo había pronosticado en carta a Santander) el Libertador recibirá poco después los primeros mensajes para entablar conversaciones, mensajes que no arriban de inmediato a destino porque los jefes realistas ignoran el sitio de su Cuartel General. Ante ello el general La Torre le envía directamente un emisario, portador de esta comunicación:

> Excmo. Señor: muy señor mío y de mi mayor estimación. El Excmo. Señor D. Pablo Morillo, general en jefe de las tropas nacionales de estas provincias, autorizado competentemente por S.M. tiene escrito á V. E. por varios conductos y comunicado a sujetos de su confianza para que se dirijan á V. E. en el punto en que lo hallen, para tratar sobre la tranquilidad de estos pases, con satisfacción de V. E., de los individuos que están a sus órdenes, y de la nación entera, que suspira por el reposo y

**[15]**_ Waldo Frank, *Bolívar, nacimiento de un mundo,* La Habana, Instituto Cubano del Libro, 2 vols. 1967. Vol. II, p. 330.

> prosperidad de unos habitantes a quienes la guerra ha hecho infelices. S. E. ignorando que V. E. existiese aun en esos valles no le dirige el adjunto pliego; haciéndolo, sí, al jefe que mande la fuerza armada, facultándome para que lo conduzca un oficial de mi confianza, que le asegure de los verdaderos sentimientos que lo animan, y que desde luego se establezca un mes de suspensión de hostilidades para transigir, si fuere dable, y como lo espero, los motivos que nos separan por causa de opiniones. Al efecto he nombrado al ayudante del Estado mayor general el Teniente Coronel D. José María Herrera, mi primer ayudante, por sus personales circunstancias a que agrega la particular de ser americano, habiendo prevenido por mi parte á los comandantes de los puntos militares y de las divisiones que obran en diversas direcciones, suspendan toda agresión para dar principio a las negociaciones. Yo espero que V. E, tendrá la bondad de recibir a dicho jefe con toda la consideración que corresponde á su carácter y comisión; no dudando así mismo que V. E. me proporcionará la complacencia de abrazarle un día como verdadero amigo y caro hermano. Dios guarde á V. E. muchos años. Bailadores, 2 de Julio de 1820[16].

La respuesta de Bolívar es inmediata, aceptando la suspensión de hostilidades propuesta y más tarde, según lo acordado entre ambos jefes, recibiendo a los delegados de paz enviados por aquel. *Sería una locura nuestra arriesgar una nueva campaña cuando se nos está ofreciendo la paz,* escribe Bolívar a Santander el 30 de agosto. Y ante los delegados realistas plantea un requisito *sine qua non,* central e irrevocable: el reconocimiento de la independencia de Colombia. A partir de ese momento el intercambio de correspondencia y delegaciones entre ambos jefes no se

**[16]**_ Pilar León Tello, *El Ejército expedicionario de Costa Firme: Documentos del Conde de Torrepando conservados en el Archivo Histórico Nacional,* Madrid, Real Academia de la Historia, 1986.

detiene, y aunque Morillo debe regresar pronto a España tras haberse aprobado su solicitud de retiro, las negociaciones no se detienen.

En Caracas, entretanto, un grupo de funcionarios, clérigos y mantuanos criollos relevantes encabezados por el Conde de la Granja (no el IV conde, Fernando de Ascanio, asesinado por las huestes de Boves en 1814 cuando acudió a felicitar a este por su victoria, sino su sucesor José Ignacio de Escalona) y otros como José Domingo Díaz, el empecinado libelista al que nos hemos referido en capítulo precedente, o el clérigo Dr. Manuel Vicente de Maya, sempiterno académico realista, quien fuera Rector de la Real y Pontificia Universidad de Caracas y antes diputado por La Grita a la Asamblea Constituyente de 1811 y uno de los tres únicos opositores a la declaratoria de la independencia que consagró el primer texto constitucional de la República, publican el 5 de noviembre un manifiesto dirigido al general Morillo, que transcribimos en algunos de sus párrafos fundamentales, para pedirle la suspensión de su regreso a España y su permanencia protectora en el país para unos habitantes "fieles y agradecidos a la gran nación y que no olvidan haber sido salvados":

> Las campañas de S. E en Venezuela, una experiencia constante de los acontecimientos que las han acompañado y un conocimiento exacto de las maquinaciones, esperanzas y fines de nuestros hermanos extraviados, hacen creer a los infrascritos que no se engañan al prever los resultados que se presentan a su imaginación. Venezuela se halla en el dia en la crítica alternativa de una conciliación y concordia, o de la prosecución de una guerra tanto más temible cuanto sea más ostinada. Sus habitantes fieles a la gran nación son espectadores de esta crisis y tienen puestos en S. E. sus votos y sus esperanzas como en la persona principal que puede en ambos extremos llegar al fin que con tanta justicia se desea: la que puede concluirse honrosa y satisfactoriamente la paz por medio de los ya adquiridos conocimientos de los intereses de las familias y de los sucesos políticos; o la que puede cantar

en la guerra la victoria por medio de la subordinación, del valor y de la disciplina de las tropas aumentados con su presencia: de su actividad y talentos militares que todos confiesan; y del terror que cinco campañas han sabido inspirar al enemigo. (…)
Si V.E. lleva a su consideración la justicia de su exposición, confesará con los infrascritos la necesidad de su persona a la cabeza de un ejército que le respeta y adora; a la vista de unos pueblos agradecidos que jamás olvidan haber sido salvados al alto precio de su misma sangre y al frente de un enemigo insidioso y artero, cuya fuerza principal consiste en la variedad y multiplicación de sus maquinaciones. Si S.E asi lo hace, los infrascritos están seguros de que al suplicarle que con el sacrificio de su seguridad y reposo por el bien de estos países, suspenda el cumplimiento de la orden de S. M. confesará la sinceridad de su súplica y deseos por la felicidad de esta parte de la monarquía, continuará siendo su égide y llevará la obra al cabo para gozar después tranquilamente todo el fruto de sus sacrificios (…). Y firman José de Aluztiza, jefe político e intendente interino, el Deán de la Santa iglesia Metropolitana, don José Suarez Aguado, el Capitan general interino, Francisco del Pino, el Dr. don Manuel Vicente de Maya, gobernador del Arzobispado. El Alcalde segundo constitucional, Manuel Linares, el Alcalde primero provisional constitucional, Francisco de Azpurua, Felipe Fermín Paul, diputado en Cortes, El conde de la Granja, diputado de Provincia, Dr. don Ramón Marrón, procurador síndico de provincia, Fr. Francisco Terrero, prior dominico, Fr. Miguel Escalona, comendador, El guardian de S. Francisco, Fr. Nicolás Diaz, don José Nicolás Diaz, rector del colegio, El prior del consulado, Juan Álvarez, Pedro de la Sierra, director general del tabaco, José Domingo Díaz, inspector de hospitales, don José María Ramírez, decano del ilustre colegio de abogados[17].

**[17]**_ Blanco, José Félix Blanco-Azpúrua Ramón (compiladores), D*ocumentos para la Historia de la Vida Pública del Libertador* (1826), Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1981.

Pese a los implorantes temores de los firmantes, las conversaciones de paz han seguido, sin embargo, su curso, y justamente en ese mes de noviembre, el 27, tras intensas negociaciones se arriba a los acuerdos que conducen a la entrevista entre Bolívar y Morillo en Santa Ana de Trujillo. Se reúnen allí a petición del jefe español para firmar dos tratados, cual de ellos más importante: uno de Armisticio en cuya redacción ha intervenido activamente el recién nombrado y joven general Antonio José de Sucre, ya por entonces oficial de confianza del Libertador e integrante de la comisión venezolana junto con Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, y otro de Regularización de la Guerra, redactado, dice O'Leary, por el propio Bolívar y aprobado por Morillo. Si el primero regula los derechos sobre los territorios ocupados por ambos ejércitos tras las demarcaciones correspondientes, el otro, como escribe el edecán del general venezolano, "hace tanto honor a los sentimientos humanitarios de Bolívar que fue quien lo propuso y redactó, como a Morillo, que lo aceptó y ratificó. Merece este singular documento un puesto especial en estas Memorias, por ser obra de Bolívar y como prueba del extraordinario cambio que habían producido en los últimos días en el ánimo de los beligerantes"[18].

Lo inusual y de algún modo lo admirable del simbólico suceso es que tanto las conversaciones de paz como el encuentro entre ambos jefes y sus respectivas oficialidades, precisamente en un pueblo cercano a la ciudad en donde siete años antes Bolívar promulgara el *Decreto de Guerra a Muerte*, se realizaron, superados los incidentes del comienzo, bajo un clima de tan jubilosa distensión y confianza mutua que en su correspondencia ambos relatan la aleccionadora velada con efusión no disimulada.

Por lo demás no es de extrañar que tal clima de alivio o laxitud y tal efusión de sentimientos se hubiese presentado como narran sus actores,

**[18]**_ O' Leary, op cit. p. 54 y sig.

puesto que le abrieron camino dos circunstancias en apariencia fortuitas pero quién sabe si una de ellas planificada por el propio Morillo o su segundo, el general La Torre, o por ambos por la razón que a continuación veremos.

Al inicio de las negociaciones de paz uno de los comisionados nombrados por Morillo para entrevistarse con los delegados del Libertador y con este mismo fue Juan Rodríguez del Toro, funcionario ahora definido como realista de la familia Rodríguez del Toro, hermano del Marqués y de Fernando y a quien este conocía desde siempre y apreciaba no solo por estar emparentado con los Bolívar Palacios, sino en mayor grado con su difunta esposa María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza, de quien era primo. Para Bolívar fue una verdadera sorpresa verle allí pues lo suponía lejos, en Caracas, en sus funciones como Alcalde. La otra sorpresa fue enterarse de que el general La Torre había contraído matrimonio con una joven de la misma familia, María de la Concepción de Vegas y Toro, también prima de María Teresa y homónima de su madre María de la Concepción Palacios. En algo o en mucho han debido influir ambas vinculaciones sentimentales en la atmósfera jovial de la velada, al punto de que en la noche, terminadas las conversaciones y los brindis, Morillo y Bolívar colgaron sus hamacas en la misma habitación de la humilde vivienda. Lo escrito tiempo después por ambos, el primero en sus *Memorias* y el otro en su correspondencia a Santander, tal vez estuviera por eso, a contrapelo de la verdad narrada por testigos presenciales, distorsionado o matizado por razones políticas o de otra naturaleza.

Si ante la dispersión de las fuerzas patriotas Bolívar no deseaba en aquellos meses arriesgar en un solo combate la suerte de la república, sobre todo ante el ciertamente diezmado pero todavía poderoso ejército comandado por Morillo, ahora, desde una posición de fortaleza a raíz

de la liberación de casi toda la Nueva Granada, podía convenir y celebrar acuerdos de paz para juntar y fortalecer sus tropas en los mejores escenarios. El armisticio favorecía sin lugar a dudas a los independentistas, pero también a los intereses del reino español. Además, de facto, aunque no legalmente (puesto que los jefes realistas carecían de competencia para aceptar o convenir lo que era potestad del poder central) la firma de los tratados con las autoridades legítimas de Colombia significaba implícitamente, en principio, un reconocimiento de soberanía que el propio Morillo, en la ratificación que hiciera del mismo el 26 de noviembre, convalida de este modo:

> D. Pablo Morillo, conde de Cartagena etc(…) en consideración a que los señores brigadier don Ramón Correa, jefe superior político de Venezuela, don Juan Rodríguez Toro, alcalde primero constitucional de Caracas, y don Francisco González de Linares, mis comisionados para ajustar y concluir un tratado que regularice la guerra entre España y Colombia con los comisionados del excelentísimo señor don Simón Bolivar, Presidente de la República de este nombre han acordado y convenido el presente tratado de regularización de la guerra entre España y Colombia (….)[19].

Sobre los términos de tales decisiones aún no se sabía lo que opinaban en España pero todo indicaba, y así lo probarán los hechos, que ni siquiera el nuevo gobierno liberal aceptaría de buena gana la autodeterminación de su colonia. Los buenos propósitos de los diputados a las Cortes, José Sartorio y Francisco Espelius, llegados a Caracas en diciembre, si bien trasuntaban amable disposición a concordar la paz definitiva entre el reino y la ahora República de Colombia, en ninguna

**[19]**_ *El amor a la paz* (Compilación de textos relativas al Armisticio de Santa Ana, realizada por el Dr. Pedro Grase y el Prof. Manuel Pérez Vila), Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1970.

forma mencionaban, ni aun como tema de las conversaciones pese a ser condición *sine que non* para cualquier acuerdo definitivo, el explícito reconocimiento de esta como nación soberana. En ello Bolívar no se engañaba. Y menos cuando conoció por aquellos días, y casi dos meses antes de los acuerdos de Santa Ana, una respuesta del Jefe Superior Político y Militar realista de Cartagena, Gabriel de Torres, en el intercambio de correspondencia que desde junio hasta septiembre de ese año mantuvieron, en la cual exponía las condiciones que el gobierno español establecía para firmar un acuerdo de paz:

> (…) Para que no baya motivo de otra equivocación de esta especie, detallaré a V. E. con precisión las proposiciones que el Rey y mi nación me mandan hacerle en obsequio de la humanidad y de los habitantes de estos países. Por mi conducto propone a V. E. la nación española: 1°. La reunión y sumisión a ella: 2°. El juramento y obediencia a su constitución; y 3º. la remisión de diputados a las Cortes que tengan una parte activa en el Gobierno de la nación como parte integrante que son estas provincias de la monarquía[20].

Se puede imaginar la airada respuesta de Bolívar. Y si bien el tono de las conversaciones con los comisionados de Morillo y con este mismo era distinto en el sentido de que jamás le fueron presentadas tales ofensivas condiciones, si se trataba de prolongar indefinidamente la sujeción a la Corona haciendo concesiones de estilo y concediendo algunas libertades y hasta privilegios para los líderes insurrectos, la omisión deliberada del tema de la independencia quedaba al descubierto, pues significaba que el verdadero sentido de la guerra no había sido comprendido. La carta de los diputados Sartorio y Espelius, dirigida el 24 de diciembre al *Excmo. Señor. general Presidente de Colombia*, resulta en

**[20]**_ Blanco y Azpúrua, op. cit.

este sentido reveladora, pero solo como fórmula de cortesía, y sin duda, en una relación normal entre dos naciones soberanas hubiese sido acogida con el afecto y generosidad característicos del Libertador. Veamos sus párrafos principales:

> Partidos de Cádiz el 1 de Noviembre último, destinados por S. M. el Rey constitucional de las Españas a tratar con V. E. de la importante pacificación de estas hermosas provincias, reclamada tan imperiosamente por la razón y la humanidad, nos acercamos a sus costas, ocupada nuestra imaginación en los hermosos objetos de nuestro encargo, cuando la suerte nos puso en las manos un ejemplar de los tratados de armisticio y regularización de guerra concluidos en Trujillo y publicados en esta capital. V. E. debe creernos. Nosotros sentimos en aquel momento el placer más puro viendo abierto el camino del templo de la paz, depuestas las armas para poderse entender y hablar la razón para que enmudezcan las pasiones injustas y peligrosas: pasiones enemigas de la paz y compañeras de los horrores de la guerra civil. Nosotros no hablamos a V. E. sino el lenguaje del actual Gobierno de las Españas: el del corazón, el del honor, el de la buena fe. Nosotros bendeciremos para siempre el día 26 de Noviembre en que después de muchos años de horrores y de pasiones, habló la razón, y dieron V. E. y nuestros comisionados al género humano un ejemplo heroico de filantropía, no presentado por su grandeza hasta ahora, por ninguno de los pueblos más civilizados. ¡Ojalá que los fines correspondan a tan bellos principios y que vuelva la patria de V.E. á gozar de su antigua opulencia y de la que le ha señalado la naturaleza (…)
>
> Deseamos con ansia el momento en que nuestros comisionados y los de V. E. lleguen a explicarse á la presencia de un Gobierno de cuya generosidad, liberalidad, y buena fe no puede formarse aun una idea exacta y cabal. Este Gobierno que estableció el

> imperio de la independencia en 1808 y el de la libertad en 1820, educado con las desgracias del despotismo de un usurpador e instruido con los males de seis años de desacuerdos y preocupaciones; este Gobierno que ha sabido unir la libertad civil con la tranquilidad pública, y la igualdad legal con la dignidad de la monarquía, este Gobierno, admiración de los extraños, envidia de los pueblos oprimidos, e idolo de los libres; este Gobierno tiene puestos sus ojos sobre estos países, y nada desea tanto como su paz, su fortuna, y su prosperidad[21].

Pero las buenas intenciones de las autoridades liberales no se harían realidad ni siquiera en la propia España, en donde las estructuras económicas y de poder de la monarquía, y aun la sumisión popular de carácter casi religioso a ella, quedaron casi intactas. De allí que tan pronto cesaron las efervescencias de la rebelión contra el absolutismo, este volvió por sus fueros tres años después y Rafael del Riego, el líder de la insurrección en Andalucía, será ahorcado en una plaza de Madrid en noviembre de 1823 no sin dejar huella indeleble que marcará la historia de España para siempre en sus luchas por la libertad y la justicia social.

El tratado de armisticio firmado en Trujillo, basado en la buena fe y el honor, permitía el libre movimiento de las fuerzas contendientes en los territorios que ocupaban, demarcados por una comisión. En el caso patriota esos territorios comprendían también buena parte del país, aunque menos feraz, lo cual propiciaba incorporar y adiestrar nuevos combatientes, algo que difícilmente podía esperar el ejército realista ya, por el contrario, debilitado por las deserciones y ahora más ante los sucesos en España. A ello se agregaba la unidad de acción con los jefes regionales, el fortalecimiento y organicidad de la disciplina militar de las tropas

**[21]**_ *El amor a la Paz, comp. Cit.*

y la puesta en marcha de la logística de los ejércitos, tan importante como el armamento y tan difícil de llevar a cabo en las condiciones del país. De esta última habrá de ocuparse con toda intensidad, porque el ejército sufría a la par la escasez de alimentos por los embates de la guerra, el abandono de los labrantíos y los a veces infranqueables caminos para capturar y trasladar el ganado. Si bien lo sucedido en España había conducido al armisticio, era forzoso, en este sentido, aprovecharlo para fortalecerse por si las circunstancias lo ameritaban y con menos privaciones emprender la nueva estrategia política y militar que debía adelantar, quién sabe en cuánto, las próximas victorias, esta vez determinantes.

No ignoraba Bolívar que las fuerzas realistas eran todavía poderosas y que tampoco era Morillo un general cualquiera. Éste, militar de larga y brillante historia desde el escalafón de simple soldado y guerrillero que fue hasta el alto oficial osado, severo y hasta cruel en ocasiones que llegó a ser, basaba su orgullo en la pobreza en que dijo vivir siempre, aun como general cuyo prestigio, ganado en los combates, se correspondía con la confianza que tropas y autoridades le tenían. Era ocho años mayor que Bolívar, monárquico, aunque de moderadas o discretas ideas liberales.

De allí que lo suscrito por él en la ratificación del armisticio genera interrogantes que siguen despertando conjeturas e hipótesis. ¿Ignoraba que su testimonio representaba el reconocimiento implícito como nación beligerante, de la nueva República de Colombia? ¿Convino en Santa Ana, a sabiendas de lo que hacía, en llevar a cabo el tácito reconocimiento a esta, o fue impulsado intuitivamente a hacerlo y llevarlo a tal punto –puesto que carecía de poderes para ir más allá– al sentirse hastiado o cansado de sus cinco años de guerra en América? ¿Aprovechaba la aprobación de su retiro para hacerlo porque deseaba realmente regresar a España, convencido en su fuero íntimo de

que el movimiento independentista era indetenible? ¿Reconoció lo que reconoció llevado inconscientemente por sus impulsos liberales? ¿Verdaderamente creyó que el armisticio significaría la vuelta de los independentistas al redil y que estos terminarían aceptando bajo algunas concesiones la subordinación a España? ¿O todo en conjunto explicaría su regreso a España en diciembre, dejando en su lugar al ahora mariscal de campo Miguel de la Torre?

En las postrimerías del año 20 tal regreso simbolizaba todo lo anterior, daba paso a nuevos planteamientos tácticos y no sabemos a qué escala pudo influir, con el cambio de mando, en el desarrollo de los mismos. Miguel de la Torre, al igual que Morillo, era también un brillante oficial, aunque sin el carácter, osadía y méritos militares de aquel. En la Nueva Granada y Venezuela había obtenido triunfos que le permitieron ascender a Brigadier, grado equivalente a General, pero también fracasos importantes. De origen vasco, tres años menor que Bolívar, apenas salido de la infancia se había unido también, como Morillo, al ejército español como soldado y en él se destacó hasta ser nombrado, a los dieciocho, miembro de la Guardia de Corps. Cuando Napoleón invade España se incorpora a la lucha de liberación y al concluir esta ya es coronel. Con tal grado viaja en la expedición encomendada a Morillo.

Al enterarse de su regreso a España, Bolívar le escribe a Morillo el 26 de enero:

> He sabido, con mucha satisfacción, que Vd. ha logrado al fin volver a su querida patria a gozar del placer vivo y puro de volver a ver el suelo nativo y la familia querida. Reciba Vd. mi enhorabuena por su feliz llegada a la Corte de Madrid, donde, sin duda, será recibido como merecen sus servicios y sacrificios por el gobierno de su nación. Yo me lisonjeo de que Vd. contribuirá mucho a aclarar la materia de la guerra de América, y que sus

informes producirán bienes a la infortunada Venezuela (…) Vd. fue nuestro enemigo y a Vd. toca ahora ser nuestro más fiel amigo, pues de otro modo burlaríamos nuestras promesas de Santa Ana y derribaríamos hasta sus fundamentos el monumento de nuestra amistad.

X

# Las cartas del desenlace

**F**ueren las que hayan sido sus causas, la partida de Morillo no dejaba, en todo caso, de ser auspiciosa. Informado Bolívar de que quien ocupaba su lugar en el mando era La Torre, con quien había congeniado amistosamente en Santa Ana y más cuando este le expresara sentirse tan venezolano como su caraqueña esposa, le escribe el 26 de enero:

> Me doy la enhorabuena, mi querido general, de que sea Vd. el jefe de mis enemigos, porque ninguno es más capaz que Vd. de hacer menos mal y mayor bien. Vd. es el que debe estancar las heridas de su nueva patria. Vd. que vino a combatirla, debe protegerla; Vd., que se ha mostrado siempre noble enemigo, será aún más noble amigo (…).

Dos semanas atrás, el 10, le había respondido a San Martín para celebrar y felicitarle por su entrada al Perú con el ejército que comandaba y agradecerle las palabras con que le honraba:

> El vencedor de Chacabuco y Maipó, el hijo primero de La Plata, ha olvidado su propia gloria al dirigirme sus exagerados encomios; pero ellos le honran porque son el testimonio más brillante de su bondad y propio desprendimiento (…) Bien pronto la divina Providencia, que ha protegido hasta ahora los estandartes de la Ley y la Libertad, nos reunirá en algún ángulo del Perú, después de haber pasado por sobre los trofeos de los tiranos del mundo americano (…).

Por lo demás, algunas de las comunicaciones que recibe le insuflan nuevos ánimos para sus resoluciones futuras. Por esos días recibe una

carta de Bernardo O'Higgins fechada el 24 de julio. El ahora Supremo Director de la República de Chile tras la reciente independencia, se disculpa por no haber podido enviar ayuda conforme a sus deseos por hallarse exhausto su gobierno con los auxilios prestados a la expedición libertadora del Perú próxima a partir, aunque le queda el consuelo de la colaboración de negociantes de Santiago, como le dirá en persona un emisario enviado especialmente. Y otra fechada el 7 de agosto, del almirante Lord Cochrane, Comandante en Jefe de la armada chilena, en la cual con elocuente admiración le ofrece, en tanto fuese compatible con su deber con Chile, y de serle necesaria, la cooperación de la escuadra que tiene el honor de comandar. No dudará, agrega, en emplearla cuando lo solicite. Y en tal sentido sería su mayor gloria recibir sus órdenes.

Aunque su epistolario de esas fechas y las confidencias que hiciera el año 28 a Perú de Lacroix parezcan revelar lo contrario, Bolívar llegó a pensar en algún momento con sinceridad (tal vez en medio del optimismo generoso de la celebración de la firma de los acuerdos en Santa Ana y aun en las semanas siguientes) que el triunfo liberal en España podía consagrar el reconocimiento de la autodeterminación de Colombia, aunque en su fuero íntimo estuviera convencido de que ésta solo se obtendría en los campos de batalla ante la importancia de los intereses de la monarquía en América. Persuadido de que no era fácil que ocurriera en lo inmediato ni pacíficamente, al pensar lo primero tal vez había sido impelido más por sus sentimientos que por la razón, conjeturando lo deseable y no lo probable. Si tal pensó, porque incluso ese mismo mes de enero marchó a Bogotá con intenciones de seguir a Quito, no sin nombrar a Sucre en sustitución de Valdés como jefe de la expedición del sur, los eventos posteriores borrarán de su mente la esperanza. Sabe que en el sur le aguardan, expectantes, nuevas luchas en nuevos y desconocidos escenarios pues sin la liberación de aquellos

territorios no podría sostenerse en paz, con tan cercanas amenazas, la independencia de Colombia.

Cumpliendo con los términos del armisticio habían viajado a España, a negociar los términos de la autodeterminación, los comisionados José Rafael Revenga, canciller venezolano de Colombia, y el neogranadino José Tiburcio Echeverría, gobernador de Bogotá. Llevaban consigo un pliego con precisas instrucciones, junto con una carta al propio Fernando VII en la que Bolívar le encomiaba, en el lenguaje político cortesano acostumbrado en el reino de España, su nueva actitud conciliatoria. Una de estas instrucciones fue, desde luego, rechazar de modo concluyente toda propuesta que no significara la aceptación de una Colombia independiente, a riesgo de su propia existencia. Pero las primeras impresiones sobre el trato dispensado a los comisionados, más allá de las corteses y siempre generosas manifestaciones inherentes al espíritu y al pueblo español, no auspiciaban nada favorable para el mantenimiento de la paz bajo aquella premisa indeclinable.

A ello vinieron a sumarse después los sucesos emancipadores de Guayaquil y sobre todo los de Maracaibo, bastión realista desde 1810 situado en el área de ocupación española fijada en el armisticio. Sobre esto último un escueto boletín fechado en el Cuartel general de Trujillo el primero de febrero y firmado por el jefe interino del Estado Mayor de la Guardia del Libertador, el Teniente coronel británico George Woodberry, informaba:

> La ciudad de Maracaibo hizo al amanecer del día 28 de enero último su revolución espontánea por pertenecer a la República de Colombia. Lo ha conseguido sin efusión de una gota de sangre: porque las autoridades de acuerdo y de la misma opinión del pueblo han hecho la transformación del modo más digno. El General Comandante General de la Guardia ha recibido comunicación oficial de las autoridades que mandan aquella ciudad a

> nombre de Colombia y que son las mismas que antes mandaban por el gobierno español, pidiendo que se le acoja bajo la protección de la República (…)[22].

Desde comienzos de enero Bolívar se hallaba, como decíamos, en Bogotá, por lo cual, no pudo estar enterado de los hechos cuando ocurrieron y menos aún con las dificultades que significaban la distancia y consiguiente lentitud de los correos. De la sigilosa sublevación o golpe de Estado local había tomado parte, discreta pero activamente, el general Urdaneta, el brillante oficial nativo de Maracaibo y jefe del ejército de occidente, con cuyo apoyo contaron los gobernantes realistas tras previo avenimiento. De este modo, y sin autorización del gobierno republicano pero sí de Urdaneta, un cercano destacamento comandado por el patriota cubano, comandante José Rafael de las Heras (quien un año después de Carabobo caerá en el campo de batalla en la defensa de Maracaibo) acudió al llamado de estos para apoyarlos y el incidente, como es natural, no pasó desapercibido para La Torre y su entorno (el *Correo del Orinoco* transcribirá el informe de Woodberry el 3 de marzo).

Tan pronto se entera, el general español protesta indignado, con toda razón, ante lo que considera violación del armisticio.

Bolívar se ve forzado, pues, a volver a Venezuela. Teme que una ruptura imprevista y discordante reinicie de súbito la guerra en las condiciones actuales de su ejército, cuya logística estaba todavía en tren de organizarse y por tanto padece de privaciones de toda índole. En su apresurado viaje de regreso le escribe el 19 de febrero desde Cúcuta al jefe español ofreciendo explicaciones:

---

**[22]**_ Cándido Pérez Méndez, *Documentos de Carabobo,* Biblioteca de Historia del Ejército, Colección Carabobo, Caracas, 1971. Este libro contiene la transcripción cronológica de los documentos militares referentes a la campaña de Carabobo, algunos de los cuales, íntegra o fragmentariamente, incluimos en este trabajo.

Mi estimado amigo;

Si ha sido para nosotros un objeto de deseo la ciudad de Maracaibo, ahora lo es de dolor por el compromiso en que nos ha puesto. Sin duda debe Vd. hacerme la justicia de creer que yo no he tenido parte alguna en la presente insurrección de esta anhelada ciudad. Jamás me habría colocado voluntariamente en un caso qe, bajo todos respectos, es extremo. ¿Cómo comprometer a un amigo respetable como Vd., a tomar medidas en todo contrarias a sus sentimientos, y cómo abandonar a un pueblo, ya amparado por nuestras armas y protegido por la ley fundamental de Colombia? Para mí, uno y otro son motivos de sumo sentimiento, sin añadir el más cruel de todos: la sospecha de nuestra buena fe.

Esté Vd. cierto, mi amigo, que si en el armisticio nos hubiéramos obligado expresamente a la devolución de los pasados, o por lo menos, a no amparar a los que se insurreccionasen, yo habría sido el más religioso en cumplirlo. Pero en el caso presente es muy dudoso que el gobierno de Colombia esté obkigado a devolver a Maracaibo, y sólo árbitros muy imparciales pueden decidir la cuestión con justicia (…)

Créame Vd., mi amigo, yo soy el que más desea la paz (…) Es altamente doloroso, que habiendo tan buena fe de ambas partes, estén ocurriendo cosas tan desagradables que lleguen a ponernos las armas en la mano (…) El general Urdaneta me ha escrito que le ha participado a Vd. los sucesos de Maracaibo, pero yo no sé en qué términos lo ha hecho (…)

Cuantos más motivos haya para una ruptura, tanto más circunspectos debemos ser nosotros en el cumplimiento de los tratados y del derecho de gentes, porque nosotros somos el centro de una inmensa esfera de operaciones en el Nuevo Mundo; porque somos en el día el objeto de consideracíón de los espíritus superiores, y porque nos debemos a nosotros mismos honor y buena fe. Supongamos por un momento que se cometan infracciones y faltas casuales: no debemos, ni podremos corregir estas con nue-

> vas faltas, con nuevas infracciones. Siendo estos mis sentimientos, querido general, me apresuro a comunicárselos a Vd., para que no los desconozca y para que siempre pueda Vd. juzgarme por ellos mismos. Créame Vd. siempre su amigo.

En la misma fecha le envía una extensa comunicación oficial exponiendo los argumentos legítimos que justificaban el incidente, a tenor incluso de lo dispuesto en el Tratado de Armisticio y le ofrecía suscribir un nuevo convenio que evitara el enfrentamiento. Se trataba, en contra de las apariencias del incidente, de hacer respetar el derecho de cualquier persona, pueblo o nación, a rebelarse contra toda sujeción y escoger libremente su destino. Y si el tratado permitía a los desertores de un ejército ser acogidos y respetados por el adversario, tanto más tenían derecho a serlo las autoridades realistas desertoras al frente de un pueblo y en este caso parecía lógico que sus jefes emplearan contra ellas las adjetivaciones de rigor.

El gobernador de Maracaibo, el venezolano Francisco Delgado, había hecho en efecto del conocimiento público el 29 de enero, el acta en que los integrantes del Ayuntamiento, también realistas en su mayoría, y los pobladores de la ciudad que libremente asistieron y manifestaron su voluntad en cabildo abierto reunido en la sala consistorial el día anterior, acordaron declarar al pueblo de Maracaibo libre e independiente del Gobierno español, Expresaban que estando convencidos de la degradación política en que el gobierno de España mantenía a los pueblos de América bajo su omisosa dominación, dado el sistema opresivo de sus mandatarios, habían decidido poner al pueblo en el uso y goce de su libertad soberana para darse el Gobierno que le fuera más grato y conveniente. E independientemente del que fuese aquel, se unían a partir de esa fecha a todos los pueblos vecinos y continentales que bajo la denominación de República de Colombia defendían su libertad e

independencia según las leyes imprescriptibles de la naturaleza. La sorpresiva elocuencia del acta y la señal que enviaba al poder realista, eran pruebas inequívocas de que la conciencia popular despertaba entre la abnegación y el sacrificio de quienes, desde hacía escabrosos años, emprendieron la abrumadora travesía que a tantos parecía un imposible.

El general La Torre, tanto como Morillo al enterarse en España de los hechos, tenían todo el derecho a indignarse por lo que al parecer constituía flagrante violación de lo acordado. Más cercano a las repercusiones de estos, La Torre, si bien dotado de las cualidades que el propio Bolívar reconocía, no se llamaba a engaño en su contundente protesta ante lo que creía indigna confabulación de deslealtad a la palabra empeñada. Sabía, al igual que Bolívar, y así lo decidió con su Estado Mayor, que el armisticio había recibido un golpe mortal y que, de hecho, estaba roto.

A partir del incidente, el intercambio de correspondencia entre él y La Torre comenzará a cambiar progresivamente de tono y trato hasta asumir el seco y distante lenguaje oficial. Y el jefe español decide prepararse para la batalla que también sabe crucial al recibir un correo de Bolívar fechado el 10 de marzo en Boconó, con palabras casi concluyentes:

> (…) Entre el éxito dudoso de una campaña, y el sacrificio cierto de nuestro ejército por la peste y el hambre, no se puede vacilar. Es, pues, mi deber, hacer la paz o combatir. Si el gobierno español desea nuestra amistad, ha tenido tiempo de dotar de todas sus medidas, pacíficas, autorizando a los señores (comisionados españoles) Sartorio y Espelius, para tratar de la paz sobre la base que, ha diez años, es notoria al Universo, de la Independencia, digo.

Los términos empleados en la respuesta del general español, dado su convencimiento de que había sido burlado o engañado, son también, en este sentido, tajantes, y luego de reprocharle a Bolívar el haberse desentendido, como si no existiesen, de las comunicaciones pendientes

sobre el acontecimiento de Maracaibo y de las mismas proposiciones de éste sobre la prórroga del armisticio:

> (…) me intima V. E., o el reconocimiento de la independencia por los S S. comisionados por S. M. o la continuación de la guerra. En este paso inesperado e inconcebible, el sistema de franqueza y buena fe que caracteriza al Gobierno español y que me he propuesto para no separarme jamás de él, me impone el deber de contestar á V. E. que en cumplimiento del art. 12°, del tratado de armisticio, y habiendo recibido el oficio de V. E. de 19 del actual las operaciones militares comenzarán el 28 del próximo Abril. El mundo entero que tiene fijos sus ojos sobre nosotros y que ha observado nuestra marcha en las transacciones entabladas para separar de estos países los horrores de una guerra fratricida, el mundo juzgara sobre el origen de los males que van nuevamente a desolar estas desgraciadas comarcas y no hará pesar su tremenda responsabilidad sobre el Gobierno español. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Caracas á 21 de Marzo de 1821.

Lo de la peste y el hambre en el ejército no era invención justificativa del Libertador para romper las hostilidades. Tres días después, el 22, comienza diciéndole a Soublette en una carta desde los llanos de Achaguas:

> Ayer he llegado aquí después de haber pasado por Mérida, Trujillo y Barinas. En todos estos pueblos he hallado nuestras tropas pereciendo de miseria por la escasez de víveres, y por el mal clima. Esta consideración me ha obligado a notificar al general La Torre que si los comisionados pacificadores no tienen facultades para hacer la paz, cuarenta días después de recibida aquella carta, se abrirían las hostilidades según el artículo doce del armisticio. Consiguientemente, el 30 de abril debe abrirse la campaña (…) Vd. tendrá entendido que si no se obra con actividad indecible somos nosotros los que tomaremos a Caracas.

La Torre, por su parte, se hallaba sujeto a dos inconvenientes insalvables. Si ni siquiera a los comisionados del gobierno español ni a los diputados ni a nadie se les había otorgado poderes plenipotenciarios para negociar algo que tuviese que ver con la autodeterminación de Colombia: menos los tenía él, puesto que los suyos se limitaban al cumplimiento del armisticio. Por lo tanto, roto este, ambas partes acuerdan que a partir del 28 de abril se reiniciaran las hostilidades.

Con la ruptura el Libertador no hacía más que ratificar cuanto pensaba sobre el desarrollo de las conversaciones: los repetidos silencios y omisiones de las nuevas autoridades liberales del gobierno de España y de las Cortes sobre el punto esencial e irrevocable, le habían presagiado lo peor, y pese a las frugales esperanzas que representaban los mensajes liberales y las dificultades arriba mencionadas, sus planes de campaña, para la fecha, estaban esbozados. Menciona Waldo Frank que un manuscrito suscrito por Sucre y Briceño Méndez, sin duda bajo la dirección o aquiescencia de Bolívar, establecía en detalle los probables movimientos de las tropas republicanas situadas en distintas regiones del país en caso de una ruptura imprevista del armisticio.

Días más tarde, el 28, desde Payara un preocupado pero contundente Libertador responderá a La Torre, quien le hacía responsable de dos graves culpas, una presente y la otra futura (tal como hará Morillo en sus *Memorias* con agrias recriminaciones): la primera, su nunca simulado consentimiento a la rebelión de Maracaibo, y la otra, por las calamidades sucedáneas causadas a su pueblo tras la ruptura del armisticio:

> (…) ¿Ignora V.E. que ya de Venezuela han desaparecido todos los elementos vitales? ¿Y cuándo se ha mostrado la España más impasible que ahora con respecto a nuestros agudísimos dolores? ¿Qué se nos ha ofrecido? Constitución, o prolongación de la pena en infructuosos armisticios. Sí, Exmo. Señor, el mundo dirá quién fue justo, cuando él vea nuestros manifiestos y los de

> nuestros contrarios (…) En recompensa, se nos mandan nuevas moratorias para hacernos expirar en medio del aniquilamiento general (…) En tal estado, ¿pretenderá V.E. que esperemos la muerte sobre nuestros fusiles, por no hacer uso de ellos?

Un resquicio de luz por la paz asoma, a pesar de todo, el 12 de abril desde Barinas, en otra respuesta al general español, cuando el tono afectuoso aparece de nuevo a raíz del intercambio de prisioneros:

> Mi estimado general y amigo: He tenido la mayor satisfacción al recibir ayer aquí su apreciable carta del 28 de marzo y nota desde San Carlos de 7 del corriente. No puedo menos que sentirme reconocido por los actos de generosidad con que están marcadas estas comunicaciones, tanto con respecto a nuestros prisioneros como con el bando con respecto a aquellos que no lo son. Una conducta tan liberal es el rasgo más característico de la mutación gloriosa de nuestros principios. Aseguro a Vd., mi querido general, que si alguna vez el corazón ha influido en las deliberaciones políticas, una de las más notables es ésta, Tengo la mayor repugnancia en combatir contra mis nuevos amigos, y estoy pronto a hacer nuevos sacrificios por no llamarme enemigo del general La Torre. Pero también es necesario que Vds. los hagan mayores para que nuestra ruina no sea completa (…).

Y a continuación propone a este las condiciones para el nuevo armisticio insinuado allí, condiciones a las que este no accede. Otra carta del 20 de abril, apenas una frágil esperanza, deja todavía a medio abrir otras salidas al conflicto, aun cuando resultaría bien difícil, le dice Bolívar, “por no decir imposible, que se concilien, de un modo satisfactorio, pretensiones tan distantes entre sí, cuando no se examinan con interés las contrarias, y se cierra la puerta a toda composición. Siento tan vivamente como Vd. la sangre que vamos a derramar, tal vez inútilmente, mientras no tengamos el resultado definitivo de nuestros enviados a

Madrid, pero si Vd. refiere a la suerte de la guerra la de estas provincias, por falta de poderes para tratar las diferencias, no me queda elección entre combatir o perecer, como he dicho a Vd. en mis notas de Boconó y Payara. De todos modos, debe Vd. estar cierto que los sentimientos de estimación y afecto, que Vd. me ha inspirado tendrán siempre en mi corazón un lugar muy eminente (…)".

En medio de los preparativos y el intercambio de cartas con el general español, el persistente Hombre de las Dificultades aún hurtaba tiempo para dictar o escribir otras importantes misivas, una de ellas del 4 de febrero al Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Juan Martín Pueyrredón, sobre el curso optimista de la guerra en Venezuela y la necesaria e impostergable unión de las naciones independizadas de España: *Ligadas mutuamente entre sí todas las repúblicas que combaten contra la España*, le dice, *parece que nuestra conducta debe ser uniforme y una misma.* Otra el 9 de marzo al Dr. Luis Eduardo Azuola, a quien ha nombrado vicepresidente interino ante la grave enfermedad del titular Juan Germán Roscio, para instalar el Congreso de Cúcuta: *Procure Vd. instalar lo más pronto el Congreso con un discurso muy sencillo pero noble; sin frases estudiadas ni palabras anticuadas. Mucho menos debe haber elogios míos procurando seguir, en el orden de las materias, el que pronunció Fernando VII en las Cortes, o el del Presidente de los Estados Unidos, en su congreso* (Al igual que Roscio, Azuola tampoco pudo hacerlo: morirá en aquella ciudad un mes después).

Otra el 24 de marzo desde Achaguas y otra más el 21 de abril desde Barinas a Antonio Nariño, el prócer recién liberado de las prisiones españolas a raíz del triunfo liberal, a quien Bolívar designa vicepresidente interino a fin de que pueda instalarse finalmente el Congreso: *Celebraría infinito que acelerase V.S. su marcha y me anticipase lo posible el placer de saludarle y estrecharle por la primera vez entre mis brazos*, le

dice en la primera. *No es la amistad sola la que me instiga estos deseos, el bien de la patria se mezcla también en ellos. Ocupado en estos momentos de negociar la paz con los comisionados españoles, y de instalar el Primer Congreso General de Colombia, las marchas y luces que V.S. puede suministrarme facilitarían el término de estas transacciones* (…). Y en otra, ya en funciones Nariño como vicepresidente, instándole a que acepte ser Presidente puesto que está convencido de que *a la cabeza del gobierno se debe poner otro que no sea un soldado* (como él) *siempre en la frontera; y de que debe dividirse el mando del ejército y el de la república*, dicho lo cual envía su dimisión para que tanto Nariño como los demás se empeñen en aceptarla, a riesgo de la orfandad eterna del gobierno. *Si Vd. no quiere ser Presidente, puede Vd. indicar otro que lo sea tan dignamente como Vd. mismo.* Y entre estos nombra a Santander, Urdaneta, Montilla, Restrepo, Peñalver, Zea y *otros muchos que tienen más o menos mérito que los precedentes.* Paralelamente escribe a Peñalver sobre el mismo asunto y a Santander sobre ese y otros.

Inagotable en sus empeños, las noticias que llegan de Cúcuta no eran, por si fuera poco, las mejores. Las morigeradas contradicciones salidas a flote en el Congreso de Angostura, indicativas del carácter impermeable de los sectores dominantes ante temas tan sensibles para él como la esclavitud, el gobierno centralizado, la democratización de la educación, la unión hispanoamericana o el poder moral, aparecían también, pero ostensibles y rotundas, en las deliberaciones preliminares del nuevo Congreso. Desde comienzos del pasado año, con el llamado a la conformación del mismo, le había escrito al vicepresidente Santander desde San Cristóbal el 20 de abril:

> Me parece una locura que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud. Y al mismo Santander el 10 de mayo le reiteraba: Vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes

> políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos, pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.

Ahora, en plenos preparativos de la batalla que ignora dónde y cuándo se librará, sacará de su alforja trashumante tiempo para mantenerse al tanto de todo, tomando medidas a distancia o respondiendo correspondencia, incluso casi inmediatamente antes de acudir al escenario de la confrontación.

# XI
# Razones del General Mariño

**¿Q**ué había sido entretanto del paradero del general Santiago Mariño, quien de pronto aparece como Jefe del Estado Mayor del Ejército Libertador?

Caracciolo Parra Pérez, el más autorizado de sus biógrafos, dedicó muchos años investigando en archivos venezolanos y del exterior para documentar y escribir en ocho volúmenes una enjundiosa investigación sobre el prócer inmerecidamente vapuleado por el canon histórico (incluyendo al propio Bolívar) y en sus reflexiones se formulaba la misma interrogante:

> Cabría preguntarse si aquella campaña decisiva de la independencia de Venezuela iba a realizarse sin que tomase parte en ella el héroe que había sido el primero en reabrir la lucha contra los realistas triunfantes cuando, en enero de 1813, desembarcó en Güiria con los Cuarenta y Cinco.

Y a continuación aclara: se hallaba de permiso, retirado en sus heredadas haciendas de Paria, enfermo como casi siempre y disgustado ante la inquina, siempre acusado de fomentar descontentos y aun de conspirar contra el gobierno. ¿Quién o quiénes lo acusaban? se preguntaba el meticuloso historiador: *ignoramos nombres* –explica– "pero no importa: el oído del Libertador no se cerraba voluntariamente a los rumores más o menos interesados que le decían traer el viento de Güiria, y ya se ha visto que la intriga es en Venezuela, como en todas partes, juego habitual de palacio y de campamentos"[23].

---

**[23]**_ Caracciolo Parra Pérez, *Mariño y la independencia de Venezuela*, (Primera edición: Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1954-1957), Caracas, Academia Nacional de la Historia-Fundación Bancaribe, 2014, Vol. III, Cap. XIV pp. 281 y sig.

Mariño había sido conminado por el Libertador por medio del ahora Secretario de la Guerra Briceño Méndez y el Vicepresidente de Venezuela Soublette, a presentarse en su cuartel general, suspendiéndole el permiso que se le había concedido y sin informarle para qué. Con los antecedentes y la suerte de Piar en Angostura tres años antes y con las amenazas que él mismo sufriera bajo las mismas acusaciones, el otrora libertador de oriente estaba lejos de sospechar lo mejor. Como con el Secretario de la Guerra, las órdenes del Libertador a Soublette eran tajantes. O se presentaba voluntariamente o debía ser hecho preso: "Quiere S.E –reza el oficio firmado por Briceño Méndez el 21 de febrero– que prevenga V.E. al señor general Mariño marche a presentarse en el Cuartel General Libertador, buscándolo en Cúcuta o tomando desde allí la dirección en que esté. Pero si desobedeciere este última orden, rehusando cumplirla o pretextando efugios para eludirla, está V.E. autorizado para remitirlo preso, y queda V.E. responsable de su remisión".

En ejercicio de su autoridad, el Libertador no se iba por las ramas, sobre todo ante quienes estuviere prejuiciado y hubiere perdido su confianza. Y ante Mariño lo estaba por múltiples equívocos.

Mariño, sin embargo, antes prefería el retiro que la humillación. Sería largo explicar aquí los antecedentes del recelo de Bolívar con su otrora compañero, de los cuales da cuenta minuciosamente con probanzas Parra Pérez en su dilatada obra, Lo cierto es que ante la intermediación voluntaria del general Soublette, ofreciéndole explicaciones y garantías, aquel consiente en viajar a Barinas en donde se hallaba el jefe supremo organizando la campaña. En cuanto a los resultados del encuentro entre ambos da cuenta una lacónica circular del 30 de abril, a dos meses apenas de Carabobo, dirigida a los jefes departamentales del Estado Mayor por órdenes (y acaso por dictado) de Bolívar y firmada por Briceño:

> S. E. el Libertador Presidente ha tenido a bien volver a nombrar Jefe del Estado Mayor Libertador a S.E. el General en Jefe Santiago Mariño, su antiguo compañero de armas; y tanto el gobierno como el ejército recibirán una verdadera satisfacción por el nombramiento de este ilustre general en circunstancias en que se van a emprender las operaciones más importantes, de cuya decisión están pendientes los más grandes intereses y la suerte de la República[24].

¿Qué había llevado a Bolívar a convocar tan imperiosamente al hasta hacía poco relegado compañero de luchas a su Cuartel General? ¿Pensaba que siendo él en verdad su activo enemigo, acusado de conspirador y secesionista, debía sondear en persona sus verdaderas intenciones para neutralizarlo justificadamente? ¿Por el contrario, pese a la rivalidad, lo hizo porque necesitaba de un general de su rango, que había demostrado en los hechos que no le iba a la zaga en capacidades militares para organizar y disciplinar un ejército? ¿O desconfiando aún de él, como era lo más probable, lo hizo para dar otro ejemplo necesario de propósito unificador en el ejército, ante la contienda que sabía decisiva? Conocida era la causa primaria del distanciamiento entre ambos: el uno, Mariño, federalista (incluso por razones históricas y autonómicas de la región oriental que como hemos dicho el propio Parra Pérez estudiara) y centralista el otro, no por principios sino por razones y necesidades también históricas de la causa independentista.

El 17 de abril, al declararse la ruptura del armisticio y acantonado con su ejército en Barinas, Bolívar se dirige a sus soldados en una proclama ejemplar, solicitándoles respetar el pacto de regularización de la guerra convenido:

---

**[24]**_ Parra Pérez, ibid.

> La paz debió ser el fruto del armisticio que va a romperse; pero la España ha visto con indolencia los horrorosos tormentos que padecemos por su culpa (...) Colombia espera de vosotros el complemento de su emancipación, pero espera aún más, y os exige imperiosamente que en medio de vuestras victorias seáis religiosos en llenar los deberes de nuestra santa guerra. Siempre he contado con vuestro valor y disciplina: vuestra obediencia me anticipa la satisfacción de la nueva gloria con que vais a cubriros. Os hablo, soldados, de la humanidad, de la compasión que sentiréis por vuestros más encarnizados enemigos. Ya me parece que leo en vuestros rostros la alegría que inspira la libertad y la tristeza que causa una victoria contra hermanos. Soldados: interponed vuestros pechos entre los rendidos y vuestras armas victoriosas, y mostraos tan grandes en generosidad como en valor.

El 25 de abril lo ratifica:

> Las hostilidades van a abrirse dentro de tres días, porque no puedo ver con indiferencia vuestras dolorosas privaciones. Soldados! Todo nos promete una victoria final, porque vuestro valor no puede ya ser contrarrestado. Tanto habéis hecho, que poco os queda que hacer; pero sabed que el gobierno os impone la obligación rigurosa de ser más piadosos que valientes. Sufrirá una pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra. Aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros deberemos cumplirlos, para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre.

Roto pues el Armisticio e iniciados los preparativos de guerra, el reivindicado prócer oriental, ahora en ejercicio de la jefatura del Estado Mayor de todo el Ejército, reinicia su acostumbrada eficiencia militar dando el ejemplo. Al mismo tiempo que aplica códigos de moral y disciplina republicanos, organiza y planifica los movimientos de tropa para cuidar su precisión y puntualidad, aplica con rigor el acatamiento de

los reglamentos y siguiendo las instrucciones del Libertador pronuncia alocuciones a oficiales y soldados sobre el trato humanitario que debían observar con los enemigos heridos o prisioneros, bajo penas severas en caso de infringirlas. Para él, por lo demás, tal conducta no era extraña. Desde que perdida la Primera República emprendiera desde el islote de Chacachacare la liberación de oriente junto a cuarenta y cuatro compañeros, lo demostraría en las acciones que comanda: *Como el amor de la libertad y la magnanimidad estuvieron siempre aliados, la sangre no manchó nuestras manos*, le decía en una carta del 9 de abril de 1813, refiriéndose a sus recientes acciones, al comandante del bergantín británico *Liberty* fondeado en Güiria[25].

Todo ensañamiento o abuso, todo robo y desmán, debían pues quedar definitivamente proscritos, ni siquiera para responder las agresiones, por lo cual era imperioso ceñirse a los términos del Tratado escrupulosamente. El Libertador se ha propuesto –les dice Mariño a los soldados en una alocución– extirpar de raíz inveterados comportamientos, *dignos de bandas de forajidos y no de soldados de la República.* Y ambos harán lo indecible para que el derecho de gentes se respete, aplicando las más severas penas: *S. E. declara que no quiere estar a la cabeza de un ejército de bandoleros y que prefiere ir* él *solo a combatir con los enemigos que acompañado con tan vil canalla*.

¿A qué se debía el extremado rigor ante quienes no observaran lo acordado en el Tratado e insistieran en lo que en algunos era inveterado comportamiento? Bien que el comportamiento de generales conocidos por sus elevados principios y cualidades y el compañerismo de oficiales y camaradas curtidos en la lucha pudieran haber servido de ejemplos conductuales, en muchos elementos de tropa y aun en la misma

**[25]**_ c.f. Jesús Manuel Subero, *Ideario del General Mariño,* Porlamar, Concejo Municipal del Distrito Meriño del Estado Nueva Esparta, 1989, p. 70.

oficialidad no era fácil, en efecto, asumir con convicción ante el enemigo, en el breve lapso que permanecieron vigentes los tratados, un comportamiento distinto al acostumbrado en la guerra a muerte. Víctimas directas o indirectas de la exclusión, condenados desde su nacimiento a la ignorancia entre privaciones, castigos, humillaciones y explotación en una sociedad de castas donde representaban poco menos que androides, acostumbrados a sufrir, presenciar o perpetrar excesos y atrocidades sin cuartel incluso desde antes de las perpetraciones de Monteverde y sus secuaces en 1812 –y no desde 1813 como sostiene la historiografía que los atribuye al decreto de Bolívar según lo comentamos en páginas precedentes– esas tropas, por lo general, no habían hecho otra cosa que responder ahora en los mismos o parecidos términos al trato que recibían, sin que el concepto de patria o humanitarismo fuera más allá de sus propias existencias menoscabadas. Los castigos infligidos a los esclavos cimarrones o a los rebeldes de cualquier especie, por ejemplo, no habían sido precisamente dechados de comportamiento humanitario, ni las constantes humillaciones y discriminaciones recibidas por los humildes durante tantos años nada que pudiera alentar en ellos sentimientos ufanos.

Lo advertía en junio de 1815 el entonces coronel Mariano Montilla al comisionado del gobierno neogranadino, Juan Marimón, durante los sucesos de Cartagena y a propósito de las tropas de neogranadinos y venezolanos mandadas por Florencio Palacios, tras la partida de Bolívar hacia Jamaica:

> Es verdad que una gran parte de ellos deben ser considerados bajo todos aspectos como bravos soldados y hombres virtuosos; pero hay otros muchos que son el dechado de la corrupción: las inclinaciones de éstos son de ordinario al robo, al asesinato, a la embriaguez, a la disolución e inobediencia (...) Como Mayor general que fui de aquel ejército, no puedo prescindir de

> informar a V. E. sobre los abusos y desórdenes que en él he encontrado, la escandalosa conducta que he observado en muchos de sus oficiales.[26]

Pero si tantos en aquel ejército aun no estaban persuadidos de las razones de conciencia, de disciplina y de conducta que guiaban la lucha libertadora, estas legiones de ahora parecen ser distintas. Entre los rigores de la guerra han sido formadas y disciplinadas bajo el ejemplo de hombres avezados en dificultades, bajo infinitos esfuerzos y rigores para obtener la unidad y un comportamiento digno de la causa que defienden. Honor, unión, solidaridad, generosidad y dignidad debían pues erigirse, junto al valor, en estandartes inmarchitables en sus acciones. De allí tal vez el malestar que embargara a Bolívar al enterarse de las tendencias secesionistas desembozadas en las deliberaciones del Congreso que sesionaba en Cúcuta por lo cual, desde San Carlos, escribe a Santander el 13 de junio, apenas una semana antes de la confrontación en Carabobo:

> Por aquí se sabe poco del congreso de Cúcuta: se dice que muchos en Cundinamarca quieren federación (…) Estos señores piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército (…) Piensan estos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona. No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos de Patia, sobre los indómitos pastusos, sobre los guajibos de Casanare y sobre todas las hordas salvajes de África y de América que, como gamos, recorren las soledades de Colombia.

**[26]**_ Boletín del Gobierno General de las Provincias Unidas de Nueva Granada, N° 1, 5 de abril de 1816. Cf. Jorge Mercado, op. Cit.

XII

# La guerra cambia de traje

**E**ntretanto, el comandante español acantonaba su ejército en la llanura central cercana a San Carlos y en esta ciudad sitúa su cuartel general. Desde Barinas, por su parte, Bolívar pone en práctica el plan concebido y decide de una vez concentrar los cuerpos de las tropas comandadas por Sedeño, Páez y Urdaneta que operan respectivamente en el sur, los llanos y occidente para dirigirlos en persona. La incorporación de Maracaibo y Coro, ciudad esta última liberada tras la rebelión protagonizada por Josefa Camejo, ha fortalecido aún más al ejército de occidente mientras Bermúdez con el suyo, con el apoyo de Arismendi y un contingente margariteño, debe ejecutar desde oriente, como parte esencial de las maniobras de distracción destinadas a fracturar el ejército de La Torre, la marcha hacia Caracas desde sus posiciones de avanzada en Unare y Barlovento y de ser posible tomar la ciudad. Monagas deberá marchar con el suyo desde los llanos orientales y Soublette, en su carácter de vicepresidente de Venezuela, seguir de cerca estos cuerpos. A tales movimientos deben unirse a la par, en el centro, el coronel Cruz Carrillo con 1500 hombres (entre los cuales se halla el recién pasado a las filas republicanas, coronel Juan de los Reyes Vargas, "El indio", quien comanda la vanguardia) y emprender su marcha desde Trujillo sobre El Tocuyo, Carora y Barquisimeto. El objetivo es que los jefes realistas, al sentirse cercados, distraigan contingentes de su ejército para atender los ataques por los flancos y la toma de Caracas por el ejército de oriente, en particular, puede ser decisiva en el triunfo o la derrota.

En el trayecto hacia su nuevo destino, Guanare, ocupada por las tropas de Bolívar el 22 de mayo, el siempre denodado general Urdaneta recae de su inveterada enfermedad y su lugar es ocupado por el coronel Antonio Rangel. Pero ahora el nuevo sitio de concentración es San Carlos, tomada coetáneamente por Bolívar mientras La Torre se desplaza hacia Valencia en procura del sitio estratégico que ha escogido cuidadosamente. Su selección era, si no la mejor, de las mejores, pues así evitaba el avance del ejército patriota hacia los valles de Aragua y Caracas y que pudiera acopiar refuerzos desde oriente y, en cambio, recibirlos él de las tropas que en Caracas comandaba el coronel José Pereira.

En San Carlos el Libertador trabaja en reorganizar las unidades y para el 15 de junio las ha conformado en tres divisiones al mando de Páez, Sedeño, y Plaza en sustitución de Urdaneta.

Mientras ello sucedía en San Carlos, las ordenadas maniobras de distracción se realizaban conforme fueron planeadas. El 14 de mayo, después de batir los batallones realistas de Guatire, integrados por 1500 hombres, Bermúdez ha tomado Caracas y una vez descansada la tropa prosigue su marcha hacia los valles de Aragua. *El ejército de Oriente, o mejor diré, la parte de dicho ejército que conduce inmediatamente el señor general Bermúdez, ha excedido en mucho de lo que justamente debió esperarse, si atendemos a su número, a la calidad de sus tropas y a sus inmensas necesidades*, reza el informe presentado por Soublette al Ministro de la Guerra el 29 de mayo[27].

La Torre, al saberlo, envía a su segundo Morales al frente de un destacamento a enfrentar al de oriente. El éxito de la maniobra llevada a cabo por este resultaría doblemente eficaz, no solo por sustraer pelotones realistas del ejército principal, sino por mantener las tropas al mando de Pereira en la capital. No era poca cosa en verdad. *El 22 se tuvo noticia*

[**27**]_ Pérez Méndez, op. cit.

*cierta de que el Brigadier don Francisco Tomás Morales se nos aproximaba con dos mil hombres de la división de su mando,* informa un documento firmado por el coronel Francisco Parejo, jefe del Estado Mayor del ejército de oriente, ante lo cual, cumpliendo lo ordenado, Bermúdez debe replegarse, no sin antes defenderse y causar daños al contrario con avanzadillas hasta en la propia víspera del suceso de Carabobo, hecho lo cual será vencido el 23 de junio por Pereira en la colina caraqueña de El Calvario. La victoria permite a Morales regresar y reunirse con La Torre, aunque con mengua de su tropa.

De su lado, el general Sedeño ha batido y dispersado un piquete de húsares españoles cercanos a San Carlos: *más de 150 hombres de todos los cuerpos han recogido ya* –reza un informe del ministro de la guerra Briceño Méndez– *y unánimemente afirman que es aún mayor la deserción que ha sufrido esta columna enemiga*. Para el 3 de junio el coronel Carrillo cumplía también exitosamente su misión en centro-occidente (El Tocuyo, Carora, Barquisimeto). *Como el objeto principal de US. era desalojar de aquí el enemigo, y se ha logrado ya* –le escribe desde San Carlos el ministro Briceño por orden del Libertador– *no es necesario que Ud. fuerce las marchas, y por el contario, quiere S.E. que las haga lentas, y con toda la comodidad posible, sin estropear la tropa. Este debe ser el principal cuidado de US. porque importa mucho que lleguen los soldados descansados, y no que lleguen hoy o mañana fatigados*[28]. El 10 de mayo, desde Achaguas, había salido Páez con sus llaneros y según informa el mismo Briceño, para el 14 de junio se hallaba reunido con Bolívar e incorporado a la Guardia en San Carlos. Era inminente el arribo de las fuerzas de Urdaneta al mando de Rangel y ahora bajo la jefatura del coronel Ambrosio Plaza en su reciente condición de jefe de la tercera división.

**[28]**_ Pérez Méndez, op. cit.

Ante esos descalabros la preocupación o la desesperanza en las filas realistas parece cundir, pues todo indica que el cerco del adversario se estrecha, las deserciones aumentan y probablemente también las disensiones en el seno del comando de La Torre. La guerra para ambos bandos ya no era la misma guerra. Los jefes españoles –decía Bolívar a los suyos– no eran ya Boves y Morales, sino los generales La Torre y Correa, cabe decir, oficiales de carrera, educados en el honor y la caballerosidad o jefes menos peligrosos que aquellos, y hasta el propio Morales fungía como segundo de La Torre. Por el contrario, en las filas patriotas, con nuevos uniformes para hacer honor al compromiso, cunde el optimismo y la resolución ante la feliz circunstancia de haberse conjugado en el mando, a su cabeza, los más altos jefes militares con que contaba en esos momentos el Ejército Libertador en Venezuela.

La guerra y no solo la guerra sino también los soldados de los flamantes regimientos cambiaban de traje, pero no de razones.

XIII

# Más que una batalla

**D**esde Valencia, en donde había congregado ahora los cuerpos de su ejército, La Torre emprende con este su marcha hacia el sitio escogido: la irregular explanada de Carabobo emplazada entre la cordillera de la Costa y las serranías del interior, rodeada de cerros, colinas, altozanos y zanjones que van a dar, hacia oriente y a pocos kilómetros de allí, con Valencia y poco más allá con las orillas del Tacarigua, el lago de remoto nombre indígena cuya voz alude al árbol que en sus alrededores abundaba.

Su plan es disponer sus fuerzas de modo de cubrir las entradas a la llanura, de un lado, hacia el oeste, con la vía hacia San Carlos por donde debe avanzar Bolívar con las suyas; del otro, por el sur, con el camino hacia el Pao, la otra vía de acceso, y de resto tomar algunas de las colinas o altozanos estratégicos para la artillería. Entre sus Comandantes destaca su segundo al mando, al frente de la División de Vanguardia, el brigadier Francisco Tomás Morales junto al Teniente coronel Juan Saint Just, seguramente de ascendencia francesa, de quien poco se dice en los archivos, salvo que había combatido contra Urdaneta en par de ocasiones y que murió en el campo de batalla o asesinado años después en España. Como miembro de su Estado Mayor figura también el Teniente coronel Feliciano Montenegro y Colón, ausente en la batalla pero tiempo después autor de un memorial sobre la misma.

Dos nombres conocidos por haber participado en forma destacada antes o posteriormente en importantes acontecimientos, aparecen junto al de Morales en su División, uno de ellos el del teniente coronel

vasco Tomás de Renovales, jefe del Regimiento de Caballería Lanceros del Rey al que La Torre se refiere en el parte de la batalla que incluimos más adelante. Veterano de la resistencia armada contra la invasión napoleónica bajo las órdenes de su tío, el célebre Mariano Renovales a quien nos referimos en párrafos precedentes, el controvertible sobrino parece ser el mismo que comandó el atentado en el Rincón de los Toros que por poco logra el objetivo de asesinar al Libertador, aunque causara la muerte del capitán Fernando Galindo, el defensor de Piar en Angostura. Mas, como después de la batalla se supo, se trataba de otro con el mismo apellido.

El segundo es el de uno de los jefes de los escuadrones de caballería de Renovales, el venezolano Narciso López, personaje destacado de la historia de Cuba a quien se atribuye la creación de la bandera y el escudo de la hermana república. Hijo de padres de origen vasco residenciados en Caracas, en donde nacerá trece años después de Bolívar, López, además de en Carabobo, venía de participar en numerosos combates, entre ellos las Queseras del Medio dos años antes. Luego de la derrota en Carabobo y refugiado en Puerto Cabello, se incorpora a las tropas que combatirán en la batalla naval del Lago de Maracaibo. Tras la nueva derrota debe huir y viaja a Cuba con otros compañeros entre quienes estaban el padre del futuro prócer cubano Antonio Maceo y el abuelo de otro, Calixto García. La historia de la controvertida vida aventurera de López lo presenta como partícipe en las Guerras Carlistas de España e incluso como asociado con los políticos y hacendados esclavistas del sur estadounidense que ansiaban anexarse Cuba y lo apoyan en sus expediciones contra la dominación española. En aquella isla, paradójicamente, ya con el grado de general, el otrora comandante realista en Carabobo será condenado por alta traición por las autoridades coloniales y ejecutado con el garrote vil en 1851, a poco de cumplir 54 años.

Disminuidas por los combates, deserciones y maniobras de distracción ordenadas por Bolívar, al punto de solo contar con menos de cinco mil hombres en batalla (se calculan entre 4.200 y 4.660 cuando se esperaban no menos de ocho mil) La Torre, no obstante, distribuye sus fuerzas tan de manera impecable que a ojos vistas parecían tener o tenían la superioridad, con una primera columna defensiva encomendada a la Primera División, dirigida por el teniente coronel Tomás García, con tres batallones de línea; el veterano *Valencey,* al mando del Teniente coronel Andrés Riesco; el *Hostalrich* a cargo del teniente coronel Francisco Illas y el *Barbastro*, mandado por el teniente coronel Juan Nepomuceno Montero, todos protegidos por dos piezas de artillería emplazadas sobre uno de los altozanos. La vía de El Pao, en el sur, la asigna a la División de Vanguardia liderada por Morales. Las otras dos Divisiones, sus Regimientos y Batallones ocupan también posiciones ventajosas que compensan la inferioridad numérica.

El Ejército Libertador, reunidas las divisiones de Sedeño y Páez con la de Urdaneta comandada ahora por Plaza (en total seis mil quinientos hombres) había avanzado desde el primer albor de la mañana del 24 desde San Carlos, con movimientos tácticos hacia las posiciones de La Torre, intentando ejecutarlos de suerte que los batallones realistas que enfrentaban a Carrillo y Bermúdez no tuvieran tiempo de incorporarse a las filas de este. Tres días antes había enviado al entonces Teniente coronel José Laurencio Silva, con un destacamento, a sorprender las partidas de observación enviadas por La Torre a espiar los movimientos patriotas entre San Carlos y Valencia. Sorprendidas y derrotadas contundentemente por Silva, las tres divisiones del ejército patriota pudieron entonces avanzar sin contratiempos para tomar sus posiciones en la llanura.

Al llegar al sitio, se topan con la sorpresa. La Torre ha cubierto los únicos accesos principales de la explanada por donde espera ser atacado

o atacar, de modo tal que un movimiento de flanco le permita concentrar de inmediato en uno u otro punto la fuerza necesaria para contener cualquier intento del enemigo por acceder a ella. Bolívar, quien había consultado con un baquiano ciertas características que él desconocía de la explanada y que con su Estado Mayor ha sopesado la situación, decide que se haga por donde menos lo espera el jefe español, el estrecho y escabroso camino del cual se había informado y que llevaba a un desfiladero tras el cual se abre la pradera. Sendero tan dificultoso que apenas podían pasar dos hombres. Dejemos al parte de guerra del general español, escrito al día siguiente, describir desde su óptica los hechos:

> A las doce menos cuarto del día 24 se presentaron los Generales Bolívar, Páez y Cedeño, con 4.500 Infantes y 2.500 Caballos, en una columna y tomando dirección por el terreno de su izquierda que conducía al bosque claro de mi derecha para flanquearme, ocupé prontamente con el segundo Batallón de Burgos la altura que indicaba tomar la cual no pudo forzar por entonces el enemigo, sin embargo de la decisión con que atacó y el horroroso fuego que hizo, viéndose en la necesidad de ceder dos veces a los valientes que la defendían. Renovado instantáneamente el ataque me fue preciso mandar órdenes a los Batallones del Infante y Hostalrich viniesen aceleradamente a reforzar el punto que sostuvieron bizarramente; pero empeñado el enemigo en tomarlo a viva fuerza hice venir los Batallones del Príncipe y Barbastro que continuaron con los otros la heroica defensa principiada hacía hora y media. El enemigo se prolongó sobre mi derecha, verificando yo igual movimiento dispuse también que dos Escuadrones de Húsares de Fernando 7° lo cargase, los cuales aunque emprendieron la marcha volvieron caras después de disparar, las carabinas, al propio tiempo que los batallones del Infante y Barbastro cedían por el ataque vigoroso que sufrieron; pero habiéndoles prevenido sostuvieron la posición a toda costa, marcharon con la mayor serenidad, mientras

> que dirigiéndome al Regimiento de Caballería Lanceros del Rey que se hallaba inmediato y en aptitud de cargar le previne personalmente lo verificasen, el que en su lugar de cumplir mi orden, permaneció inmóvil. No fueron bastantes mis persuasiones para obligarle a que me siguiese, con objeto de salvar la Infantería casi envuelta, pues me oyó con la mayor indiferencia volviendo caras vergonzosamente de sesenta caballos que le acometieron. A la salida del Campamento conseguí detenerlo, como a los Húsares, y habiendo visto que el primer Batallón de Valencey con una de las piezas y los Regimientos de Caballería Dragones Leales y Guías del General que cubrían al camino de San Carlos se retiraban en el mejor orden, sin embargo de las sucesivas cargas que sufrieron hice cuanto estuvo de mi parte para obligar a aquellos a que marchasen conmigo a socorrer a éstos, pero todo fue en vano (…)[29].

Del lado patriota, el boletín redactado por Mariño y enviado por Briceño Méndez al vicepresidente Soublette, relata los enfrentamiemtos más detalladamente ponderando, desde luego, los del Ejército Libertador. En resumen, que al ordenar Bolívar a la división de Páez flanquear el grueso del ejército realista por donde este menos lo esperaba, un fuego cerrado de la artillería enemiga recibe al batallón de Infantería *Bravos de Apure*, que va a la vanguardia, cuando sus primeros hombres trasponen el paso. Rechazado dos veces por cuatro batallones realistas enviados prontamente por La Torre, en su auxilio acude inmediatamente el Batallón de Infantería *Cazadores Británicos* (la llamada *Legión Británica*) al mando del coronel Thomas Farriar (o Ferriar), la cual resiste a la bayoneta tan valerosa y estoicamente los fuegos y cargas enemigas que permite a Páez, con el rehecho *Bravos de Apure* y el *Tiradores de Nueva Granada de la Guardia* conducido por el Teniente coronel José

**[29]**_ León Tello, op. cit.

Rafael de Las Heras, entrar con el *Regimiento de Caballer*ía *de Honor* al mando del coronel José Cornelio Muñoz (el futuro vencedor del héroe llanero en el sitio apureño de Los Araguatos y en circunstancias distintas veintisiete años después) y hacer retroceder al enemigo. Al pasar el desfiladero y penetrar en la llanura los escuadrones de caballería y cargar contra la infantería realista, la repentina desbandada en el seno de esta no se hace esperar, pese a la heroica resistencia del *Valencey.* A partir de ese momento la batalla está decidida y el otrora orgulloso ejército del rey español queda en gran parte destruido.

En su boletín, La Torre señala como matriz de la confusión y derrota posteriores la ostensible y vergonzosa retirada de la caballería (al mando de Morales) al negarse a enfrentar el ataque patriota, aunque omite el nombre de su jefe. La negativa de este a obedecer las órdenes de su superior, que este afirma haber reiterado con insistencia, y la súbita escapada de sus jinetes, hizo cundir el pánico entre los batallones reales que ante el tropel de la caballería del Ejército Libertador huyen precipitadamente en masa y tras ellos, convencidos de la inminente debacle, su alto mando.

¿Qué tipo de encono, divergencias o malentendidos habría entre Francisco Tomás Morales y el general La Torre en plena batalla? De haber existido los primeros, conociendo por los hechos anteriores su conducta y su carácter, solo cabría conjeturar que algún resentimiento se incubaba en la decisión de aquel. Ya Morillo, desde su llegada a Venezuela en 1815 y acatando las instrucciones reales, había tratado en forma no convencional a los oficiales de Boves, entre quienes Morales ocupaba la primera jerarquía. Y si nos atenemos a la conseja según la cual Morillo habría comentado al conocer a este en la costa de Cumaná, que si de tal talante eran los oficiales monárquicos en Venezuela cabría suponer cómo sería el de los republicanos, no resulta descabellado suponer que las desavenencias

entre estos y los oficiales expedicionarios, si en verdad, como todo parece indicarlo las hubo, hubiesen aflorado desde entonces. Como señala Parra Pérez citando la relación del coronel Montenegro y Colón, jefe del Estado Mayor de La Torre, aquel jefe, Morales, se encargó de entorpecer cuanto pudo las disposiciones de su superior. Y fue a instancias del mismo que La Torre "desmembrara" su ejército días antes en Tinaquillo, destacando imprudentemente al coronel Tello para que protegiese allí al comandante Lorenzo sin que tal error lograra impedir la derrota de este por José Laurencio Silva. En plena batalla de Carabobo, si los húsares y carabineros realistas, al ver llegar al batallón grancolombiano *Rifles* retrocedieron en fuga, *los cuerpos de caballería* (de Morales) *se portaron peor* (pues al desamparar al heroico batallón *Valencey*) *huyeron vergonzosamente siguiendo las huellas de otros que sin motivo alguno habían abandonado el campo*, *a lo que se dijo en aquel tiempo*, *por culpa de Morales*, *como interesado en deslucir a La Torre*[30].

Maniobra, si tal fue, por lo demás provechosa para él, pues cuando al año siguiente La Torre deja el país hacia otro destino, Morales ocupará su lugar como general en jefe de lo no poco que quedaba del llamado ejército pacificador.

Del lado patriota el general Páez, probablemente reconcomiado, en su *Autobiografía* escrita más de cuarenta años después ni siquiera menciona el nombre de José Cornelio Muñoz en el recuento de la batalla, aunque relata los hechos de los que fue descollante protagonista, ateniéndose no solo a sus recuerdos sino en gran medida al parte oficial de la batalla redactado por Mariño y firmado por Briceño Méndez:

> (…) La primera división, a mi mando, se componía del batallón Británico, del Bravos de Apure y mil quinientos caballos (…) Seguimos pues la marcha llenos de entusiasmo, teniendo en poco

**[30]**_ Parra Pérez, op. cit.

todas las fatigas pasadas y presentes, con ánimo de salir a la llanura por la boca del desfiladero en que terminaba la senda que seguimos, pero como viéramos ocupadas sus alturas por los regimientos Valencey y Barbastro, giramos hacia el flanco izquierdo con objeto de doblar la derecha del enemigo: movimiento que ejecutamos, a pesar del nutrido fuego de su artillería. Dejando el general español los dos regimientos, antes citados, a la boca del desfiladero, salió a disputarnos con el resto del ejército el descenso al valle, para lo cual ocupó una pequeña eminencia que se elevaba a poca distancia del punto por donde nos proponíamos entrar en el llano, que era la Pica de la Mona, conducidos por un práctico que Bolívar había tomado en Tinaquillo. El batallón de Apure, resistiendo vigorosamente los fuegos de la infantería enemiga, al bajar el monte atravesó un riachuelo y mantuvo el fuego hasta que llegó la Legión Británica al mando de su bizarro coronel Farriar. Estos valientes… estuvieron sin cejar un punto, sufriendo las descargas enemigas hasta formarse en línea de batalla. Continuóse la pelea, y viendo que ya estaban escasos de cartuchos, les mandé cargar a la bayoneta. Entonces ellos, el batrallón de Apure y dos compañías de tiradores, mandados por el heroico comandante Heras, obligaron al fin al enemigo a abandonar la eminencia y tomar nuevas posiciones en otra inmediata que se hallaba a su espalda. De allí envió contra nuestra izquierda su caballería y el batallón de la Reina, a cuyo recibo mandé yo al coronel Vásquez con el estado mayor y una compañía de la Guardia de Honor, mandada por el capitán Luis Ángel Bravo, quienes lograron rechazarlos y continuó batiéndose con la caballería enemiga por su espalda. Este oficial, Bravo, luchó con tal bravura que se veían después en su uniforme las señales de catorce lanzazos que había recibido en el encuentro, sin que fuese herido, lo que hizo decir al Libertador que merecía un uniforme de oro[31].

---

**[31]**_ *Autobiografía del general José Antonio Páez* (Primera edición: Nueva York, 1867). Caracas, Ediciones Antártida (reedición) 1960, Vol. I., pp. 126 y sig., Caracas, Petróleos de Venezuela (reedición), 1990, Vol. I pp. 202 y sig.

A continuación el prócer llanero introduce en su relato, como lo hace otras veces a lo largo de su obra, episodios que hacen dudar de su veracidad, tal como señala y prueba Vicente Lecuna, no porque no hubiesen ocurrido, sino por la forma en que dice ocurrieron:

> Los batallones Valencey y Barbastro, viendo que el resto del ejército iba perdiendo terreno, tuvieron que abandonar su posición para reunirse al grueso del ejército. Corrí yo a intimarles rendición, acompañado del coronel Plaza que, dejando su división, se había reunido conmigo, deseoso de tomar parte personalmente en la refriega. Durante la carga, una bala hirió mortalmente a tan valiente oficial que allí terminó sus servicios a la patria. Reforzado yo con trescientos hombres de caballería, que salieron por el camino real, cargué yo con ellos a Barbastro y tuvo que rendir armas; en seguida fuimos sobre Valencey que iba poco distante de aquel otro regimiento y que, apoyándose en la quebrada de Carabobo, resistió la carga que le dimos. En esta ocasión estuve yo a pique de no sobrevivir a la victoria, pues habiendo sido acometido repentinamente de aquel terrible ataque que me privaba del sentido, me quedé en el ardor de la carga entre un tropel de enemigos, y tal vez hubiera sido muerto, si el comandante Antonio Martínez, de la caballería de Morales, no me hubiera sacado de aquel lugar. Tomó él las riendas de mi caballo, y montando en las ancas de éste a un teniente de los patriotas llamado Alejandro Salazar alias Guadalupe, para someterme sobre la silla, ambos me pusieron a salvo entre los míos.

En nota a pie de página, Páez confiesa ignorar el motivo que moviera a José Antonio Martínez a ejecutar aquel acto inesperado (*para mí providencial*, escribe) y a continuación explica –porque acaso alguien o tal vez el propio Martínez se lo informó en el campamento aquella noche– que era llanero de Calabozo y que había servido con Boves *con justa fama de ser una de sus más terribles lanzas.* Y a continuación añade:

*estuvo con nosotros la noche después de la acción de Carabobo, pero no amaneció en el campamento. Más adelante lo volveremos a encontrar*[32].

Como se ve, el extraño episodio no carece de interrogantes aún no develados. Si nos atenemos al propio testimonio de Páez, la hipótesis menos ajena a la verdad tal vez sea que el percance del ataque epiléptico que sufrió ocurriera en plena retirada de los pelotones realistas en desbandada y no en medio del fragor del combate como afirma, puesto que ya en trance de recuperarse, lo cual ocurría al cabo de poco tiempo de sobrevenirle el colapso, el Libertador le ofreció el grado de general en jefe. En cuanto al comandante Martínez, sabemos que era en efecto llanero y convencido realista, nativo de Calabozo o El Pao y que capturado o rendido al finalizar la batalla, ha debido fugarse del campamento patriota en donde Páez lo sitúa con la expresión ambivalente *estuvo con nosotros* sin mencionar en qué condición. Lo cierto es que después aparecerá en Puerto Cabello, adonde habían acudido a refugiarse los derrotados en Carabobo, entre ellos el propio general La Torre, Morales y gran parte de la oficialidad. Y Martínez estará entre los hombres enviados al llano por el jefe español para reorganizar y armar las huestes realistas desperdigadas. Fracasado en su intento es capturado y a partir de entonces, luego de recibir, y esto es solo un supuesto, algún tipo de beneficio de Páez, se pierde su rastro. Tampoco conocemos noticias ni testimonio alguno suyo sobre la batalla ni sobre el episodio narrado por el jefe llanero, ni a ciencia cierta nada sobre su destino. El episodio quedará, al parecer, con un único testigo, el narrador del mismo.

En su obra póstuma e inconclusa *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar* –el último de una prolongada y rigurosa labor cuasi hagiográfica en torno a la figura y hechos del Libertador– en el

**[32]**_ Páez, op. cit.

capítulo *Las mentiras militares de Páez* y en relación a la muerte del coronel Plaza escribe Lecuna:

> Para darse más importancia de la muy grande que tuvo, dice que Plaza murió al lado suyo, cuando eso es completamente falso. Cuando Bolívar vio que la mayor parte de los batallones habían acudido al norte a contener el grueso del ejército, mandó a su edecán Ibarra a decirle a Plaza que entrase con su división por el sur, a la sazón desguarnecido en parte. Así se efectuó y Plaza cayó muerto cuando acompañado por Ibarra y el coronel Celis intimaba rendición al batallón *El Infante* lejos de donde estaba Páez. Así lo refirió el coronel Celis a don Bartolomé Palacios[33].

Ambrosio Plaza, sin quererlo, había sido rival de Bolívar en las pretensiones amorosas de este hacia Bernardina Ibáñez, frustradas porque esta amaba a Plaza. Tras la muerte del coronel en Carabobo ella terminó desposándose con Florentino González, uno de los participantes del fallido intento de magnicidio en septiembre de 1828. Bolívar, quien la había conocido en el año 13 en Ocaña siendo una niña, se prenda de ella tras la victoria de Boyacá, cuando era para entonces una hermosa joven que junto a otras recibía al héroe con ofrendas y coronas en Bogotá. Hermana menor de Nicolasa, amante de Santander, las hermanas Ibáñez, personajes de una telenovela colombiana contemporánea de gran éxito, serán las ascendientes –tatarabuelas, bisabuelas, abuelas o madres– de buena parte de los presidentes y altos funcionarios de los gobiernos que desde entonces ha tenido el antiguo virreinato de la Nueva Granada, integrante de la Colombia fundada en Angostura y disuelta

**[33]**_ Vicente Lecuna, *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar,* New York, The Colonial Press Inc, 1956, 3 vol. Vol. II, p. 80. Otras acciones de Páez de este tenor pueden leerse en detalle en su obra *Crónica razonada de las Guerras de Bolívar*, New York, Ediciones de la Fundación Vicente Lecuna, 2 vols., 1960.

a la muerte de su fundador. La antigua Nueva Granada, luego convertida en Estados Unidos de Colombia en 1861 se llamará República de Colombia desde 1886.

Sobre el general José Antonio Páez se han escrito innumerables páginas, tanto en relación a su vida como a sus acciones, heroicas o no, antes y después de la independencia. José Martí, Antonio Leocadio Guzmán, Cecilio Acosta, Juan Vicente González, Laureano Vallenilla Lanz, Eloy G. González, José Gil Fortoul, Enrique Bernardo Núñez, Ramón Díaz Sánchez, José Rafael Pocaterra, Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri o J.L. Salcedo Bastardo, por mencionar solo algunos nombres conocidos, se ocuparon de él en pocos o muchos párrafos. Su participación en la gesta libertadora y su gestión al frente de los destinos del país han sido juzgados por ellos y otros biógrafos, historiadores y escritores bajo distintos prismas dada su personalidad controversial. De allí que las visiones en blanco y negro no escasean, pero tampoco las investigaciones rigurosas que fundamentadas en pruebas documentales incontrovertibles, han logrado establecer otra más cercana a la verdad. O'Leary, que lo conoció a partir de 1818, lo describe en sus *Memorias* como de mediana estatura, robusto y bien formado, de pecho y hombros anchos (…) *su cutis claro indicaba salud y habría sido muy blanco sin los efectos del sol.*

> La cautela y la desconfianza eran los rasgos distintivos de su fisonomía. Hijo de padres de condición humilde en la sociedad, no debía nada a la educación. En presencia de personas a quienes él suponía instruidas era callado y hasta tímido, absteniéndose de tomar parte en la conversación o de hacer observaciones, pero con sus inferiores era locuaz, adicto a la chocarrería, y no esquivo a los juegos de mano.
>
> Complacíale referir sus proezas de guerra. Enteramente iletrado, ignoraba la teoría de la profesión que tanto había

> practicado (...) pero aunque hubiese recibdo esmerada educación militar nunca habría llegado a ser capitán consumado, pues la menor contradicción o emoción le producía fuertes convulsiones que le privaban del sentido por el momento, y eran seguidas de una debilidad física y moral. Accidentes de esta naturaleza fueron frecuentes en los combates en que encontraba resistencia que no había imaginado. Como jefe de guerrilla era sin igual. Arrojado, activo, valiente, fecundo en ardides, pronto en concebir, resuelto en ejecutar y rápido en sus movimientos, era tanto más temible cuando menor era la fuerza que mandaba /...)[34].

Y Picón Salas lo estudia de modo genérico, haciendo hincapié en su papel como caudillo militar llegado al poder con el apoyo de la aristocracia, para cumplir en Venezuela una misión análoga a la del tirano griego, creador de un orden nuevo aunque ilegal "frente al constitucionalismo estático de la clase oligárquica y letrada":

> En él se apoyan los grupos oligárquicos porque –este es un fenómeno profundamente venezolano–sin él, sin el guerrero que viene del pueblo, ellos no tendrían voluntad de poder. Lo que en la Historia de nuestro país se llama el régimen godo o la oligarquía conservadora, es un sistema de transacción entre el militarismo que tiene un origen popular y la clase aristocrática que suministra los letrados, los financistas, los grandes funcionarios. Transacción que indica un tono de vida muy diferente de lo que fue el régimen colonial. Conteniendo sus prejuicios éticos y sociales para asegurarse la buena voluntad del jefe, la aristocracia criolla en sus grandes personeros, debe visitar y rendir pleitesía a las esposas morganáticas del General Páez. En la Administración pública y las altas funciones del Estado se van mezclando junto con los viejos apellidos historiados y

**[34]**_ O'Leary, op. cit.

> rancios, aquellos nombres nuevos de militares y caudillos que afloró la Guerra (…)[35].

Nótese que Picón Salas habla de un “tono de vida muy diferente al del régimen colonial” durante la permanencia de Páez en el poder. Pero un tono de vida diferente no significa una vida diferente, sobre todo para los esclavos y el resto de la población excluida y miserable.

Salcedo Bastardo deduce algo más que un tono al hacer el sucinto balance de las realidades que Páez creó o ayudó a crear en lo que considera las cinco vertientes principales de su legado. Balance –y esto es lo más importante– que revela también la índole de sus concepciones políticas y su papel en la historia:

> Hasta Carabobo, aparece Páez encuadrado entre los primeros que se inmolaban por estos altos ideales (…) Su participación fue decisiva en la histórica jornada militar del 24 de junio de 1821. Sucede sin embargo, y la verdad no se puede ni se debe ocultar, que Páez va a contrariar luego todas las directrices de la Revolución. Los hechos lo presentan como el primero –cronológicamente– y en gran responsable del curso negativo que sigue Venezuela desde 1830 y que finaliza apenas en 1935. Descartando las incomprobables sutilezas de su fuero íntimo, ante la historia él surge como titular de una concreta situación venezolana[36].

**[35]**_ Mariano Picón Salas*, Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana,* Caracas, Editorial La Torre, 1940.

**[36]** _ J.L. Salcedo Bastardo, *Carabobo, Nacionalidad e Historia*, Caracas, Cromotip, 1971, pp. 84-89.

XIV

# El fin de una jornada no es el fin

Pero volvamos a Carabobo. Al día siguiente de la batalla y desde Valencia, Bolívar envía una breve relación del histórico triunfo al Presidente del Congreso General de Colombia. En ella destaca los méritos de los principales héroes del combate, exaltando al máximo con pocos pero lisonjeros adjetivos sus acciones:

> Excelentísimo señor: Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia. Reunidas las divisiones del Ejército Libertador en los campos de Tinaquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el Cuartel General enemigo situado en Carabobo, en el orden siguiente: La primera división, compuesta del bravo batallón Británico, del Bravo de Apure y 1.500 caballos a las órdenes del señor general Páez. La segunda, compuesta de la segunda brigada de La Guardia con los batallones Tiradores, Boyacá y Vargas, y el Escuadrón Sagrado que manda el impertérrito coronel Aramendi a las órdenes del señor general Cedeño. La tercera, compuesta de la primera brigada de La Guardia con los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor de Boyacá, Anzoátegui y el regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, a las órdenes del señor coronel Plaza. Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campo enemigo fue rápida y ordenada. A las 11 de la mañana desfilamos por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo, que sólo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que bien colocado en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

El bizarro general Páez a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón Británico mandado por el benemérito coronel Farriar pudo aún distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales. La conducta del general Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia lo que ha hecho acreedor al último rango en la milicia, y yo, en nombre del Congreso, le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en Jefe de ejército.
De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón de Tiradores de La Guardia que manda el benemérito comandante Heras. Pero su general, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno, dio solo contra una masa de infantería y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia. La República ha perdido en el general Cedeño un grande apoyo en paz o en guerra; ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al Gobierno. Recomiendo las cenizas de este General al Congreso Soberano para que se le tributen los honores de un triunfo solemne. Igual dolor sufre la República con la muerte del intrepidísimo coronel Plaza que, lleno de un entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo. El coronel Plaza es acreedor a las lágrimas de Colombia y a que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.
Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fue tal que tuvimos una gran pérdida en esta alta clase del ejército. El boletín dará el nombre de estos ilustres.
El ejército español pasaba de seis mil hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo. Cuatrocientos hombres habrán entrado hoy a Puerto Cabello.

> El Ejército Libertador tenía igual fuerza que el enemigo, pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas 200 muertos y heridos.
> El coronel Rangel, que hizo como siempre prodigios, ha marchado hoy a establecer la línea contra Puerto Cabello.
> Acepte el Congreso Soberano en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.

El que podríamos considerar parte oficial original, fechado el 29 de junio y más detallado y extenso (lo incluimos en adenda al final) lo envía el ministro de la guerra Pedro Briceño Méndez al vicepresidente interino Carlos Soublette y será publicado por el *Correo del Orinoco* el 28 de julio, a más de un mes de la batalla. Sobre las incidencias, menciones y omisiones del informe, un comentario de Parra Pérez –informado por el ilustre médico que allí menciona– revela que la segunda esposa del general Mariño doña Rafaela Linero, tras la muerte de este en 1854 le comentaba reiteradamente al doctor Rivero Sanabria, su médico de cabecera, que el preterido prócer conservaba cierta amargura por el hecho de que su nombre no fuera citado en el parte de la batalla, pródigo en ditirambos para otros generales[37].

Parecía lógico que así fuera, pues al propio Mariño cupo la responsabilidad de redactarlo como lo confirmará Bolívar siete años después en Bucaramanga al hacer referencia a su edecán Perú de Lacroix –quien transcribe la conversación en su célebre *Diario de Bucaramanga*– sobre la conducta del coronel Diego Ibarra en Carabobo:

> En aquella jornada Ibarra se portó, como siempre, con mucha bizarría, distinguiéndose de un modo muy honroso: el jefe del Estado Mayor no lo olvidó en el boletín de la batalla, y

**[37]**_ Lecuna, op. cit.

> mencionó su nombre con el elogio que merecía; pero movido por una delicadeza mal fundada e injusta para mi edecán, hice borrar su nombre y lo que se decía de él, temiendo que se creyese que por ser mi amigo y hallarse a mi lado se hablaba de él en la relación de la batalla. Al dar esta orden dije al jefe de mi Estado Mayor que recompensaría a Ibarra de otra manera: él no estaba presente en aquel momento, pues había seguido en persecución de los pocos enemigos que había logrado escaparse. La recompensa que le di fue nombrarlo mi primer edecán, título que deseaba y merecía (…)[38].

Pareciera pues que la omisión del nombre de Mariño en el parte fuese algo natural dado que este no podía hacer su propio elogio, pero ello habría podido subsanarlo el propio Bolívar al revisar y enmendar el texto, como lo hiciera con otros. Es decir –y la afirmación es de Parra Pérez– *si lo hubiera querido o contemplado acaso habría podido remediar la obligada discreción de aquel*. No lo hizo, y lo significativo es que también omite el nombre de Mariño en la conversación con Perú de Lacroix al referirse a él sin nombrarlo. Al igual que tantas otras, antes y después de Carabobo, y no sólo con Mariño, las exclusiones, injusticias o torceduras en los hechos históricos venezolanos –o de cualquier parte– incluso en boca de sus más altos protagonistas, pueden ser capaces de lesionar, junto con la verdad, la propia historia.

Tras el triunfo de Carabobo, bien que Bolívar al dirigirse a Caracas junto a Páez ha dejado en la comandancia en jefe del ejército, provisionalmente, a Mariño –y esto a primera vista hubiese podido considerarse un honor– no deja un instante de impartirle órdenes, casi siempre reprochándole supuestas falencias o negligencia suya para impedir que las

**[38]**_ L. Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, Madrid, Editorial América, 1924, pp. 84-85)

partidas de húsares y otros elementos de tropa realistas que intentaban llegar a Puerto Cabello lo hicieran.

En Caracas el coronel Pereira, luego de derrotar a Bermúdez en la colina del Calvario y tras enterarse del resultado de Carabobo había abandonado la ciudad, por lo que el héroe caraqueño entra triunfalmente al lado de Páez en su lar natal, al anochecer del 29, con la pequeña escolta de lanceros y parte de su Estado Mayor. El jubiloso recibimiento popular, pese a la hora de la sorpresiva llegada, no se hace esperar y entre la multitud, en una acera, alcanza a ver a Matea, su antigua esclava y compañera de juegos y querencias, ahora liberta, y se baja del caballo para abrazarla. Después de siete años de ausencia, entre destierros, derrotas y victorias el hijo pródigo regresaba a casa avejentado prematuramente, pero con las mismas nostalgias y la misma energía de otros años, aunque ahora cincelada y curtida por las destemplanzas y privaciones de la guerra y la ventisca humana.

Mientras La Torre intenta congregar en Puerto Cabello a los escapados de Carabobo junto a otras fuerzas realistas desperdigadas en diversas partes, el coronel Pereira, refugiado con sus tropas en La Guaira, se propone resistir como lo ha hecho siempre. El primero de julio Bolívar le escribe:

> Una división entera, quizás la más fuerte de mi ejército, está empleada en cerrar a V.S. todas las salidas y en perseguirlo. Cuando un oficial ha llenado como V.S. sus deberes aun más allá de lo justo, es una loca temeridad no acceder a las leyes imperiosas e irresistibles de la fuerza y de la necesidad. La guerra ha cambiado de aspecto: no estamos en el caso de elegir una muerte desesperada cuando puede conservarse una vida honrosa y ahorrar sangre inocente (…). Yo, pues, ratifico a V.S. de nuevo, mis disposiciones para oírlo y acordarle una capitulación honorífica (…).

La capitulación celebrada el 4 fue, en efecto, honrosa, a tal punto que del destacamento vencido se pasan sin temor a las filas patriotas dos centenares de efectivos y el propio Pereira, transgrediendo lo estipulado en aquella, se incorporará en Puerto Cabello a los restos del otrora gran ejército del rey. Para la victoria definitiva habrá aún que combatir y vencer por completo esos restos menguados parcialmente y no carentes de apoyo. Y se hará en Puerto Cabello y en el lago de Maracaibo en donde el mismo Morales capitulará definitivamente dos años después, un 24 de julio simbólico en su doble carácter de comienzo y fin de un ciclo de cuarenta años de historia venezolana.

Cuando esto ocurra Bolívar no estará allí, y ni siquiera en Venezuela. En su amada Caracas había permanecido apenas unos días para tratar diversos y urgentes asuntos de Estado y de la guerra, entre ellos organizar el sitio de Puerto Cabello e intentar con La Torre otro acuerdo de paz. Cual relámpago andariego, aparecerá poco después camino al Sur, inagotable y empeñado hasta la terquedad en el destino que ha escogido. Por fin, el 23 de agosto, desde Trujillo, puede escribir a San Martín:

> Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue para V.E., el Perú y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo a que yo volase a extender mis brazos al libertador de la América del Sur, el gozo colmó mis sentimientos. V.E. debe creerme: después del bien de Colombia, nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V.E. (…) ¡Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú! pero él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aun a mirarlo (…).

Y al día siguiente a Urdaneta:

> Mi querido general:
>
> Yo aún no he dado a Vd. la enhorabuena, ni de su campaña de Coro, ni de su nuevo empleo, ni de su restablecimiento: porque, amigo, yo no escribo a los que amo sino cuando necesito de ellos. Ahora necesito de Vd. y le escribo. Me han asegurado que se halla Vd. mucho mejor, lo celebro infinito por Vd., y por la patria y por mí. Si esta buena nueva no es falsa, lo convido a Vd. para que venga a Maracaibo a ayudarme eficazmente y a ganar nueva gloria, si su fortuna es tal que no se lo impida su salud. Si Vd. pierde la ocasión de conducir nuestra bella Guardia a los hermosos campos de la gloria debe Vd. darse un pistoletazo, porque la mala suerte le impide a Vd. lo único que desea su corazón, y la sola cosa que es digna de hacerle soportar las miserias humanas.
>
> Adiós, mi querido general, esté Vd. mejor y mande a quien le ama de corazón.

Urdaneta no podrá acompañarlo y no sabemos, aunque conjeturamos las razones, por qué Mariño tampoco, pese a que este le habría manifestado su voluntad de hacerlo. Un nuevo episodio comenzaba en la larga y cruenta conflagración de la América nuestra por asumir el timón de su independencia.

Hasta ese día, un tercio de la población venezolana había perecido en la guerra para ganar ese derecho. Como había respondido Bolívar al enviado estadounidense Bautista Irvine el 7 de octubre del año 18:

> Defendiéndolos contra la España ha desaparecido una gran parte de nuestra populación y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende.

Más que en batalla victoriosa, Carabobo se erigió desde entonces en emblema entrañable. Ni los restos dispersados de las fuerzas realistas criollas ni el poder español representaban ya seria amenaza para la República.

Otra jornada heroica, si no definitiva y concluyente sí letal para la subyugación colonialista, se había consumado en aquella explanada bienhechora. Las últimas acciones de las fuerzas realistas que desde su refugio en Puerto Cabello habían logrado fortalecerse, sufrirán también derrotas conclusivas: Cumaná será tomada poco después, el 16 de octubre del mismo año; el ejército de Morales, fortalecido con más de tres mil hombres tras la toma de Coro y Maracaibo, será destruido dos años después en la batalla naval del Lago de Maracaibo por la escuadra comandada por el almirante José Prudencio Padilla, el 24 de julio de 1823; y tras el asedio de Páez a la plaza de Puerto Cabello la situación de los sitiados realistas se hizo insostenible y evacuaron la plaza el 8 de noviembre de 1823. Dos días después las enseñas patriotas ondeaban sobre las almenas del castillo de San Felipe.

No había sido la segunda batalla de Carabobo ínfimo laurel ni empresa devenida del Olimpo ni dio a los humillados más recompensa que una patria inconformada, aún balbuceante y extraviada en medio de la consternación de la miseria, pero sorda a sus anhelos de justicia, El desilusionado Libertador que en sus últimos días lamentaba que esa Independencia había sido el único bien logrado a costa de todos los demás, sabía que otras batallas de su estirpe y magnitud faltaban por librarse, pero ya no tenía tiempo ni salud ni voluntad. Más allá de su postrero desengaño, aun teniéndolos, nada, en todo caso, podría haber hecho para levantar sobre nuevas bases la gran patria soñada cuando ni siquiera, cuando estaba en la cumbre de su poder, pudo lograr abolir la esclavitud.

En los años en que le tocó vivir era casi impensable admitir que erigir una estructura estatal a semejanza de la que admiraba por sus instituciones democráticas y su desarrollo, la de Inglaterra, había sido posible, a casi dos siglos de la aniquilación radical de su régimen feudal de producción, solo mediante la extirpación raigal, a sangre y fuego, de los facto-

res sociales y económicos que la sostenían, comenzando por los grandes propietarios de la tierra y sus estructuras de poder. Y en esa cruenta lucha a muerte los ejecutores de la clase social dirigente, la burguesía, que ya había promovido la llamada revolución industrial, vaciaron la argamasa de huesos y barro sangriento de sus víctimas sobre el cadáver del viejo edificio absolutista para sentar las bases del capitalismo. En una sociedad agraria y esclavista como la venezolana de aquel tiempo, y las hispanoamericanas en general, toda transformación social resultaba ilusoria mientras permaneciera en pie el régimen económico (y cultural) esclavista y semifeudal heredado de su condición colonial. Parafraseando a Carlos Irazábal, si bien la Independencia representó un paso heroico, primario y primordial, después de ella hasta nuestros días siguieron casi incólumes, en gran parte de la América nuestra, los rasgos esenciales característicos del sistema económico de producción y las esencias y particularidades culturales y burocráticas de la colonia. Y estos, unidos a la penetración del capital monopólico, no permitieron sino el funcionamiento del despotismo o el de democracias tuteladas inoperantes que más allá de algunas buenas intenciones y medidas progresistas, dejaron casi intactas las bases económicas y la injusticia social en beneficio de rapaces, parásitas e ineptas clases dirigentes. Para decirlo en sus palabras, "allí donde han privado las mismas condiciones materiales, modos de producción, relaciones de propiedad y de distribución de la riqueza social iguales a las nuestras, han regido parecidos regímenes políticos, no importa en qué latitudes. No se trata de un problema de trópico o de raza. Es cuestión de la vida material de nuestras sociedades dentro de las cuales se debe tener en cuenta el ambiente geográfico como también la población, su densidad y sobre todo el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y sociales (…)"[39].

**[39]**_ Carlos Irazábal, *Venezuela esclava y feudal. Episodios de la Historia de Venezuela.* Caracas, José Agustín Catalá, Editor, segunda edición, 1974, pp. 85 y sig.

Estas condiciones materiales en la Venezuela de entonces no pudieron ser modificadas por Bolívar ni por quienes pensaban como él, puesto que los propios dirigentes del estamento al que pertenecía y sus políticos o militares aliados, conductores del proceso independentista y republicano, fueron los más interesados en conservarlas. Y agrega el autor de *Hacia la democracia*:

> Aunque esos señores eran intelectualmente unos discípulos de la Enciclopedia, en lo económico su posición era esclavista. Bolívar, el jefe de la clase iniciadora de la Independencia, se agiganta y se vuelve héroe universal y domina las flaquezas y supera los obstáculos naturales cuando su situación cuando su actuación coincide con los reclamos de la Historia. Pero como no buscaba solo la independencia sino también aquello que llamó un orden útil y permanente, incompatible con aquella realidad histórica, vivió las horas más angustiosas de su dramática existencia cuando veía, sin comprenderlo, el irremisible derrumbamiento de su concepción política que no podía cristalizar porque la revolución que le insufló vida teórica destruyó solamente la hegemonía española (y con ella su economía) pero sin crear otra nueva, acorde con aquella concepción[40].

La gesta, pues, no había terminado.

Tras las enseñas de Carabobo y enfrentando nuevas (y en el fondo las mismas) fuerzas locales y foráneas de dominación, entre ellas el todopoderoso y tal vez último imperio sobre el planeta, otros sacrificios, otras lides, otras dificultades y otras heroicidades le siguieron hasta hoy, cuando se lucha todavía para seguir abriendo, esfuerzo tras esfuerzo, las compuertas de aquella realidad soñada e intentada sin lograrlo por los más lúcidos y sensibles de aquellos libertadores.

---

**[40]**_ Ibid.

Aquella realidad soñada e intentada sigue allí, mucho más plena y justa aunque no inalcanzable para los nuevos libertadores.

Que multiplicados en millones aún sostienen el fanal que ilumina la turbia, enmarañada y larga travesía en las aguas borrascosas de la historia de la humanidad.

# Anexo

PARTE OFICIAL DE LA BATALLA DE CARABOBO
POR EL MINISTRO DE GUERRA Y MARINA

Cuartel general de Caracas 29 de Junio de 1821. 11°.

Al Excmo. Sr. Vicepresidente interino de la República.

**D**esde el Tocuyito tuve la satisfacción de participar por una circular la gloriosa victoria de Carabobo, y previne se trasmitiese á V. E. tan plausible noticia. Las rápidas marchas que ha hecho S. E. y la multitud de atenciones de que he estado rodeado, me habían impedido hasta ahora cumplir con el agradable deber de dar a V. E. algunos detalles sobre aquella célebre jornada y las posteriores operaciones del ejército.

El enemigo, concentrado en Carabobo desde que fue expulsado de San Carlos, extendía sus partidas de observación hasta el Tinaquillo, lo que le daba la ventaja de saber muy anticipadamente nuestra aproximación, que deseaba S. E. ocultarle para no darle tiempo de reunir las fuerzas que el Sr. general Bermúdez había atraído sobre Caracas, y el Sr. coronel Carrillo sobre San Felipe. Con este intento marchó el teniente coronel Silva el 19 con un destacamento a sorprender y apresar la descubierta que diariamente hacía el enemigo hasta el Tinaquillo. El comandante Silva llenó tan completamente su comisión, que apenas pudo escapar un soldado de los que formaban la descubierta enemiga. El comandante de ella y cuatro hombres más murieron en el acto: los demás quedaron prisioneros. Este suceso aterró de tal modo al enemigo, que hizo retirar inmediatamente un fuerte destacamento con que

cubría el inaccesible desfiladero de Buenavista. El 23 se reunió en la marcha todo el ejército que se había movido en divisiones, y al amanecer del 24 nuestra vanguardia se apoderó de Buenavista distante una legua de Carabobo. De allí observamos que el enemigo estaba preparado al combate, y nos esperaba formado en seis fuertes columnas de infantería y tres de caballería, situadas de manera que mutuamente se sostenían para impedir nuestra salida a la llanura. El camino estrecho que llevábamos no permitía otro frente que para desfilar, y el enemigo no solamente defendía la salida al llano, sino que dominaba perfectamente el desfiladero con su artillería, con una columna de infantería que cubría la salida y dos que la flanqueaban por derecha e izquierda. Reconocida la posición, S. E. creyó que no era abordable; y observando, por la colocación del ejército español, que este no temía el ataque sino por el camino principal de San Carlos o por el del Pao, que salía a su izquierda, dispuso que el ejército convirtiese su marcha rápidamente sobre nuestra izquierda, flanqueando al enemigo por su derecha que parecía más débil. El Sr. general Páez, que mandaba la primera división, ejecutó el movimiento con una increíble celeridad, despreciando los fuegos de la artillería enemiga; pero era imposible impedir que el enemigo no corriese a disputarnos la salida a la llanura. Debíamos desfilar segunda vez para atravesar un riachuelo que separaba la colina en que había desplegado el ejército, y la que dominaba el enemigo. Siendo plana la cumbre de esta, daba al enemigo la ventaja de moverse fácilmente y de ocurrir a todas partes. Así fue, que a pesar de la sorpresa que causó al ejército español nuestro movimiento, pudieron algunos de sus cuerpos llegar á tiempo que empezaba el batallón de Apure a pasar el desfiladero. Allí se rompió el fuego de infantería sostenido vigorosamente por ambas partes. El batallón de Apure, que logró al fin pasar, no pudo resistir solo la carga que le dieron. Ya plegaba cuando llegó en su auxilio el batallón británico que le seguía. El enemigo había empeñado en el

combate cuatro de sus mejores batallones contra uno solo del ejército Libertador, y se lisonjeaba de obtener con todos nuestros cuerpos el mismo suceso que con el primero que había contenido. La firmeza del batallón británico para sufrir los fuegos hasta que se formó, y la intrepidez con que cargó a la bayoneta, sostenido por el batallón de Apure, que se había rehecho y por dos compañías del de Tiradores, que oportunamente condujo al fuego su comandante el teniente coronel Heras, decidieron la batalla. El enemigo cedía el terreno, aunque sin cesar sus fuegos. Nuestros batallones avanzaban, y apoyados por el primer escuadrón del regimiento de Honor del Sr. general Páez y por el estado mayor de este general desalojaron completamente al enemigo de la altura, El ejército pasaba rápidamente el desfiladero por dos estrechas senda; y el enemigo aunque desalojado de su primera posición, había podido rehacerse, y procuró aprovechar el momento de hacer una nueva carga con su caballería mientras que nuestros piquetes de esta arma que habían pasado, perseguían y despedazaban a sus batallones que huían. Algunos de nuestros piquetes de caballería del primer escuadrón del regimiento de Honor y el Estado mayor del Sr. general Páez, se reunieron en número de 80 ó 100 hombres, y ellos solos bastaron para rechazar y poner en derrota toda la columna de caballería enemiga. Desde este momento el triunfo quedó completo. El enemigo no pensó sino en huir y salvarse. Nuestra caballería, que sucesivamente iba recibiendo refuerzos de todos los escuadrones que pasaban el desfiladero, hizo la persecución con un vigor extraordinario. Batallones enteros se tomaron prisioneros: otros arrojando sus armas se dispersaron disueltos por los bosques.

Los dos batallones enemigos que habían quedado cubriendo el camino principal de San Carlos y flanqueándolo por la derecha no entraron en combate y pretendieron retirarse en masa. Nuestra caballería procuró entretenerlos mientras salía la infantería; pero no logró sino obligarlos á

que precipitasen la retirada y perdiesen algunos hombres que se dispersaban. Hasta las inmediaciones de Valencia vino el ejército persiguiendo la columna; y fue en esta operación donde el ardor de nuestros jefes y oficiales de caballería hizo sensible nuestra pérdida. Como nuestra infantería estropeada con las largas marchas que había hecho durante la campaña, no podía sostener el paso de trote que llevó el enemigo por seis leguas, nuestra caballería se empeñó en entretenerlo para dar tiempo que llegasen algunos batallones. A veces las escaramuzas se convertían en cargas que aunque costaron bastante al enemigo, causaron a la República el grave dolor de perder a uno de sus más esclarecidos generales, y al bravo teniente coronel Mellao que mandaba los dragones de la guardia. La columna enemiga se había defendido valientemente a pesar de que se había disminuido mucho. S. E. temió que si entraba á Valencia, no era posible impedirle el paso a Puerto Cabello, y a una legua de aquella ciudad hizo que los batallones Rifles y Granaderos de la guardia montasen a caballo y fuesen a galope en su alcance. Casi at entrar a las primeras calles de aquella ciudad tuvieron nuestros granaderos la fortuna de alcanzarla; pero apenas se vio cargada por ellos cuando se dispersó y desapareció del todo. Valencia fue ocupada en el acto y algunos destacamentos siguieron hasta Naguanagua persiguiendo a los jefes españoles que huían hacia Puerto Cabello.

Por los prisioneros tomados supo S. E. que el día antes de la batalla había marchado el coronel español Tello con los batallones Navarra y Barinas a reforzar a San Felipe, ignorando el enemigo que la columna del Sr. coronel Carrillo la había ocupado ya. S. E. destacó del Tocuyito al teniente coronel Heras con tres batallones a tomar la espalda de Tello y cooperar a batirlo con el Sr. coronel Carrillo. Aún no se sabe el resultado final de esta operación, que tal vez queda sin efecto porque Tello emprendió su retirada sobre Puerto Cabello antes de que nuestras

tropas lo avistasen. Al amanecer del 25 marchó el Sr. coronel Rangel a establecer el bloqueo de Puerto Cabello y desde el 26 quedó formada la línea de simple bloqueo, porque era preciso aguardar el complemento de nuestras operaciones para estrecharla y formar la de sitio.

Por la tarde del 25, después de haber arreglado el Gobierno de Valencia, organizado de nuevo el ejército y destacado algunos cuerpos sobre Calabozo y el Pao a perseguir los dispersos que hubiesen tomado aquellas direcciones, marchó S. E. sobre esta capital con tres batallones de su guardia y el regimiento de Honor del Sr. general Páez. Su objeto era tomar la espalda de la división con que el coronel español Pereira perseguía al Sr. general Bermúdez sobre los valles del Tuy. No me es posible informar aún a V. E. de los prodigios que este célebre general ha obrado con una pequeña división por esta parte, en cumplimiento de las órdenes que tenía. Baste decir á V. E. que los pueblos y el enemigo están asombrados y no alcanzan a expresar toda su admiración, ni decidir si han sido mayores su valor y su audacia, o su prudencia y habilidad. Esperamos por momentos su arribo a esta ciudad, y entonces impuesto detenidamente de sus operaciones, tendré la satisfacción de comunicarlas á V. E.

El coronel Pereira, al saber la derrota del ejército español, replegó sobre esta capital y envió una partida de húsares sobre los valles de Aragua á saber nuestra situación. La partida fue sorprendida y apresada por un piquete de lanceros del regimiento de Honor que se había adelantado ya de San Pedro, Pereira se retiró, sin esperar más resultados, sobre la Guaira; pero sabiendo en el tránsito que no había en aquel puerto buques en que embarcarse, convirtió su marcha hacia Carayaca, buscando algún camino que lo conduzca a Puerto Cabello por la costa. No habiendo hallado ninguno, ha emprendido su retirada por los montes elevados y espesos bosques que dividen del mar a los valles de Aragua.

El Sr, coronel Manrique, con dos batallones y un trozo de caballería había ido a buscarlo a Carayaca; pero instruido de la dirección que lleva, se ha puesto en su persecución. El comandante Arguindegui quedó en los valles de Aragua con su batallón para cortar a Pereira por cualquiera vía que tome, bien sea por la costa o por la cordillera. Si recibe oportunamente los avisos que se le han dirigido, puede asegurarse la absoluta destrucción de aquella división, que de 1,500 hombres, queda ya reducida a 600 por las pérdidas en los combates frecuentes con el Sr. general Bermúdez y por las deserciones que ha sufrido en la retirada.

S. E. tuvo la particular satisfacción de entrar solo con su E. M. y el del Sr. General Páez en esta capital el 29. El pueblo, que acababa de ser evacuado el día anterior, había estado desierto hasta la hora en que el edecán Ibarra se presentó en medio de él a anunciar la aproximación de S. E. No hubo tiempo de que se hiciesen otros preparativos que los del corazón, y ha sido este el modo con que Caracas ha expresado más vivamente sus sentimientos de gratitud y amor al Libertador de la patria, y su ardiente entusiasmo por la libertad. Las calles desiertas dos horas antes se vieron de repente llenas de una concurrencia numerosa e inmensa: las casas cerradas se abrieron y se iluminaron. S. E. entró en medio de las aclamaciones y trasportes de su pueblo que enajenado de placer corría en tropel a participar de la felicidad de volver a ver, de estrechar y abrazar mil veces al padre de la patria. Mujeres y hombres, niños y ancianos iban mezclados confundiendo sus vivas. Hasta las doce de la noche no cesó de renovarse el concurso en la casa y fue preciso cerrarla al fin para poderse ocupar S. E. de algunos negocios importantes. Al amanecer se ha repetido la escena de la noche y ha continuado todo el día.

El edecán Ibarra marchó esta mañana á apoderarse de la Guaira que está evacuada, y se ha participado ya su entrada allí sin novedad.

V. E. extrañará que no haya recomendado particularmente a ningún jefe ni oficial en la batalla, porque sería necesario insertar en este parte los nombres de todo el ejército, o por lo menos los de toda la primera división, y de todos los jefes de las otras. Generales, jefes, oficiales y tropas, todos indistintamente se han manifestado en este memorable día, dignos defensores de la República.

Dios guarde a V. E. muchos años.

El ministro, Pedro B. Méndez.

## Bibliografía referencial

**Austria**, José de, *Bosquejo de historia militar de Venezuela,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2 vols.1960.

**Bencomo Barrios**, Héctor, *Campaña de Carabobo*, Caracas, Ediciones del Ejército, 1990.

**Blanco**, José Félix y Azpúrua, Ramón *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador,* Caracas, Edición facsimilar de la Presidencia de la República, Caracas, 1981.

**Bosch**, Juan, *Bolívar y la guerra social,* Barcelona, Venezuela, Fondo Editorial del Consejo Legislativo del Estado Anzoátegui, 2007.

**Briceño Méndez**, Pedro, *Relación histórica*, Caracas, Biblioteca de la Sociedad Bolivariana, 1993.

**Brito Figueroa**, Federico, *Historia económica y social de Venezuela,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 3 vols, 1973.

**Cardozo**, Arturo, *Proceso histórico de Venezuela,* Caracas, Edición del autor, 4 vols, 1986.

*Correo del Orinoco,* 1818-1821. Edición Facsimilar, Caracas. Ministerio de la Cultura, Centro Nacional de Historia, 2018

**Díaz**, José Domingo. *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas,* (Madrid, 1829) Caradas, Ediciones de la Academia Nacional de la Historia. 1961, 2 vols.

**García Ponce**, Guillermo, *Bolívar y las armas en la Guerra de Independencia,* Fundación Pío Tamayo, 1983.

**Gil Fortoul**, José, *Historia constitucional de Venezuela*, en *Obras completas, Vol. I,* Caracas, Ministerio de Educacíón, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1953.

**Larrazábal**, Felipe, *Bolívar* (New York, 1883), Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, Colección Bicentenaria, 2 vols., 1983.

**Lecuna**, Vicente, *Bolívar y el arte militar*. New York, The Colonial Press. 1955, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, Colección Bicentenario, 1983.

— *Crónica razonada de las Guerras de Bolivar,* New York, Ediciones de la Fundación Vicente Lecuna, 2 vols., 1960.

**Lynch**, John, *Simón Bolívar. A life* (versión castellana de Alejandra Chaparro), Barcelona, Crítica, 2010.

**López Contreras**, Eleazar, *Bolívar, conductor de tropas y otros ensayos,* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, Colección Bicentenario, 1983.

**Masur**, Gerhard, *Simón Bolívar,* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República y la Academia Nacional de la Historia, 1987.

**Mijares**, Augusto, *El Libertador*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1977.

**Mollien**, Gaspar Théodore, *Voyage dans la République de Colombia en 1823,* Paris, A. Bertrand, 1824, 2 vols.

**Morillo**, Pablo, *Mémoires relatifs aux principaux* événements *de ses campagnes en Amérique de 1815 a 1821,* Paris, 1826.

**Mosquera**, Tomás Cipriano. Memoria sobre la vida del general Simón Bolívar, libertador de Colombia, Perú y Bolivia, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954

**Pérez Tenreiro**, Tomás, Don Miguel de la Torre y Pando, Relaciones de sus campañas en Costa Firme, 1815-1822, Valencia, Gobernación del Estado Carabobo, 1971.

**Polanco Alcántara**, Tomás, *Simón Bolívar,* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República. 2019.

**Pulido Ramírez**, Gonzalo, *Estudio histórico militar de la batalla de Carabobo*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, Instituto de Estudios Históricos, Maestría de Historia de Venezuela, 2011.

**Restrepo**, José Manuel, *Historia de la Revolución de la República de Colombia.* ([1827) Medellín. Bedout, 1969.

**Santana**, Arturo, *La campaña de Carabobo,* Caracas, Litografía del Comercio, 1921.

**Vowell**, Richard, *Campañas y cruceros en Venezuela y la Nueva Granada,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1993.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

**Preprensa e impresión**
Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**
978-980-7301-47-3

**Depósito Legal**
DC2021000460

**Caracas, Venezuela, mayo de 2021**

La presente edición de

**Carabobo, más que una batalla**

fue impresa

en los Talleres

de la Fundación

Imprenta de la Cultura

durante el mes

de mayo de 2021,

año bicentenario

de la Batalla de Carabobo

y de la Independencia

de Venezuela

La edición

consta de

10.000 ejemplares

**En Carabobo nacimos** "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia". Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó "el equilibro del universo". Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la "mayor suma de felicidad posible", de la "igualdad establecida y practicada" y de "moral y luces" para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.

**Carabobo, más que una batalla** Más que el final de un capítulo, Carabobo es una hazaña que marca el comienzo de una etapa distinta de la historia de Venezuela, por lo que siempre habrá que volver allí, no tanto para recordar la batalla, sino para buscar claves que ayuden a comprender su sentido y la dimensión de su impacto. Eso es lo que ofrece este libro: una nueva mirada del hecho a la luz del complejo contexto en que se produjo, con especial interés en las dificultades políticas y los choques de visiones que marcaron ese momento. Como lo dice el propio autor, con este ensayo narrativo-reflexivo se propone "trazar un compendiado cuadro histórico sobre ciertos antecedentes nodales y formularnos inquietudes no esclarecidas en punto a la contienda y sus protagonistas, unos justamente mencionados y otros injustamente omitidos, lo mismo que a las tergiversaciones de acontecimientos sacralizados y sus probables causas, repercusiones y simbologías. A nuestro juicio, la historia de las sensibilidades marcha a la par que la de los acontecimientos". Y desde esa perspectiva, recupera testimonios de las principales figuras y datos reveladores sobre sus actuaciones y maneras de ver la lucha emancipatoria.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200 BATALLA DE CARABOBO

ISBN: 978-980-7301-40-4
9 789807 301404